

2

Los adolescentes como personas

Mediante esta tesis doctoral se va a procurar mostrar de cerca la realidad de un público objetivo publicitario sobre el que existen pocas certezas: los adolescentes. Se trata de intentar profundizar en todos aquellos criterios de segmentación de este público que hemos denominado psicossociológicos y de estilo de vida y que aportarán una información muy relevante para conocer a quienes integran este gran segmento que a su vez concentra infinidad de pequeños sub-segmentos diversos. Y el primer paso que daremos para obtener ese conocimiento consiste en analizar su condición de personas. Para ello se va a llevar a cabo un estudio pormenorizado del adolescente desde el punto de vista biológico, psicológico y socio-cultural. El interés de estos tres aspectos radica en su capacidad para generar las actitudes del adolescente frente a los productos, servicios y medios que consumen, pero también frente a la comunicación comercial que le interpela.

2.1. La adolescencia. Segunda etapa del desarrollo evolutivo

Asomarse al mundo adolescente es entrar en un terreno de diversidad en el que sólo es posible estudiar ciertos patrones generales. Cada adolescente es, en definitiva, una adolescencia. Una persona libre e inteligente cuyo comportamiento y actitudes son imprevisibles y despuntan de manera individual. No siguen un camino previamente establecido ni unas pautas fijas que los condicionen. Las formas en que los adolescentes llevan a cabo la transición a la vida adulta son, pues, muy diversas¹⁸⁹.

¹⁸⁹ Indudablemente, esto dificulta la sistematización de pautas generales para una investigación de este tipo. Por eso, en algunas ocasiones se hará necesario ofrecer una simplificación de la realidad que nos permita acceder a su conocimiento efectivo a pesar de las evidentes limitaciones. No obstante, esta

Probablemente esa misma idea de diversidad se pueda aplicar a todos los individuos que transitan por las distintas edades. Es decir, no sólo a los adolescentes, sino también a adultos, niños y ancianos. Pero, en el caso de los primeros, cobra especial relevancia por tratarse de un período vital en el que las reacciones son, si cabe, más inesperadas e imprevisibles como consecuencia del estrés transicional típico del momento. Hoy ya no basta con entender que no todos los adolescentes están sumidos en una crisis profunda. Hay que llegar a aceptar, además, que cada uno es diferente al resto¹⁹⁰.

La adolescencia constituye la segunda etapa del desarrollo evolutivo. Se trata de un proceso que se prolonga en el tiempo durante varios años y que posee ciertos rasgos característicos. Por esa razón se va a procurar hacer un análisis completo de su naturaleza. En el fondo no se conoce bien a las personas que componen este grupo ciertamente heterogéneo. Y eso ha generado una imagen estereotipada de los adolescentes que no acaba de corresponderse con la realidad. Por ello, conviene entrar a fondo en el estudio de su naturaleza comenzando por asumir una definición clara y definitiva del concepto de adolescencia. Este asunto se aborda en el siguiente epígrafe.

Pero antes de avanzar en esta línea conviene insistir en la idea de que la caracterización de la adolescencia que se va a desarrollar en las páginas siguientes constituye un compendio de generalidades. Son rasgos propios de esta etapa del ciclo vital, retos a los que cualquier adolescente debe enfrentarse. Aunque la forma en que cada uno los afronta es diferente de unos casos a otros. Por tanto, el proceso es el mismo siempre, pero su manifestación varía en función de la persona que lo experimenta¹⁹¹. A continuación nos centraremos precisamente en señalar lo que existe de común en ellos.

2.1.1. Concepto de adolescencia

Según el Diccionario de la Lengua Española, la adolescencia es la “edad que sucede a la niñez y que transcurre desde la pubertad hasta el completo desarrollo del organismo”¹⁹². Se trata, por tanto, de una edad transitoria en la que la persona se está haciendo a sí misma en este trance entre la infancia y la juventud.

idea sirve para confirmar la conveniencia de no tomar a los adolescentes como todo un gran segmento homogéneo ya que, según parece, aglutina dentro de sí a personas muy distintas. Y, por tanto, conviene adentrarse en el mismo y tratar de conocer a fondo esa gran diversidad.

¹⁹⁰ De esta forma, un adolescente que se encuentra feliz e integrado en su entorno no tiene por qué parecerse necesariamente a otro que vive una situación similar. Y tampoco un adolescente estresado ha de identificarse de manera inevitable con aquellos que sufren el mismo estrés transicional.

¹⁹¹ Es decir, sigue vigente la idea de la diversidad adolescente y de la clara heterogeneidad que impera entre los miembros de este público.

¹⁹² REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001): *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima segunda edición. *Voz Adolescencia*.

Ciertamente, se podría afirmar que no solamente la adolescencia es una continua transición, sino toda nuestra vida. Un constante desfile de edades que llegan y se superan. En ese caso, la adolescencia vendría a ser uno más de los frecuentes momentos de crisis y cambio que experimenta el hombre a lo largo de su devenir histórico. Sin embargo, se trata de un período especialmente complejo y determinante para el posterior proceso evolutivo de la personalidad¹⁹³. De hecho, se puede afirmar que esta etapa de la vida posee ciertos rasgos que la diferencian de otras y que la hacen especialmente importante en el desarrollo posterior del hombre¹⁹⁴.

Desde el área de la Psicología se han aportado múltiples definiciones de este período vital. En general, los autores coinciden al señalar que la adolescencia constituye un tránsito de la niñez a la madurez que toda persona afronta de manera inevitable. Una suerte de moratoria social que el hombre experimenta durante algunos años mientras llega a convertirse en adulto. También comparten la idea de que la adolescencia comienza con el desarrollo físico, es decir, con la pubertad. Por el contrario, no parecen existir límites estrictos en lo que respecta al momento en que se da por concluida.

Corbella insiste en esta imprecisión de los límites de la adolescencia al señalar que “es la etapa de la vida que se inicia con la pubertad –la madurez fisiológica- y termina en el estatus social de adulto. La situación cronológica de estos límites es imprecisa, al igual que casi todo lo que sucede durante este período”¹⁹⁵.

Por su parte, Palacios y Oliva ponen el énfasis en el momento de inicio. Apuntan que constituye una “etapa que se extiende, grosso modo, desde los doce o trece años hasta aproximadamente el final de la segunda década de la vida. Se trata de una etapa de transición en la que ya no se es niño, pero en la que aún no se tiene el estatus de adulto”¹⁹⁶.

Secadas y Serrano también destacan el momento del inicio. No hablan de transición, como Palacios y Oliva, pero sí de adaptación a una nueva edad. Establecen que “la adolescencia comienza tras los cambios psicológicos propios de la pubertad y significa, ante todo, un intento de adaptación a las nuevas exigencias que la sociedad demanda del sujeto”¹⁹⁷.

193 Tanto es así que “por parte del psicólogo siempre se ha considerado como un período básico para la comprensión global del proceso evolutivo de la personalidad”. SECADAS, F. y SERRANO, G. (1981): *Psicología evolutiva. 14 años*, CEAC, Barcelona, p. 11.

194 Cfr. CASTILLO, G.(1999): *El adolescente y sus retos. La aventura de hacerse mayor*, Pirámide, Madrid, p. 37.

195 CORBELLA, J. (Dtor.) (1994): “16. Concepto básico de adolescencia. La nutrición en la adolescencia”. En *Descubrir la psicología*, Folio, Barcelona, p. 6.

196 PALACIOS, J. y OLIVA, A. (1999): “Desarrollo psicológico durante la adolescencia”. En J., Palacios, A., Marchesi y C., Coll (1999): *Desarrollo psicológico y educación*. 1 Psicología Evolutiva, Alianza Editorial, Madrid p. 434.

197 SECADAS, F. y SERRANO, G. (1981): *Psicología evolutiva. 14 años*, CEAC, Barcelona, p. 12.

Gemelli insiste en la condición incierta propia del adolescente. Una incertidumbre que le viene impuesta por el hecho de haber abandonado la niñez sin estar todavía preparado para abordar la edad adulta. Lo indica así:

*El adolescente ya no posee la ingenuidad del muchacho ni el frescor de las primeras impresiones. Pero tampoco posee todavía aquella incipiente madurez de juicio que el joven conquista y que la experiencia ofrece al hombre y lo convierte en un escéptico, entusiasta o calculador. No ha madurado todavía la personalidad en todos sus aspectos*¹⁹⁸.

Guembe y Goñi corroboran la importancia del momento y lo delicado de la situación al comparar la adolescencia con un embarazo. Apuntan que:

*Se puede decir que el adolescente se encuentra encinta, porque lleva en su interior un ser que ha de nacer a la vida adulta. No nos extrañe, pues, que se sienta raro, que no sepa lo que pasa, que tenga «antojos» y cambios de humor, que sufra. Debe obrar un auténtico parto, largo y doloroso, y dar a luz a ese hombre o mujer que lleva dentro. Quien está a punto de nacer por segunda vez es él mismo, pero debe nacer a una nueva etapa. De ahí el desconcerto, la inseguridad, la incertidumbre*¹⁹⁹.

Por su parte, Kohler y Aimard también han tratado de explicar la complejidad de la adolescencia poniendo de manifiesto su idea sobre los equilibrios sucesivos. Lo expresan de la siguiente forma:

*Para todos, este largo período de la adolescencia va a estar compuesto de equilibrios sucesivos, significando cada uno de ellos un progreso o un cambio en relación con el equilibrio anterior. El paso de un nivel de equilibrio a otro será vivido en un clima de mayor o menor crisis*²⁰⁰.

Como indica Fierro, en esta etapa de la vida confluyen al mismo tiempo varios factores que, combinados, contribuyen “a favorecer la intensificación de un estrés transicional típico de la adolescencia, sobre todo en sus primeros años, y, asimismo, a un fuerte despliegue de inestabilidad o reactividad emocional, irritabilidad y frecuentes cambios de humor”²⁰¹. No es de extrañar, pues, que en una situación semejante se produzcan equilibrios que se suceden y momentos de crisis que vienen y se van.

198 GEMELLI, A. (1971): *Psicología de la edad evolutiva*, Editorial Razón y Fe S. A., Madrid, p. 319.

199 GUEMBE, P. y GOÑI, C. (2004): *No se lo digas a mis padres*, Ariel, Barcelona, p. 10.

200 KOHLER, C. y AIMARD, P. (1972): *De la infancia a la adolescencia*, Guadarrama, Madrid, p.8.

201 FIERRO, A. (1990): “La construcción de la identidad personal”. En E., Martí y J., Onrubia (Coords.) (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, ICE Horsori, Barcelona, p. 91.

Esa inestabilidad suele ser perceptible desde los primeros momentos. El paso de una edad a otra supone encontrarse con cambios importantes. El adolescente ha de asimilarlos con rapidez y adaptarse a las nuevas situaciones. Pero su condición es insegura y vuelca esta inseguridad en su forma de ser y en su manera de estar. De hecho, Hurlock entiende la adolescencia como una transición y sostiene que, como tal, “se caracteriza por un ir y venir del comportamiento anterior al actual y de actitudes viejas a nuevas” que es resultado de la falta de madurez propia del momento²⁰².

Es decir, el adolescente no se limita a sufrir en silencio todos los cambios que le sobrevienen. Se expresa a través de actitudes y comportamientos que, por lo general, no son comprendidos por los adultos: rebeldía, sensibilidad, timidez, etc. De hecho, “muchos padres y educadores temen este lapso de la vida, debido a los incontables problemas que representa. Después de un largo período de comportamiento relativamente estable, el niño se torna súbitamente falto de equilibrio, inestable y sus reacciones son imprevisibles a medida que entra en la adolescencia”²⁰³.

Sin embargo, Castillo ha sugerido que la adolescencia se vive de manera diferente en cada caso. Entiende que el proceso de maduración no es el mismo para todas las personas y sostiene que no hay adolescencia, sino adolescencias y adolescentes²⁰⁴. También Elzo insiste, en esta misma línea de pensamiento, en que “no hay que hablar de la juventud sino de los jóvenes”²⁰⁵. Por tanto, no todos los adolescentes expresan de la misma forma la condición inestable propia de esa edad de transición en la que viven porque, de hecho, ni siquiera todos ellos llegan a expresarla de manera evidente. Es decir, que la diversidad y heterogeneidad del público adolescente se hace patente desde su condición de personas.

Teniendo en cuenta cómo los distintos autores han caracterizado la adolescencia podríamos llegar a adoptar una definición propia del concepto que surge del análisis conjunto de todas sus aportaciones. Así, se puede afirmar que la adolescencia es la etapa de la vida que transcurre entre la niñez y la edad adulta y que se caracteriza por ser un período transitorio con unos límites de edad imprecisos,

202 En concreto, Hurlock señala lo siguiente: “La inestabilidad y la contradicción son índices de inmadurez; demuestran que el individuo no está seguro de sí mismo, y que trata de adaptarse a la nueva situación que debe asumir en su grupo social. [...] Se torna extremadamente sensible y reservado, en especial cuando está en compañía de gente de la que él teme que no lo entienda o lo ponga en ridículo. La reserva puede tomar la forma de distanciamiento e indiferencia, o de bravatas y despectiva altanería”. HURLLOCK, B. (1971): *Psicología de la adolescencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, p. 20.

203 HURLLOCK, B. (1971): *Psicología de la adolescencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, p. 13.

204 Cfr. CASTILLO, G. (1999): *El adolescente y sus retos. La aventura de hacerse mayor*, Pirámide, Madrid, p. 51.

205 ELZO, J. (1999): “Reflexiones finales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 404. Espín, por su parte, aborda el asunto desde una postura algo más extrema. Señala que “‘la juventud’ hoy por hoy no existe. Es posible hablar de ‘jóvenes’ y no tanto de ‘juventud’: resultaría muy difícil sintetizar un abanico tan amplio de estilos de vida y de tipologías en un solo sustantivo”. ESPIN, M. (2002): “La imagen de los jóvenes en los medios de comunicación: De la noticia al espectáculo”. En F., Rodríguez (ed.) (2002): *Comunicación y cultura juvenil*, Ariel, Barcelona, p. 71.

aunque se sabe con certeza que comienza siempre con los cambios físicos propios de la pubertad²⁰⁶. Dichos cambios físicos coinciden con otros en los niveles psicológico y social y ello contribuye a que quien los sufre pueda presentar ciertas dificultades de adaptación a la nueva edad. Ha de dejar de ser niño e ir dando forma al adulto en el que se convertirá. Y esta no es labor de un día. Por lo tanto, durante esta etapa transitoria se producen muchos cambios que contribuyen a la maduración personal y que se manifiestan de manera absolutamente diversa en quienes los experimentan.

Aunque se ha afirmado que la pubertad condiciona de manera definitiva el inicio de la adolescencia, conviene dejar claro que se trata de dos conceptos distintos. Las diferencias entre ambos se detallan en el siguiente epígrafe.

2.1.2. Adolescencia frente a pubertad

Adolescencia y pubertad²⁰⁷ no son términos sinónimos. A menudo se suele caer en el error de utilizarlos indistintamente. Pero, en realidad, el primero representa un proceso más amplio que, para la mayor parte de los autores consultados, incluye al segundo. Durante la adolescencia se produce el triple cambio biológico, psicológico y social del que se ha venido hablando hasta el momento. El concepto de pubertad tiene que ver únicamente con el desarrollo biológico. Y constituye tan solo la primera parte de todo el proceso. Además, lo que en el fondo caracteriza a la adolescencia es algo más profundo que los cambios físicos y tiene que ver con el desarrollo psicológico y social.

El Diccionario de la Lengua Española define pubertad como la “primera fase de la adolescencia, en la cual se producen las modificaciones propias del paso de la infancia a la edad adulta”²⁰⁸. Esta definición se limita a incluirla en el amplio proceso de la adolescencia, término que ya ha sido definido en el epígrafe anterior, pero no precisa su naturaleza estrictamente física.

En este sentido, Fitzgerald y Stormmen manifiestan que “si bien la pubertad define el comienzo de la adolescencia, no debe confundirse una con otra. La adolescencia comprende no solo los cambios universales de la pubertad, sino

206 A pesar de esta imprecisión en los límites de edad, en el epígrafe titulado las *Fases de la adolescencia* se procurará establecer unas edades de referencia para el inicio y el fin de esta etapa con el objetivo de conseguir un cierto orden y una mayor claridad.

207 En este momento se hace referencia al término pubertad en contraposición al de adolescencia para hacer entender que son dos conceptos distintos, pero sin entrar en un desarrollo detallado de sus características propias. Más adelante, en el apartado dedicado a los rasgos propios de la adolescencia, se proporcionará una explicación más completa de la pubertad como proceso biológico.

208 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001): *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima segunda edición. *Voz Pubertad*.

también los cambios sociales y psicosociales, variables de acuerdo con el medio social del individuo”²⁰⁹. También otros autores establecen esta distinción en términos similares²¹⁰.

Por el contrario, Secadas y Serrano entienden que la adolescencia comienza una vez superada la pubertad. Por tanto, suponen que son dos etapas independientes y sucesivas. En cualquier caso, coinciden con los anteriores al considerarlas dos realidades distintas. Además, ponen de manifiesto la complejidad que supone tratar de caracterizar la adolescencia frente a la relativa sencillez de definir la pubertad. Apuntan que “si la etapa anterior –la pubertad- era perfectamente definible gracias a los cambios fisiológicos anunciadores de la maduración sexual, la adolescencia pierde esa claridad a causa de ser definida desde una perspectiva básicamente psicológica”²¹¹.

La pubertad es, en definitiva, un fenómeno universal con características prácticamente comunes. Sin embargo, no se puede afirmar lo mismo de la adolescencia. Para Elzo, ésta posee un componente cultural que hace que varíe en función de la época o región consideradas²¹². En este sentido, la cultura occidental entiende la adolescencia como un período con una serie de rasgos definitorios que no son los mismos que en culturas menos avanzadas tecnológicamente, ni tienen que ver con los de otras épocas históricas. Hoy en día, cada adolescente crece y se desarrolla en un nicho cultural específico que define tanto la duración como las características de esa transición desde la niñez hasta la edad adulta.

209 FITZGERALD, H. E. y STORMMEN, E. (1975): *Psicología evolutiva*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, p. 37

210 Según Debesse: “Adolescencia parece el concepto más amplio y general, significando corrientemente el conjunto de transformaciones corporales y psicológicas que se producen entre la infancia y la edad adulta. Cuando hablamos de pubertad pensamos sobre todo en la vertiente orgánica de la adolescencia y, en particular, en la aparición y consolidación de la función sexual”. DEBESSE, M. (1962): *La adolescencia*, Editorial Vergara, Barcelona, p. 16. Por otra parte, para Martí “pubertad y adolescencia son, pues, dos realidades íntimamente asociadas pero que es necesario distinguir. Mientras que el término “pubertad” hace referencia a las transformaciones biológicas y morfológicas que ocurren en un período muy característico de la vida de cualquier persona (sobre todo entre los 10 y los 16 años), el término de “adolescencia” se refiere a los cambios psicológicos asociados a la etapa de la vida que transcurre entre la infancia y la etapa adulta. La pubertad suele ser un período mejor delimitado que la adolescencia, pues, depende de unas causas más precisas que los cambios psicológicos que constituyen la adolescencia.”. MARTÍ, E. (1997): “El cuerpo cambiante del adolescente”. En E., Martí y J., Onrubia (Coords.) (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, ICE Horsori, Barcelona, p. 36.

211 SECADAS, F. y SERRANO, G. (1981): *Psicología evolutiva. 14 años*, CEAC, Barcelona, p. 13.

212 Lo expresa así: “El ser joven se construye en razón del contexto histórico que le ha tocado vivir, del modelo o modelos de sociedad propuestos en el que se está haciendo, de las estructuras sociodemográficas de la sociedad en la que vive, de los grupos sociales que la componen, de los valores dominantes en ascenso y descenso, de los pesos de los diferentes agentes de socialización”. ELZO, J. (1999): “Reflexiones finales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M. T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 405.

Antiguamente, las civilizaciones primitivas llevaban a cabo ceremonias o ritos de transición a partir de los cuales se producía el paso inmediato de una edad a otra²¹³. Hoy las cosas han cambiado y este paso no sólo no es inmediato, sino que no puede serlo como resultado de la estructuración de la sociedad actual. Una sociedad en la que, según apunta Castillo, se hace evolutivamente necesaria la existencia de una edad intermedia en la que se produzca un tiempo de adaptación y preparación para la vida adulta²¹⁴. Craig, por su parte, entiende que ese tiempo prolongado en el que transcurre la adolescencia en las sociedades contemporáneas es de algún modo contraproducente porque “a pesar de su madurez física e intelectual, los adolescentes viven en el limbo, excluidos de la solución significativa de problemas del grupo social general”²¹⁵. Así pues, en los últimos tiempos parece haberse producido una ostensible prolongación de la adolescencia con respecto al pasado²¹⁶. Y esta prolongación de la adolescencia tiene como consecuencia que formen parte de este grupo personas con edades muy distintas y, por consiguiente, con situaciones muy diferentes. De ahí que, de nuevo, no resulte del todo correcto tomar a los adolescentes como un todo general, sino que conviene comprender que se trata de una gran cantidad de personas que, a su vez, pueden estar atravesando momentos vitales completamente variados.

213 Según Castillo: “La transición desde la infancia hasta la adultez era muy breve y nada problemática. Se entendía simplemente como adaptación del púber a las nuevas exigencias que la sociedad planteaba. Se reducía a favorecer algunas conductas adaptativas relacionadas sobre todo con el mundo del trabajo. [...] Bastaba la madurez biológica (pubertad) para ser considerado adulto responsable y para insertarse plenamente en la sociedad. No se hablaba de una madurez y de una adultez psicológica y social (propia del período que sigue a la pubertad y que actualmente se denomina adolescencia). Y la adaptación que se buscaba era externa e impuesta desde fuera: el sujeto no tenía oportunidad de elegir libremente su forma de vida; tampoco disponía de tiempo para desarrollar las capacidades personales implicadas en el desempeño del nuevo papel social”. CASTILLO, G. (2003): *Claves para entender a mi hijo adolescente*, Pirámide, Madrid, p. 22.

214 Para Castillo, “la considerable distancia que existe entre la conducta infantil y la conducta adulta no se podría salvar sin el «equipamiento» (léase madurez) que se adquiere en esa estación intermedia llamada adolescencia. No sería posible pasar de un modo directo o en un tiempo exiguo de la conducta dependiente a la conducta autónoma; de la conducta imitativa a la conducta original; de la tutela familiar al autogobierno; de la edad del juego a la edad del trabajo; de la vida despreocupada a la vida llena de responsabilidades”. CASTILLO, G. (2003): *Claves para entender a mi hijo adolescente*, Pirámide, Madrid, p. 22.

215 CRAIG, G. J. (1997): *Desarrollo psicológico*, Prentice Hall Hispanoamericana, Mexico, p. 434.

216 Así lo ha defendido Carretero: “La adolescencia es, en cierta medida, una construcción social derivada del desarrollo de las sociedades modernas e industrializadas. En épocas pasadas no puede decirse que existiera una etapa similar a la adolescencia. Su aparición como objeto de estudio se debe, probablemente, a la necesidad social de establecer un período intermedio entre la maduración física completa del individuo y su incorporación al trabajo”. CARRETERO, M. (1985): “Teorías de la adolescencia”. En M., Carretero, J., Palacios y A., Marchesi (comps.) (1985): *Psicología evolutiva. 3. Adolescencia, madurez y senectud*, Alianza, Madrid, p. 34.

Entre las razones que es posible barajar para entender este cambio con respecto al pasado que supone la prolongación de la adolescencia se podría destacar la especialización del trabajo. En las sociedades tecnológicamente avanzadas se ha hecho necesaria una cuidadosa preparación para desarrollar cualquier labor con efectividad. Y esa preparación necesita tiempo para completarse. Durante los años de formación la persona todavía depende de otros para poder salir adelante. Pero, a su vez, se está preparando convenientemente para llegar a valerse por sí misma algún día.

Entre los que sostienen esta postura destacaremos a Fitzgerald y Stormmen, para quienes la adolescencia “es particularmente un producto de la industrialización que demanda prolongados períodos de capacitación para las distintas especializaciones, y que provee de los medios necesarios para el mantenimiento de un gran número de personas encargadas de dicha capacitación”²¹⁷. Del mismo modo, Palacios y Oliva entienden la adolescencia occidental como un producto del siglo XXI y consideran que tiene unas señas de identidad que son las propias del período de formación y adaptación que se está atravesando²¹⁸.

En resumen, la distinción entre los conceptos de adolescencia y pubertad constituye un paso indispensable para la correcta comprensión de todo el proceso. La pubertad es un estadio biológico universal perfectamente predecible y fácil de definir. La adolescencia, por su parte, puede variar en función de diversos factores ya que constituye un proceso más complejo en el que, además de las físicas, entran en juego cuestiones psicológicas y sociales. Tal y como la entendemos hoy, es resultado de la progresiva prolongación de la juventud o retraso de la edad adulta que experimentan las sociedades debido a la especialización del trabajo y a la consabida necesidad de formación que ello conlleva. Ahora es imprescindible contar con unos años de preparación para la vida adulta. Esa época de la vida se ha constituido en una edad en sí misma que antes no existía: la adolescencia. Además, la pubertad constituye tan solo una parte de ésta, que se compone de algunas etapas más. La exposición detallada de todas ellas se presenta a continuación.

217 De hecho, “si tenemos en cuenta esta línea de pensamiento, la adolescencia sería un fenómeno social relativamente nuevo, aún en evolución, especialmente en las clases medias y en las culturas occidentales”. FITZGERALD, H. E. y STORMMEN, E. (1975): *Psicología evolutiva*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires., p. 39.

218 “Muchos chicos y chicas occidentales a los que consideramos adolescentes pueden caracterizarse por estar aún en el sistema escolar o en algún otro contexto de aprendizaje profesional o a la busca de un empleo estable; por estar aún dependiendo de sus padres y viviendo con ellos; por estar realizando la transición de un sistema de apego en gran parte centrado en la familia, a un sistema de apego centrado en el grupo de iguales, a un sistema de apego centrado en una persona del otro sexo; por sentirse miembros de una cultura de edad (la cultura adolescente) que se caracteriza por tener sus propias modas y hábitos, su propio estilo de vida, sus propios valores; por tener preocupaciones e inquietudes que no son ya las de la infancia, pero que todavía no coinciden con las de los adultos”. PALACIOS, J. y OLIVA, A. (1999): “Desarrollo psicológico durante la adolescencia”. En J., Palacios, A., Marchesi y C., Coll (1999): *Desarrollo psicológico y educación. 1 Psicología Evolutiva*, Alianza Editorial, Madrid p. 434.

2.1.3. Fases de adolescencia

La adolescencia representa la segunda etapa de un proceso, el desarrollo evolutivo, que experimenta cualquier persona. Ya hemos señalado que este estadio, en principio transitorio, se prolonga en el tiempo durante varios años y precisamente su larga duración contribuye a acrecentar la diversidad entre quienes se encuentran inmersos en este proceso del devenir adulto. Es por eso que existen diferencias notables entre por ejemplo un adolescente de doce años y otro de diecinueve. El primero apenas acaba de superar la infancia, mientras que el segundo está próximo a alcanzar la madurez propia de los adultos. Por tanto, se puede afirmar que dentro del gran grupo de los adolescentes concurren diversos subgrupos de personas que experimentan momentos vitales distintos²¹⁹.

²¹⁹ En este sentido conviene insistir en que estamos ante un grupo de edad que, en general, tiende a ser considerado por la sociedad como un todo homogéneo. Sin embargo, parece que entre los adolescentes pesa más la heterogeneidad de sus miembros que la homogeneidad que los une por el hecho de formar parte de un grupo de edad con una serie de puntos en común. Podría decirse que la idea de la diversidad es aplicable a todos los públicos y no sólo a este. Es decir, también los ancianos, o incluso los adultos, viven un momento similar al que atraviesan las personas de su edad que, sin embargo, no les hace ser exactamente iguales entre ellos. No obstante, la opinión de algunos autores avala la tesis de que, en efecto, los adolescentes constituyen un grupo especialmente heterogéneo. Es el caso de Del Valle, que se ha pronunciado en este sentido al confirmar que, en la actualidad, no se puede pensar en los jóvenes como un grupo social homogéneo. Al contrario, entiende que sería más acertado pensar en distintos estilos de ser joven o tipos de jóvenes. De hecho, afirma que “las existencias de los jóvenes constituyen experiencias diversas en las que se mezclan elecciones de múltiples matices, a menudo contradictorias y por lo general inestables, que desembocan en itinerarios abiertos en los que se juega a experimentar y probar”. DEL VALLE, A. I. (2001): *Coyunturas vitales y visiones del mundo en los jóvenes*, Documentación Social, nº 124, julio-septiembre, p. 33. Fuentes, por su parte, ha señalado también que “nunca se ha podido hablar de la juventud como un todo homogéneo. Se debiera hablar de jóvenes o de juventudes”. FUENTES, P. (2001): *Condenados a “juventud perpetua”*, Documentación Social, nº 124, julio-septiembre, p. 77. Y, del mismo modo, Ruiz y Mesa consideran que no es posible “identificar un tipo de juventud homogénea”. En este sentido, sostienen: “La gran variación que se encuentra en el propio seno de los países más extensos, así como la compleja historia de Europa y las sucesivas oleadas de juventud que se incorporan a la Unión en cada ampliación, hace que esta fisonomía juvenil sea no solamente distinta sino variable. No es fácil encontrar elementos identificadores para toda la juventud europea, como tampoco los encontraremos en la norteamericana o japonesa”. RUIZ, F. y MESA, C. (2000): *Una radiografía de la juventud europea*, Sociedad y Utopía, nº 15, mayo, p. 179. Incluso Bringué, Navas y Sánchez Aranda se llegan a cuestionar la existencia de lo que comúnmente conocemos por juventud. Así, señalan, lo más acertado es “dividir el colectivo juvenil en diversos grupos o subgrupos, atendiendo a diferentes criterios posibles. Así, se habla hoy en día de una multiplicidad de subculturas juveniles”. BRINGUÉ, X., NAVAS, A. y SÁNCHEZ ARANDA, J. J. (2005): *Informe. La imagen de la juventud en la publicidad televisiva*, Publicaciones del Consejo Audiovisual de Navarra, Pamplona, p. 18.

La Psicología Evolutiva es la disciplina que ha subdividido la adolescencia en varias sub-etapas o adolescencias. Para su estudio en el presente trabajo se va a adoptar la propuesta de Castillo²²⁰, que habla de tres fases: adolescencia primera o pubertad, adolescencia intermedia y adolescencia superior o edad juvenil. A continuación se extrae lo esencial de cada una de ellas:

a) Adolescencia primera o pubertad.

Esta fase se prolonga, en el caso de las chicas, entre los once y los trece años. En el de los chicos se da algo más tarde: entre los trece y los quince. Se caracteriza por los cambios físicos que experimenta el púber durante la primera transición de la niñez a la edad adulta. También se producen ciertos cambios psicológicos, que son consecuencia de la transformación física. Pero los más característicos en este punto del proceso son los relacionados con la pubertad. Debese considera que, en este momento, “el equilibrio físico y mental de la infancia comienza a resquebrajarse [...] El cuerpo es desmadejado, el humor desigual. Muchachos y jovencitas dan la impresión, en esta época, de avanzar a tientas hacia un porvenir incierto”²²¹.

Durante esta primera adolescencia el cuerpo añado va evolucionando y llega a convertirse en un cuerpo adulto. Ese cambio físico es muy rápido y fácilmente perceptible. Y no sólo afecta al crecimiento, sino también a la forma del cuerpo. Además, comienza a producirse la maduración sexual propia de este estadio.

Todos los cambios físicos que trae consigo la pubertad tienen consecuencias sobre la psicología del adolescente. Todavía es pronto para que le afecten de manera profunda, pero lo cierto es que comienzan a ocurrir cosas en su interior. La transición trae consigo la crisis. Y los rápidos cambios físicos que sufre el cuerpo hacen que, a menudo, el púber se sienta inseguro. Como consecuencia, puede ocurrir que tienda a encerrarse en sí mismo. También puede experimentar en esta etapa un cierto comportamiento antisocial. Su inseguridad, además de encerrarle en sí mismo, le conduciría a enfrentarse a todo. De ahí que puedan resultar frecuentes las discusiones con los padres y educadores, el desorden, la excentricidad, etc.

Pero no conviene quedarse en la superficie concediendo demasiada relevancia a este tipo de comportamientos. Es cierto que se pueden producir conductas negativas. Sin embargo, suelen ser situaciones puntuales. Normalmente, el adolescente de esta primera etapa es un ser espontáneo y emotivo. Está movido por el entusiasmo e, incluso, se apasiona en exceso con las cosas.

En esta época tiene conciencia por primera vez de que ya no es un niño, pero percibe claramente que tampoco es todavía un adulto. Se enfrenta a una época de intensos cambios que empiezan a producirse en el plano físico, aunque lo cierto es que todavía no acaban de concretarse del todo en los aspectos más propios de la personalidad.

²²⁰ Cfr. CASTILLO, G. (1999): *El adolescente y sus retos. La aventura de hacerse mayor*, Pirámide, Madrid, pp. 52-55. En esta obra, Castillo señala brevemente cuáles son las tres etapas en que subdivide la adolescencia, pero las desarrolla con más profundidad en CASTILLO, G. (2003): *Claves para entender a mi hijo adolescente*, Pirámide, Madrid, pp. 107-168.

²²¹ DEBESSE, M. (1962): *La adolescencia*, Editorial Vergara, Barcelona, pp. 17 y 18.

b) Adolescencia intermedia.

Se suele experimentar entre los trece y los dieciséis años en las chicas y entre los quince y los dieciocho en los chicos. Resulta complejo definir esta segunda adolescencia porque los cambios físicos, más sencillos de caracterizar, ya se han producido en la etapa anterior. Se puede afirmar que se trata de una crisis interna, mientras que la primera adolescencia era más bien externa. La pubertad es un proceso de cambio biológico fácilmente perceptible. Sin embargo, una vez superada, comienzan a hacerse realidad esos cambios internos difíciles de percibir.

Este momento se caracteriza, entre otras cosas, por la aparición de conductas contradictorias. El adolescente se mueve entre la inseguridad y la rebeldía. En esta crisis interna y de la personalidad el joven se enfrenta de manera caótica a una serie de retos que ha de superar para llegar a ser un adulto. El descubrimiento de su identidad, el desarrollo intelectual, la conquista de la autonomía y el desarrollo de una conciencia moral propia son desafíos a los que debe hacer frente.

Las consecuencias evidentes de este proceso tienen que ver con la profundización creciente en la intimidad, la aparición del pensamiento reflexivo, la exaltación de la libertad, el distanciamiento con respecto a la niñez y todo lo que conlleva (incluida la familia) y los sentimientos de duda e, incluso, de inferioridad.

Poco a poco, el adolescente se conoce mejor a sí mismo y detecta sus limitaciones. Tiene conciencia de lo que es y de aquello que le gustaría conseguir en el futuro. Todo eso requiere un esfuerzo y él sabe que ahora depende de sí mismo para conseguirlo.

La segunda adolescencia consiste, pues, en comenzar a descubrirse a uno mismo por dentro. Aseguran Guembe y Goñi que "al igual que para un niño todo lo que le rodea es nuevo, para el adolescente lo es todo lo que siente dentro de sí. Sin darse cuenta, se va haciendo adulto"²²². Empiezan de este modo a despuntar los ideales y el adolescente es consciente de que existe un mundo interior propio y diferenciado. De esta forma, su identidad no queda diluida en la masa. Se vislumbra ya un sentimiento de individualidad que se irá desarrollando posteriormente.

c) Adolescencia superior o edad juvenil.

Se extiende desde los dieciséis hasta los diecinueve años en las chicas y desde los dieciocho hasta los veintiuno en los chicos²²³. La tercera adolescencia constituye la última fase de maduración y desarrollo de la personalidad. Es el momento en el que el joven ha dejado de reaccionar de manera imprevisible contra todo y contra todos. Quedan ya lejos los conatos de rebeldía propios de su vida anterior.

222 GUEMBE, P. y GOÑI, C. (2004): *No se lo digas a mis padres*, Ariel, Barcelona, p. 11.

223 Conviene recordar que estas edades son relativas y que, tal y como se ha señalado en las páginas previas, el final de la adolescencia no viene marcado por una edad concreta. Se intenta de esta forma acotar en el tiempo algo que, en realidad, es difícil de determinar.

El interés por romper con el pasado ha sido superado. El adolescente recupera la convivencia armónica con la familia y ya no se enfrenta a quienes discrepan de sus propias opiniones. Tiene una actitud positiva ante la vida y las personas. El aislamiento característico de otras épocas es sustituido por una actitud más abierta. Esto le permite empezar a ser consciente de los problemas ajenos y no sólo de los propios.

Convive armónicamente en el entorno y se afianzan en su interior los valores positivos. Esto es consecuencia de una progresiva recuperación de la estabilidad y el equilibrio. Ya han pasado las agitaciones significativas. Ahora se trata de afianzar los cambios. El joven ha superado los retos a los que se enfrentaba en la etapa anterior. Continúa con su proceso de maduración, pero de forma más sosegada y tranquila.

Con la tercera adolescencia llega el momento de pensar en su futuro y tomar decisiones que le acerquen a su ideal de persona. Parece que, definitivamente, el joven da el salto y se integra en el grupo de aquellos que han superado la adolescencia y se enfrentan de un modo natural y sereno al inicio de la edad adulta.

Sin olvidar la imprecisión propia de los límites de edad entre los cuales se ha señalado que transcurre la adolescencia, debemos procurar establecer unas edades de corte que se mantendrán como referencia a lo largo de las páginas de esta tesis doctoral. Así, de ahora en adelante estableceremos como límite máximo las edades comprendidas entre los once y los veintiún años. Evidentemente, esta referencia no es más que una generalización que toma como base la aportación de Castillo sobre las distintas etapas de la adolescencia y en la que sugiere que la adolescencia primera comienza para las chicas a los once años y termina para los chicos a los veintiuno, con el fin de la adolescencia superior o edad juvenil. Por tanto, no se hace en este caso distinción entre chicos y chicas, sino que se adopta el intervalo once-veintiuno como plazo máximo de desarrollo adolescente.

Como conclusión a este punto conviene recalcar una vez más la idea de que cada una de las tres sub-etapas adoptadas por Castillo aglutina dentro de sí a una enorme diversidad de adolescentes. Es decir, no parece del todo correcto equiparar a una adolescente de dieciséis años con una de diecinueve, a pesar de que ambas se encuentren sumidas ya en el tercer estadio de la adolescencia. Seguramente la primera estará experimentando una serie de sentimientos que no tienen nada que ver con los que percibe la de diecinueve, que está a punto de alcanzar la edad adulta.

En diversos momentos de cada una de estas fases se sufren crisis de identidad que afectan principalmente al propio adolescente, aunque también a su entorno social. Lo vemos en el siguiente epígrafe.

2.1.4. La crisis adolescente

En el saber común existen algunas ideas que a menudo son asumidas por la sociedad como verdades absolutas. En el caso de la adolescencia, como se ha mencionado antes, se suele señalar que se trata de un período de fuertes agitaciones emocionales que provocan una rebeldía sin justificación aparente. Si se analiza esta cuestión se puede extraer una conclusión doble. Por un lado, se insinúa que el adoles-

cente es un ser con problemas propios. Ha dejado de ser un niño y comienza a experimentar dificultades en los distintos frentes de su vida. Por el otro, al afirmar que esos cambios bruscos provocan la rebeldía sin causa se está sugiriendo que, además, es fuente de problemas para otros: padres, educadores y adultos en general.

Posiblemente esta es la razón de que durante años se haya caracterizado esta etapa de la vida como la edad de los problemas. No es extraño que haya sido así. Hay actitudes y comportamientos en el adolescente que resultan difíciles de comprender. También se producen situaciones complejas por las que ha de pasar. Y, según Hurlock, los adultos son en parte responsables de la falta de adaptación del joven porque lo juzgan desde sus propios parámetros sin percatarse de que no es todavía un ser maduro²²⁴.

No obstante, esa imagen de la adolescencia como un período de dramáticas agitaciones emocionales no sólo ha quedado obsoleta, sino que pone al descubierto una cierta falta de rigor en el conocimiento de esta etapa vital. De hecho, en la adolescencia se producen cambios externos e internos que pueden llegar a ejercer un efecto sobre el comportamiento de quien los sobrelleva. Esta época supone un cambio radical que trae consigo ciertos problemas de ajuste. Y, en la práctica, no resulta sencillo adaptarse a una nueva edad. De ahí que surjan las dificultades de adecuación propias de este período.

Pero a pesar de las dificultades, hoy ya no se habla de la adolescencia como problema. Simplemente como crisis. Una crisis de crecimiento que no tiene nada que ver con patologías ni trastornos psicológicos. Si se entiende la crisis como elección, tal y como proponen Kohler y Aimard, se comprenderá entonces que no tiene por qué conllevar inevitablemente un sufrimiento. Por tanto, parece más adecuado adoptar una perspectiva positiva y optimista que contribuya a considerar esta etapa como una transición a la vida adulta que rompe con ciertos tópicos:

“Crisis” significa etimológicamente “elección”: por tanto, no se trata necesariamente de un período o un estadio de trastornos. Además, no siempre la crisis es vivida como tal: los niños que anteriormente han adquirido un equilibrio estable, en los que cada cosa ocupa su lugar –sentimientos, padres, estima propia, trabajo y ocupaciones–, viven la adolescencia como un período evolutivo sin verse atormentados por el drama que otros conocen²²⁵.

224 Hurlock lo indica así: “Aunque todas las edades parecen poseer formas de conducta que resultan fastidiosas para los adultos, la conducta de los adolescentes parece ser especialmente molesta. El motivo fundamental para creer que la adolescencia es una edad problema, es el de que los adolescentes,

225 con demasiada frecuencia, son juzgados según las reglas de los adultos, más bien que según normas para adolescentes. Como el joven se asemeja más a un adulto que a un niño, en cuanto a su aspecto físico, su comportamiento ya no se juzga según los modos de ser infantiles, sino como los de los adultos”. HURLOCK, B. (1971): *Psicología de la adolescencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, p. 27.

KOHLER, C. y AIMARD, P. (1972): *De la infancia a la adolescencia*, Guadarrama, Madrid, pp. 112-113.

Es inevitable que en ocasiones se vea al adolescente como problema y fuente de problemas debido a las dificultades de adaptación que atraviesa. No obstante, Fierro justifica la naturalidad de los períodos tormentosos propios de esta edad al asegurar que “la crisis de identidad en jóvenes y adolescentes es -como otras crisis- evolutivamente necesaria, pero no siempre o no necesariamente dramática”²²⁶. Es decir, no se puede entender la adolescencia sin crisis, tanto si ésta es perturbadora como si no lo es. Y, evidentemente, entre un grupo de personas tan diverso como lo es el adolescente, habrá situaciones para todos los gustos.

Para Deconchy, la crisis adolescente no es muy distinta a otras que se producen a lo largo de la vida:

*La adolescencia no es ni la primera ni la última crisis con que tropieza un hombre, ni la primera ni la última que debe afrontar en el curso de la constitución nunca acabada de su personalidad. Todo el desarrollo evolutivo del hombre está jalonado de períodos de revisión y de corrección intensas que repercuten en sus estructuras psicológicas y en sus funciones psicosociales*²²⁷.

Estamos, pues, ante uno más de los múltiples momentos de ajuste a los que se enfrenta la persona a lo largo de todo su desarrollo. Pero la crisis adolescente sí posee algo específico que otras crisis no tienen. En este caso, el niño ha de convertirse en adulto. Y eso sólo ocurre una vez. El resultado son aquellos desajustes que tienen como consecuencia una actitud difícil por parte del adolescente: malas contestaciones, gritos, enfados exagerados, emotividad, inestabilidad, etc. En el fondo, esa transición entre la niñez y la edad adulta hace que el adolescente se sienta inseguro ya que no termina de situarse del todo en ninguna de las dos edades. De ahí que adopte comportamientos propios de ambas y fluctúe entre la estabilidad y el estrés.

Estas situaciones complejas no se producen en otros momentos de la vida. Sólo ocurren durante la transición adolescente y suelen ser fruto de diversas causas. Castillo resalta la importancia de los cambios fisiológicos propios de la pubertad, el descubrimiento de la identidad personal y el estrés transicional²²⁸. Al parecer, la coincidencia de factores tan diversos en un mismo momento provoca situaciones que en ocasiones resultan difíciles de sobrellevar. Pero tampoco se pueden dejar de lado otros elementos como la búsqueda de independencia, la falta de experiencia, las presiones sociales, los problemas de adaptación o la inseguridad, que también contribuyen a intensificar el comportamiento desconcertante del adolescente.

226 FIERRO, A. (1990): “La construcción de la identidad personal”. En E., Martí y J., Onrubia (Coords.) (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, ICE Horsori, Barcelona, p. 91.

227 DECONCHY, J. P. (1972): “La adolescencia en el desarrollo global”. En C., Allaer, A., Carnois, P., Crémer, L., Debarge, J., P., Deconchy, C., Destombes, Ernst, Fournier, A., de la Garanderie, P., Guilluy, M., Lemaire, J., Liefoghe, G., Mathon, A., Pauli, R., Sansen, R., Schaeffer, B., Taurour, F., Weyergans (1972) : *La adolescencia*, Herder, Barcelona, p. 99.

228 Cfr. CASTILLO, G. (2003): *Claves para entender a mi hijo adolescente*, Pirámide, Madrid, p. 27.

Por todo esto se habla de crisis al referirse a este período. Son demasiadas cosas las que cambian a la vez y el adolescente carece de la madurez necesaria para afrontarlas con sosiego. De ahí que, en ocasiones, se retraiga hacia comportamientos más propios de la edad infantil. Y no es de extrañar. Vive en un tránsito de edades que le hace comportarse a veces como niño, otras como adulto.

Secadas y Serrano consideran que la adolescencia, en sí misma, no tiene por qué ser conflictiva. Entienden que la aparición de problemas a lo largo de esta edad depende también de otras circunstancias ajenas. Lo expresan así: “La variable «adolescencia» no es la única que determina la situación conflictiva; el medio ambiente en general, las características personales, la adscripción a una clase social determinada, etc., también ejercen influencias decisivas”²²⁹. Y continúan atribuyendo la responsabilidad de las dificultades que tiene el adolescente a los cambios físicos, psicológicos y sociales que experimenta.

El estrés y la confusión se pueden agravar, por tanto, bajo determinadas circunstancias. Una de ellas tiene que ver con la tendencia a considerar al adolescente como un adulto solamente para algunas cuestiones. Así, se espera que, como los adultos, sea responsable, no derroche el dinero, sepa comportarse, etc. Pero no se le conceden los privilegios propios del adulto en aquello que tiene que ver con cuestiones tales como la independencia económica, la libertad de horarios o la sexualidad. Este doble rasero con el que el mundo adulto tiende con frecuencia a juzgar al adolescente puede contribuir a aumentar de hecho la inestabilidad de su carácter.

Pero tampoco en este caso se puede generalizar ya que existe tanta diversidad de reacciones como adolescentes en el mundo. De hecho, cuando se asocia esta segunda etapa del desarrollo evolutivo con la edad de los problemas no se tiene en cuenta que, en muchos casos, la adolescencia ni siquiera se acerca a esa situación traumática que motiva la llamada rebeldía sin causa.

Corbella defiende esta diversidad juvenil al sostener que “mientras que para unos no pasa de ser una etapa más, con la misma cantidad y tipo de problemas de cualquier otra etapa, para otros es un período caracterizado por grandes oscilaciones en el comportamiento, enfrentamiento a las normas establecidas, rebelión y un sinfín de conflictos”²³⁰.

El problema, en definitiva, reside en atribuir a la adolescencia en general ese carácter romántico y rebelde que durante tanto tiempo ha teñido la imagen del adolescente. Tanto es así que, según Fierro, “el estudio científico de ese desarrollo

229 SECADAS, F. y SERRANO, G. (1981): *Psicología evolutiva. 14 años*, CEAC, Barcelona, p. 15.

230 Corbella añade además que: “La realidad es que encontramos adolescentes a los que les cuesta madurar, porque tienen un mayor nivel de ansiedad o depresión, y sienten la necesidad de enfrentarse a los adultos a través de unos comportamientos sociales inaceptables. Otro sector de la juventud sigue un proceso de maduración normal, mantiene la estabilidad emocional, la consistencia de sus criterios y establece relaciones afectivas adecuadas. Por lo tanto, excepto en algunas cuestiones, no se puede establecer una generalización acerca de la forma de ser de los adolescentes”. CORBELLA, J. (Dtor.) (1994): “16. Concepto básico de adolescencia. La nutrición en la adolescencia”. En *Descubrir la psicología*, Folio, Barcelona, pp. 6-7.

a veces contradice la imagen espontánea y los tópicos que el observador ordinario tiene de la adolescencia, como edad esencialmente tormentosa y conflictiva, en repudio de la generación adulta y de sus valores, y en discontinuidad radical con la propia infancia del individuo”²³¹.

Por tanto, el adolescente se enfrenta a un tránsito de edades que puede provocar desajustes y dificultades de adaptación. La crisis adolescente puede ser muy real en algunos casos, aunque esa crisis no ha de ser necesariamente entendida como trauma. Además, no tiene por qué ser siempre así y, en caso de serlo, no siempre sucede a los mismos niveles.

Sea cual sea la reacción que cada adolescente adopte, lo cierto es que esta etapa de la vida cuenta con una serie de rasgos generales y definitorios que se recogen a continuación.

2.1.5. Rasgos de la adolescencia

Durante la adolescencia la persona se enfrenta a nuevos retos relacionados con su formación como hombre o mujer. Tiene por delante una serie de desafíos que ha de superar para convertirse en un ser adulto. Son cuestiones a las que todo el mundo se enfrenta, independientemente del modo en que las afronten²³². En concreto, Strasburger y Wilson especifican cinco asuntos:

*Uno de los principales retos a los que se enfrenta un adolescente es la formación de la identidad [...]. Un segundo desafío es la creciente independencia en la que vive el joven [...]. Esto nos lleva a un tercer rasgo de la adolescencia, que es la adopción de riesgos [...]. En cuarto lugar está la importancia del grupo de amigos [...]. Finalmente, la pubertad y el desarrollo sexual son sellos propios de la adolescencia*²³³.

Oliva, por su parte, no habla propiamente de retos. Pero se refiere a las tareas que el joven ha de solucionar durante el tránsito niñez-edad adulta. Asegura que “el adolescente [...] tendrá que perfilar la imagen que tiene de sí mismo, adoptar algunos compromisos de carácter ideológico y religioso, elegir una profesión, definir su orientación sexual, optar por un estilo de vida y de relaciones, asumir valores de tipo moral, etc.”²³⁴

231 FIERRO, A. (1985): “Desarrollo social y de la personalidad en la adolescencia”. En J., Carretero, J., Palacios y A., Marchesi (1985): *Psicología evolutiva. 3. Adolescencia, madurez y senectud*, Alianza, Madrid, p. 138.

232 Es decir, los retos vienen a ser los mismos para todos y cada uno de los adolescentes, aunque las formas de afrontarlos varían como consecuencia de la diversidad juvenil.

233 STRASBURGER, V. C. y WILSON, B. J. (2002): *Children, Adolescents & the Media*, Sage Publications, 2002, pp. 14-16.

234 OLIVA, A. (1999): “Desarrollo de la personalidad durante la adolescencia”. En J., Palacios, A., Marchesi y C., Coll (comps.) (1999): *Desarrollo psicológico y educación. 1. Psicología evolutiva*, Alianza, Madrid, p. 417.

Por tanto, la segunda etapa del desarrollo evolutivo trae consigo importantes novedades. Esas novedades, retos, desafíos o tareas son lo que caracteriza a esta edad. Los rasgos de la adolescencia que constituyen las características específicas de esta época transitoria. Ante la enorme diversidad de maneras de afrontar las características de la adolescencia se ha optado por presentar una relación de los cinco rasgos que definen propiamente esta etapa de la vida: el desarrollo físico, el descubrimiento de la identidad, el desarrollo intelectual, la conquista de la autonomía y el desarrollo de la conciencia moral.

La pubertad ya ha sido definida con anterioridad. En el siguiente punto se procura superar esa definición y las diferencias señaladas frente al concepto de adolescencia. Ahora el objetivo consiste en precisar aspectos concretos del desarrollo físico que se produce durante este momento. Este es, pues, el primer rasgo de la adolescencia entendida como etapa del desarrollo evolutivo.

2.1.51. Desarrollo físico

Se ha señalado en el epígrafe dedicado a establecer una diferenciación clara entre adolescencia y pubertad que la primera es un proceso amplio que incluye a la segunda. Y que ésta, por su parte, marca el punto de partida de la adolescencia. De ahí que el primer gran desafío que los adolescentes han de encarar en esta nueva etapa sea precisamente el desarrollo físico, que hace referencia a la vertiente biológica de la persona.

Palacios y Oliva hacen referencia a ese carácter biológico que define a la pubertad. Aseguran que “es un proceso gradual de varios años de duración a lo largo del cual el cuerpo del adolescente va a experimentar una serie de cambios bastante significativos”²³⁵.

La pubertad constituye, por tanto, un desarrollo físico gradual y ciertamente notable. Sin embargo, los cambios biológicos característicos de este estadio precisan de cierto tiempo para llegar a consolidarse. Por eso resulta frecuente asistir a episodios que denotan una irremediable falta de sincronización definitiva: cambios bruscos en la voz, partes del cuerpo que crecen desproporcionadamente, otras que siguen siendo más bien propias de un niño, acné juvenil, etc. Poco a poco, los cambios corporales se irán sincronizando hasta concluir en el completo desarrollo físico que convierte un cuerpo añinado en el de todo un adulto.

En ocasiones se ha asociado la pubertad con la madurez sexual como si se tratara del desarrollo sustancial más significativo que experimenta el púber. Sin embargo, la pubertad constituye un proceso complejo en el que ocurren diversos

235 PALACIOS, J. y OLIVA, A. (1999): “Desarrollo psicológico durante la adolescencia”. En J., Palacios, A., Marchesi y C., Coll (1999): *Desarrollo psicológico y educación. 1 Psicología Evolutiva*, Alianza Editorial, Madrid p. 444.

cambios de manera simultánea. El desarrollo sexual es uno de ellos. Pero no el único. Así lo han expresado Coleman y Hendry:

*Este estadio se acompaña de cambios no sólo en el sistema reproductor y en las características sexuales secundarias del individuo, sino en el funcionamiento del corazón y, así, del sistema cardiovascular, en los pulmones, que afectan a su vez al sistema respiratorio, en el tamaño y la fuerza de muchos de los músculos del cuerpo, etc.*²³⁶

Del mismo modo, Liefoghe apunta que “el período de la adolescencia se caracteriza, en el terreno biológico, por dos procesos principales: la consumación del crecimiento y la puesta en marcha de la función genital”²³⁷. Distingue, pues, dos tipos de cambios biológicos. El desarrollo del cuerpo adulto por un lado y la consecución de la plena capacidad para la reproducción sexual, por otro. No se centra exclusivamente en uno de ellos ni incluye la madurez sexual dentro del desarrollo corporal. Los estudia por separado y les concede la misma entidad.

En cualquier caso, el desarrollo físico de los órganos sexuales introduce al joven en el conocimiento de su cuerpo. A su vez, conoce el mundo de la sexualidad y la intimidad. Comienza entonces a experimentar sensaciones puramente físicas que, sólo con el tiempo, aprenderá a relacionar con los sentimientos. Porque la capacidad potencial de desarrollo no se corresponde necesariamente con la madurez sexual. Posteriormente se experimentará una madurez global de la persona en la que estará incluida esa madurez sexual. Por eso, en este primer estadio de la adolescencia que supone la pubertad resulta más correcto hablar de desarrollo genital que de madurez sexual. De esta forma se entiende que se despliegan las capacidades físicas indispensables para la reproducción sexual. Pero no se vinculan con la madurez mental propia de los adultos.

A grandes rasgos se podría señalar que las variaciones corporales más significativas de la pubertad tienen que ver con el crecimiento en altura, el aumento de peso, la aparición del vello, el crecimiento de algunas partes del cuerpo, el desarrollo genital, el incremento de la fuerza o el cambio en la voz²³⁸.

²³⁶ COLEMAN, J. C. y HENDRY, L. B. (2003): *Psicología de la adolescencia*, Morata, Madrid, p. 31.

²³⁷ LIEFOOGHE, J. (1972): “Fisiología e higiene de la adolescencia”. En C., Allaer, A., Carnois, P., Crémer, L., Debarge, J., P., Deconchy, C., Destombes, Ernst, Fournier, A., de la Garanderie, P., Guilluy, M., Lemaire, J., Liefoghe, G., Mathon, A., Pauli, R., Sansen, R., Schaeffer, B., Taurour, F., Weyergans (1972) : *La adolescencia*, Herder, Barcelona, p. 75.

²³⁸ Volviendo sobre los principales cambios físicos que acontecen durante la pubertad, existen numerosas obras en las que este tema es tratado con profundidad. En este caso no parece necesario adentrarse con profundidad en ello porque no resulta determinante conocer los detalles concretos para el logro de los objetivos finales del presente trabajo. En cualquier caso, se puede consultar un resumen breve y completo en CRAIG, G. J. (1997): *Desarrollo psicológico*, Prentice Hall Hispanoamericana, Mexico, pp. 407-414.

Se ha insistido en que la naturaleza de estos cambios que trae consigo la pubertad es física. Sin embargo, las novedades biológicas pueden ejercer ciertos efectos en la psicología del adolescente. Gómez Lavín establece que los cambios corporales que acarrea la pubertad tienen principalmente tres tipos de repercusiones psicológicas. En primer lugar, cambia la imagen que el adolescente tiene de sí mismo. Por otro lado, cambia la imagen que tiene de otras personas (su padre deja de ser más fuerte que él, su madre ya no es más alta que ella, etc.). Y, finalmente, cambia la imagen que los demás tienen de él²³⁹.

Tanto los cambios físicos como los psicológicos que acarrea la pubertad o el desarrollo físico del adolescente han quedado recogidos en la siguiente tabla a modo de resumen:

Tabla 2.1. Cambios propios de la pubertad

Cambios físicos	Cambios psicológicos
- Crecimiento en altura	- Imagen que tiene de sí mismo
- Aumento de peso	- Imagen que tiene de los otros
- Aparición del vello	- Imagen que los otros
- Crecimiento de diversas partes del cuerpo	tienen de él
- Desarrollo genital	
- Incremento de fuerza	
- Cambio en la voz	

Elaboración propia.

El mencionado triple cambio de imagen es responsable de que el cuerpo adquiera tanta importancia para el púber, que lo escruta frente al espejo, lo compara con los de sus compañeros... Además, la percepción que tiene de su aspecto físico puede traer consecuencias sobre la confianza que tiene en sí mismo. Ya no se trata simplemente de una cuestión de imagen.

Aquí hay un componente importante de autopercepción²⁴⁰. Es decir, de cómo el adolescente se ve a sí mismo. Por eso se afirma que los cambios biológicos tienen un efecto en la psicología del joven que atraviesa este proceso del devenir adulto. Pero las consecuencias psicológicas que conlleva la evolución biológica también tienen que ver con ciertos aspectos culturales y educativos. En la cultura popular existen elementos que pueden contribuir a condicionar esa imagen que el adolescente tiene de su propio físico. La publicidad es uno de esos elementos. En ella se presentan modelos a imitar. Además, no se limita a influir en la imagen física. Es una cuestión de estilo, comportamiento expresivo, roles, cualidades, actitudes ante la vida, forma de vestir, de hablar, etc. También de imagen física y corporal, pero no de forma exclusiva.

²³⁹ Cfr. GÓMEZ LAVÍN, C. (1996): *Psicología evolutiva*, Ed. Carmen Gómez Lavín, Logroño, p. 61.

²⁴⁰ Cfr. MARTÍ, E. (1997): "El cuerpo cambiante del adolescente". En E., Martí y J., Onrubia (Coords.) (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, ICE Horsori, Barcelona, p. 36.

En definitiva, durante esta edad se producen cambios evidentes en el cuerpo del niño que hacen que éste se desarrolle poco a poco hasta lograr convertirse en un cuerpo de adulto. Pero se produce además un progresivo descubrimiento de la identidad, tal y como queda recogido en el siguiente punto.

2.1.5.2. Descubrimiento de la identidad

La adolescencia va ligada de forma estrecha, además de al desarrollo físico, al descubrimiento de la propia identidad. Para Oliva la identidad es “una estructura u organización interna construida por el sujeto que agrupa todas aquellas características que definen su forma de ser”²⁴¹.

Ya en la misma infancia existe cierto sentido de identidad que se desmorona con la irrupción de la adolescencia. La persona ya no es igual porque se van produciendo cambios físicos, psicológicos y sociales. Y tampoco su identidad puede seguir siendo la misma. El adolescente ha de readaptarla a su situación actual. Y, según Kroger, la adolescencia es el momento justo en el que esto ocurre:

*Aunque los fundamentos del yo se forman en la infancia a través de la interacción de los cuidadores y el niño, la adolescencia parece ser un tiempo, al menos en las culturas occidentales contemporáneas tecnológicamente avanzadas, en el que uno se enfrenta con la tarea de definirse a sí mismo*²⁴².

La nueva identidad nace, por tanto, de la suma de todo lo que la persona es y su descubrimiento está vinculado al desarrollo de la personalidad, a la toma de conciencia, al descubrimiento del yo y a la autoafirmación. A medida que el adolescente va creciendo por dentro y se va conociendo a sí mismo forja un autoconcepto que derivará en la propia identidad. Así pues, resulta imprescindible que se produzca un creciente descubrimiento personal, que se conozca a sí mismo²⁴³.

En este sentido, Secadas y Serrano consideran fundamental que el adolescente se percate de su individualidad. Señalan que “la constatación de la propia existencia, de ser distinto y único, sin duda se presenta como uno de los principales descubrimientos que va haciendo el adolescente y que, en la edad que estudiamos, toma una dimensión más profunda”²⁴⁴.

Para Corbella cualquier adolescente siente la necesidad de saber exactamente quién es y eso es precisamente lo que le mueve a tratar de responder a esa

241 OLIVA, A. (1999): “Desarrollo de la personalidad durante la adolescencia”. En J., Palacios, A., Marchesi y C., Coll (comps.) (1999): *Desarrollo psicológico y educación. 1. Psicología evolutiva*, Alianza, Madrid, p. 478.

242 KROGER, J. (1996): *Identity in adolescence*, Routledge, London, p. 1. (Traducción propia).

243 Cfr. CASTILLO, G. (2003), *Claves para entender a mi hijo adolescente*, Pirámide, Madrid, pp. 87-94.

244 SECADAS, F. y SERRANO, G. (1981): *Psicología evolutiva. 14 años*, CEAC, Barcelona, p. 35.

pregunta fundamental. También se siente impulsado a acentuar las diferencias que lo hacen único. Por eso establece la siguiente afirmación:

El individuo, como sinónimo de persona, comparte una serie de intereses y valores con los demás, pero necesita concebirse a sí mismo como algo separado, con un sentido de sí mismo diferente de cualquier otra persona, lo que no significa que represente una forma de aislamiento. La adquisición de la identidad supone buscar una respuesta a una de las preguntas vitales del individuo, aunque no se la formule conscientemente: ¿quién soy? [...] El adolescente alcanza el sentido de identidad cuando descubre su propio sentido en la vida²⁴⁵.

Tras la reflexión o conciencia de uno mismo se originan los intentos de autoafirmación individual y también frente a los otros. La búsqueda de la identidad supone el primer replegarse sobre sí mismo del adolescente. Fruto de la reflexión sobre la propia persona surge la necesidad de afirmar la interioridad a través de dos vías aparentemente contradictorias: el contacto social y la intimidad personal.

Por lo tanto, se produce por un lado una afirmación de la identidad, del yo, hacia afuera a través de las relaciones con la familia, los amigos o la escuela. En estos entornos va tomando conciencia de su manera de ser, de su personalidad, por comparación con los otros. Pero, por otro, esa afirmación de la identidad también se desarrolla a través de la reflexión íntima. Como apunta Debesse, “el movimiento de concentración sobre el pensamiento provoca una nueva concepción del yo, que aparece como la expresión de la actividad de la conciencia personal”²⁴⁶. Es decir, esa tendencia a relacionarse con otros se combina con la contraria: un repliegue sobre sí mismo que impulsa inevitablemente el descubrimiento de la intimidad. Pepin insiste en esta idea:

La conciencia de sí mismo del adolescente se desarrolla en dos planos distintos. En primer lugar la conciencia de sí mismo con respecto al prójimo: para profundizar en su propio conocimiento, el adolescente tiene la necesidad de que los otros lo conozcan y busca conquistar su estima y su admiración, lo que es otra forma de egocentrismo. Pero también va tomando conciencia de sí mismo por una vida íntima y secreta que lo impulsa al aislamiento²⁴⁷.

La afirmación del yo es, pues, habitual entre los adolescentes, que se muestran a los demás con la intención de “autoafirmarse, expresando, a veces de forma extravagante, lo original y distintivo, en un supremo intento de conseguir la autonomía y la emancipación”²⁴⁸. Para lograr esa autoafirmación utilizan mecanismos

245 CORBELLA, J. (Dtor.) (1994): “16. Concepto básico de adolescencia. La nutrición en la adolescencia”. *En Descubrir la psicología*, Folio, Barcelona, p. 19.

246 DEBESSE, M. (1962): *La adolescencia*, Editorial Vergara, Barcelona, p. 109.

247 PEPIN, L. (1975): *La psicología de los adolescentes*, Oikos-Tau, Barcelona, p. 51.

248 GEMELLI, A. (1971): *Psicología de la edad evolutiva*, Editorial Razón y Fe S. A., Madrid, p. 326.

diversos que les permiten expresarse tales como la escritura, la amistad, el interés por temas políticos, etc.²⁴⁹. Uno de los mecanismos más recurrentes que les sirve para autoafirmar su individualismo tiene que ver con el uso del lenguaje y la ropa, aunque también con aspectos más propios del comportamiento. De ahí que durante esta época se consideren tan importantes la moda, el aspecto físico y la indumentaria²⁵⁰.

Las prendas de vestir dicen mucho de quien las lleva. Y en un momento vital como este en el que la persona construye poco a poco su propia imagen y, con ella, su identidad, es lógico cuidar con especial esmero aquellos aspectos que identifican a primera vista, como puede ser la ropa. Rivière lo ha señalado:

El mismo culto a la moda (entendida como apariencia e imagen de uno mismo), renovado definitivamente en nuestra sociedad como fórmula de transmitir (en los adultos y en los jóvenes) el mensaje de la integración al sistema, recuerda esa búsqueda de identidad que una mayoría de jóvenes asume a través de sus vestidos. Es el adolescente quien necesita especialmente afirmar su identidad, cosa para la cual se sirve del vestido²⁵¹.

Según Debesse, el adolescente alcanza una noción cada vez más clara de lo que es, de su identidad, a través de la experiencia adquirida en relación a la autoafirmación. Así, asegura que “su personalidad toma forma a medida que aumenta la afirmación del yo. Al principio es cambiante, compuesta de expresiones sucesivas que parecen contradictorias tanto subjetiva como objetivamente, pero que le dan en realidad su estructura propia”²⁵². Este autor también sostiene la teoría de que la personalidad que se construye es resultado de la doble actividad de contacto y repliegue.

Coleman y Hendry, por su parte, relacionan el descubrimiento y consolidación de la identidad adolescente con varios procesos que experimenta la persona. Son estos: el cambio físico, el desarrollo intelectual, la búsqueda de independencia y el carácter transicional propio de la adolescencia²⁵³.

249 Según Gemelli, las formas mediante las cuales los adolescentes afirman su identidad son las siguientes: “Escribiendo poesías líricas, otros se ven empujados a una amistad más profunda que según ellos es para toda la vida, otros forman proyectos para el porvenir, otros se inclinan a la política, otros siguen las ideologías extremas en arte y religión. Todas estas diversas manifestaciones se reducen, muy pronto, a nada. Pero entre tanto ofrecen al adolescente el modo de hablar de sí mismo con el amigo, de discutir con él acerca del porvenir. [...] También forman parte de esta manifestación el gusto en vestir trajes llamativos”. GEMELLI, A. (1971): *Psicología de la edad evolutiva*, Editorial Razón y Fe S. A., Madrid, p. 326.

250 En el tercer capítulo de esta tesis se profundizará en el uso que hacen los adolescentes de las marcas como herramienta útil para alcanzar este objetivo de reafirmar la propia identidad.

251 RIVIÈRE, M. (2002): “Moda de los jóvenes: Un lenguaje adulterado”. En F., Rodríguez (ed.) (2002): *Comunicación y cultura juvenil*, Ariel, Barcelona, p. 89.

252 DEBESSE, M. (1962): *La adolescencia*, Editorial Vergara, Barcelona, p. 95.

253 Cfr. COLEMAN, J. C. y HENDRY, L. B. (2003): *Psicología de la adolescencia*, Morata, Madrid, p. 64.

a) El progresivo cambio físico tiene como consecuencia una alteración en la imagen. Esta alteración biológica y externa está, a su vez, íntimamente relacionada con la psicología interna. Influye en la concepción que el joven tiene de su identidad porque la visión que uno tiene de sí mismo influye en lo que realmente es.

b) El desarrollo intelectual es responsable de que el adolescente se perciba como nunca antes lo había hecho. En sus nuevas capacidades intelectuales encuentra elementos que contribuyen a forjar esa identidad²⁵⁴.

c) La búsqueda de independencia y autonomía conlleva de manera inevitable la toma de decisiones sobre uno mismo. Este proceso tiene su reflejo en el desarrollo de la identidad.

d) El carácter de transición intrínseco a la adolescencia también influye de alguna forma en los cambios del autoconcepto y la identidad.

Retomando la idea de la crisis adolescente aplicada al desarrollo de la propia identidad, Erikson habla de “la lucha adolescente por la identidad”²⁵⁵. Pone así de manifiesto que los años de transición adolescente también son años de crisis, de búsqueda de uno mismo y autodefinición frente a los otros. Por el contrario, Coleman y Hendry son partidarios de una visión que se mantiene alejada del conflicto interno. Señalan que “aunque el desarrollo de la identidad es central durante este estadio evolutivo, no toma necesariamente la forma de una crisis”²⁵⁶. Del mismo modo, Guilluy considera que el descubrimiento de la identidad comporta “una mutación indiscutible, pero una mutación que no es una especie de conversión nueva [...]. En este sentido, la adolescencia es más un renacimiento que una crisis y puede ser una verdadera renovación”²⁵⁷. El reto, según Castillo, no consiste simplemente en la búsqueda de la propia identidad. En realidad, lo importante para el adolescente es “lograr una identidad coherente”²⁵⁸.

Por tanto, el adolescente se conoce a sí mismo poco a poco y con la ingenuidad propia del que sólo intuye aquello en lo que se va a convertir. Necesita saber quién es y diferenciarse del resto. Así se hace cada vez más hombre o mujer y forja su identidad de manera progresiva a través del contacto social y del repliegue sobre sí mismo. Por eso, con la adolescencia llegan aquellas preguntas sin respuesta que, finalmente, consiguen hacerle consciente de quién es en realidad.

254 Las nuevas posibilidades intelectuales del púber se estudiarán con más profundidad a continuación.

255 ERIKSON, E. (2000): *El ciclo vital completado*, Paidós, Madrid, p. 77.

256 COLEMAN, J. C. y HENDRY, L. B. (2003): *Psicología de la adolescencia*, Morata, Madrid, p. 79.

257 GUILLUY, P. (1972): “La adolescencia, tiempo de evolución”. En C., Allaer, A., Carnois, P., Crémer, L., Debarge, J., P., Deconchy, C., Destombes, Ernst, Fournier, A., de la Garanderie, P., Guilluy, M., Lemaire, J., Liefoghe, G., Mathon, A., Pauli, R., Sansen, R., Schaeffer, B., Taurour, F., Weyergans (1972) : *La adolescencia*, Herder, Barcelona, p. 141.

258 CASTILLO, G. (2003): *Claves para entender a mi hijo adolescente*, Pirámide, Madrid, p. 93.

2.1.5.3. Desarrollo intelectual

El tercer rasgo de la adolescencia se ha adelantado en el punto anterior y tiene que ver con el desarrollo del intelecto. Al parecer, el adolescente experimenta unos procesos de pensamiento distintos a los del niño²⁵⁹ ya que se produce “un cambio sensible y de carácter cualitativo al comienzo de la adolescencia”²⁶⁰. Este cambio, el desarrollo intelectual, comienza a ser perceptible desde los primeros momentos de esta etapa, es decir, entre los once y los doce años. Y se consolida hacia los catorce o quince.

Según García-Milà y Martí, el adolescente es ya capaz de desplegar capacidades de razonamiento de las que carecía en el pasado y que le permiten entender el mundo de forma más completa y fundamentada²⁶¹. Sus nuevas posibilidades de razonamiento tienen que ver, básicamente, con cuatro habilidades concretas: el desarrollo del razonamiento formal, la mejora en el procesamiento de la información, el desarrollo cognitivo y el desarrollo del metaconocimiento. Cada una de ellas se desarrolla brevemente en la siguiente categorización:

a) Desarrollo del razonamiento formal.

Es una nueva forma de razonar que consiste en separar la deducción de la realidad y llevarla al terreno de lo posible, de la hipótesis. El niño no razona en el plano de la hipótesis. Lo relaciona todo con la realidad, con aquello que tiene delante. Por contra, el adolescente empieza a pensar en términos hipotéticos. Como sugiere Carretero, “suele enfocar la resolución de un problema invocando todas las situaciones y relaciones casuales posibles entre sus elementos”²⁶².

La herramienta intelectual que utiliza para concebir todas esas situaciones y relaciones posibles es, por tanto, la hipótesis. Así lo ha expresado Abadía:

*En la estructuración del pensamiento, el púber ya está saliendo de la etapa de operaciones concretas, propias de las edades 7-11 años, donde resuelve problemas enfocados en el aquí y el ahora, para pasar o iniciarse en su estudio que le incumbe o pertenece que es el de Operaciones Formales (según clasificación de Piaget). Esto representa el pensar abstracto y enfrentarse a hipótesis*²⁶³.

259 Cfr. CASE, R. (1985): *El desarrollo intelectual. Del nacimiento a la edad madura*, Paidós, Barcelona, p. 261.

260 BERMEJO, V. (1994): *Desarrollo cognitivo*, Síntesis, Madrid, p. 429.

261 Cfr. GARCÍA-MILÀ, M. y MARTÍ, E. (1997): “El pensamiento del adolescente”. En E., Martí y J., Onrubia (Coords.) (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, ICE Horsori, Barcelona, p. 47.

262 CARRETERO, M. (1985): “El desarrollo cognitivo en la adolescencia y la juventud: las operaciones formales”. En M., Carretero, J., Palacios y A., Marchesi (1985): *Psicología evolutiva. 3. Adolescencia, madurez y senectud*, Alianza, Madrid, p. 40.

263 ABADÍA DE GÓMEZ, I. (1998): “Desarrollo de la afectividad, de la inteligencia y de la voluntad en la pubertad”. En A., M., Araújo de Venegas y otros (1998): *La aventura de educar: Pubertad*, Universidad de La Sabana, Santafé de Bogotá D. C., p. 52.

También Secadas y Serrano ponen de manifiesto la utilización de la hipótesis y el pensamiento abstracto por parte del adolescente. Pero van más allá y sostienen que aunque el razonamiento formal se desarrolla en estos años de tránsito, tiene su origen en la niñez. De hecho, consideran que la nueva capacidad de razonamiento tiene que ver con la transición del pensamiento operacional concreto propio de la infancia al pensamiento operacional formal, típico de la edad adulta. Lo expresan así:

*Las operaciones formales tienen como punto de partida los hallazgos de la fase evolutiva anterior, es decir, las operaciones concretas. Partiendo de la experiencia de los hechos reales es capaz de inferir hipótesis, leyes de los fenómenos y principios generales, para luego regresar a la realidad interpretándola inteligentemente y aplicando útilmente las conclusiones del pensamiento*²⁶⁴.

b) Mejora notable en el procesamiento de la información.

Las personas, al igual que sucede con los ordenadores, presentan algunas limitaciones para procesar información. De hecho, los sujetos más jóvenes no pueden adquirir conceptos ni resolver problemas de una determinada complejidad. No obstante, con el paso de los años, esta capacidad mejora notablemente con respecto al pasado.

Flavell afirma que “cuando los adolescentes y los adultos se enfrentan a tareas o problemas de muy diverso tipo, suelen hacerlo organizando y manipulando la información disponible de un modo más planificado, estratégico y eficaz que los niños”²⁶⁵. Es decir, parece ser que es precisamente durante la transición adolescente cuando se produce una mejora importante en el procesamiento de la información con respecto a la niñez, lo cual contribuye notablemente al desarrollo intelectual de la persona que la experimenta.

c) Desarrollo cognitivo.

En la adolescencia se aprecia una creciente acumulación de experiencias y conocimientos específicos. Como consecuencia, se produce un desarrollo cognitivo que hace despuntar la capacidad para adquirir nociones nuevas. Las experiencias y conocimientos se constituyen en estructuras cada vez más complejas y vinculadas entre sí.

Se entiende así que los adolescentes sean capaces de solucionar problemas mejor que los niños. Pero esto, según Craig, no se debe exclusivamente a un mejor procesamiento de la información, sino a que “poseen una gama más amplia de guiones o esquemas a los cuales poder apelar”. Además, continúa señalando:

264 SECADAS, F. y SERRANO, G. (1981): *Psicología evolutiva. 14 años*, CEAC, Barcelona, p. 92.

265 Flavell matiza de algún modo esta afirmación al asegurar también que “esta diferencia entre los sujetos mayores y más pequeños no es de ningún modo absoluta y naturalmente puede variar en función de los problemas y de los propios sujetos”. FLAVELL, J. H. (1984): *El desarrollo cognitivo*, Visor, Madrid, p. 126.

*El desarrollo cognoscitivo y, por ende, el adelanto de la inteligencia consisten tanto en la acumulación de conocimiento como en el crecimiento de los componentes del procesamiento de la información: ambos están relacionados. La solución de problemas es más expedita y eficaz si uno ha almacenado más información pertinente. Quienes almacenan con más eficiencia y tienen mejores estrategias de recuperación elaboran una base de conocimientos más completa*²⁶⁶.

En definitiva, la acumulación de conocimientos y la mejora progresiva en el procesamiento y recuperación de los mismos son fundamentales para lograr el desarrollo cognitivo de los adolescentes.

d) Desarrollo del metaconocimiento.

Se puede afirmar que el metaconocimiento es el conocimiento sobre el conocimiento. La inquietud por el pensamiento propio acontece ya durante la niñez. Pero sólo durante la adolescencia se completa el proceso. De hecho, la reflexión es muy propia de este momento de la vida. Flavell lo manifiesta de este modo:

*Fundamentalmente, durante la adolescencia la gente suele desarrollar una conciencia muy intensa tanto de sus propios procesos psicológicos como de los de los demás (metaconocimiento). [...] De esta forma, la persona se vuelve cada vez más introspectiva, más proclive a escrutar sus propios pensamientos, sus propios sentimientos y sus propios valores. También dedica más tiempo a interrogarse sobre los pensamientos, sentimientos y valores de otras personas significativas para él*²⁶⁷.

Todas estas nuevas destrezas propias del razonamiento no se limitan a mejorar el pensamiento "científico" y la inteligencia del adolescente. Consiguen que sea más consciente de su propia existencia y se desarrolla así el pensamiento reflexivo. Las preguntas que el púber se plantea no sólo le hacen consciente de sí mismo. También tienen capacidad para ayudarlo a descubrir el mundo exterior.

2.1.5.4. Conquista de la autonomía personal

En cuarto lugar, la adolescencia se distingue por ser el momento en el que la persona llega a conquistar la autonomía propia. El muchacho desarrolla una creciente independencia con respecto a todo aquello que le vincula con la etapa anterior, es decir, con la niñez.

266 CRAIG, G. J. (1997): *Desarrollo psicológico*, Prentice Hall Hispanoamericana, Mexico, p. 426.

267 FLAVELL, J. H. (1984): *El desarrollo cognitivo*, Visor, Madrid, p. 141.

Busca ser cada vez más autónomo e independiente y lo hace a través de diversos mecanismos:

- a) La progresiva desvinculación con respecto a todo aquello que le une a la niñez, incluida la familia.
- b) La elección de los amigos.
- c) El descubrimiento de la intimidad.
- d) El aumento de la seguridad en sí mismo.
- e) La tendencia social a la emancipación emocional.

En primer lugar, por tanto, el adolescente trata de desvincularse del pasado, de la infancia y, en cierto modo, de la familia. Debesse es consciente de esta desvinculación progresiva con respecto a la infancia y atribuye las causas a la necesidad de conquistar espacios de autonomía que experimenta. Lo expresa así:

La adolescencia marca, en efecto, el paso del estado de semiparasitismo del niño a una forma de vida autónoma. La tutela cede el sitio a una situación en que el ser se vuelve responsable de sus actos, como lo atestigua la legislación jurídica. El menor se emancipa. Es el momento en que hace falta liberarse, largar la amarra. Oscura pero necesariamente, los jóvenes tienden, pues, a adoptar una forma de vida muy diferente a la de la infancia; abandonan los hábitos caducos por nuevas actividades, dejan el mundo cerrado de los primeros años de su vida preparándose para aquel en que realizarán su labor de adultos²⁶⁸.

Como consecuencia de este proceso el joven advierte un anhelo de independencia cada vez más intenso que puede derivar en un rechazo frecuente a cualquier tipo de autoridad. No resultan extraños los deseos de emancipación frente a los padres y, en general, a toda la familia. En su intento por afirmarse a sí mismo y su individualidad, tiende a desligarse de aquello que le une con su vida anterior. También de las fuentes de autoridad. Pero es probable que esto no sea tanto un acto de rebeldía sin sentido como una forma de alcanzar la independencia que busca²⁶⁹.

Además, se reafirma a sí mismo a través de la elección de sus amigos. Es en ese grupo de amigos donde se siente realmente cómodo. Encuentra el eco de sus propios pensamientos y problemas en los de otros. Esto, de alguna manera, le obliga a sacrificar parte de su independencia. Se convierte en un ser gregario porque necesita sentirse integrado. Cede independencia a cambio de un cierto respaldo emocional y afectivo.

Su desvinculación con respecto a la familia le conduce, pues, a buscar ese apoyo en otra parte. El grupo le da un sentido de pertenencia a algo que no le viene

268 DEBESSE, M. (1962): *La adolescencia*, Editorial Vergara, Barcelona, pp. 97-98.

269 El adolescente comienza una forma de vida distinta a la que ha conocido hasta el momento. El ámbito familiar deja de ser el único referente y los amigos empiezan a tener una mayor importancia.

impuesto, sino que él mismo ha elegido. Así también reafirma su individualidad: sus amigos son los que son porque él lo desea²⁷⁰. Aprende, de esta forma, a establecer relaciones de afecto duraderas con los iguales y con el género opuesto. Y descubre el verdadero significado de la amistad²⁷¹.

Un tercer modo de sentirse autónomo pasa por la exploración de su interior; por el descubrimiento de la intimidad personal. Ya se ha señalado que la intimidad irrumpe en la vida del adolescente y le induce al pensamiento y a la reflexión. En algunos momentos tiende al aislamiento mientras se dedica a recapacitar sobre sus propios asuntos²⁷². La aparición del mundo interior contribuye igualmente a la conquista de la autonomía y la independencia, además de completar la evolución personal.

El encuentro con el propio yo y la intimidad le convierten en un ser más autónomo. Empieza a valorar los momentos de soledad e, incluso, los busca. Esta idea ha sido recogida por Strasburger y Wilson, quienes aseguran que “los adolescentes ocupan más tiempo solos o con sus amigos y mucho menos con sus padres. Esta creciente independencia llega en el mismo momento en que los adolescentes exploran su identidad y su sexualidad”²⁷³.

La cuarta forma de independencia surge del desarrollo de la inteligencia expuesto en el punto anterior. Ocurre que, al ser consciente de sus amplias posibilidades intelectuales, la seguridad y la confianza en sí mismo aumentan paulatinamente. Esto le confiere un sentido de autonomía con respecto a los otros, con quienes es capaz de mantener conversaciones y discusiones de igual a igual. Así lo ha expresado Rocheblave-Spenlé:

Esta función secundaria de la inteligencia, como arma en la lucha por la autonomía, [...] explica por qué las ideas defendidas por el adolescente con frecuencia son diametralmente opuestas a las que profesan los padres. El adolescente cuyos padres militan en la izquierda política con frecuencia asume, por ejemplo -de manera agresiva y aparentemente convencida- opiniones favorables a la guerra, el racismo o los regímenes fascistas²⁷⁴.

Así se explicaría también la tendencia a la discusión que se observa en algunos adolescentes: la necesidad soterrada de demostrar unas capacidades de razonamiento recientemente descubiertas. Se sienten ya capaces de mantener discusiones y relaciones de carácter horizontal con el mundo adulto.

270 Coleman y Hendry insisten en la idea de que es el joven quien escoge a sus propios amigos. Afirman que “los grupos de amistad íntima se desarrollan por elección y por preferencia mutua por características y actividades en colaboración, y en cierto sentido permiten al joven una reafirmación de la identidad escogida en la adolescencia intermedia”. COLEMAN, J. C. y HENDRY, L. B. (2003): *Psicología de la adolescencia*, Morata, Madrid, p. 154.

271 Este asunto de la amistad y los grupos de iguales será tratado con más profundidad posteriormente, en el apartado dedicado a la dimensión social del adolescente.

272 Cfr. GARCÍA HOZ, V. (1970): *El nacimiento de la intimidad*, Rialp, Madrid, pp. 21-23.

273 STRASBURGER, V. C. y WILSON, B. J. (2002): *Children, Adolescents & the Media*, Sage Publications, 2002, p. 16.

274 ROCHEBLAVE-SPENLÉ, A.M., *El adolescente y su mundo*, Herder, Barcelona, p. 108.

Por último, las aspiraciones de independencia que demuestra el joven se ven arropadas por una nueva tendencia social que conduce a la progresiva emancipación, aunque sea solamente emocional, de los hijos con respecto a sus padres. Tal y como asegura Pasco, “conforme se elevan las expectativas de los estándares de vida y las horas de trabajo de los padres aumentan para poder alcanzarlos, asistimos a un estilo de paternidad basado en la no intervención”²⁷⁵. Por tanto, la autonomía del joven aumenta como consecuencia de los cambios sociales. Los padres están demasiado centrados en trabajar para satisfacer las necesidades materiales de unos hijos a los que se dedica menos tiempo que en el pasado. Como consecuencia, esos hijos se independizan en cierto modo de sus padres y buscan en el grupo de amigos el sentimiento de pertenencia que les resulta complicado encontrar en casa²⁷⁶.

Tanto si viene impuesta por unos motivos como por otros, está claro que la conquista de la autonomía personal conlleva inevitablemente la toma de decisiones propias. Constituye un salto cualitativo que permite acceder a nuevos roles profesionales y sociales propios de los adultos como el de trabajador o el de consumidor²⁷⁷.

Corbella sugiere que el adolescente, a través de sus decisiones y actuaciones, empieza a fijar su sitio en la sociedad y es consciente de la trascendencia de su comportamiento:

*Mientras que para el niño el futuro es únicamente el día siguiente (puede hablar de lo que hará cuando sea mayor, pero no es consciente de la trascendencia de sus decisiones), para el adolescente, el futuro es ya una realidad con todas sus consecuencias. El adolescente es consciente de que está en camino hacia ese futuro y que él depende de sus comportamientos actuales, de sus decisiones y expectativas*²⁷⁸.

275 PASCO, M. (2001): *Euro youth: Myth or reality*, Admap, june, p. 14. (Traducción propia).

276 Esta situación tiene su reflejo en el consumo. Existen marcas dirigidas al segmento joven que han sabido ver la nueva tendencia y ofrecen al consumidor cierta idea de comunidad o pertenencia a un grupo. Así lo ha señalado Pasco al insistir en que “todo esto tiene grandes implicaciones para las ‘marcas de pertenencia’ como Gap y Benetton, que, con sus posicionamientos de inclusión general, ofrecen vehículos con un sentido de pertenencia”. PASCO, M. (2001): *Euro youth: Myth or reality*, Admap, june, p. 14. (Traducción propia).

277 El adolescente comienza a experimentar por primera vez el rol de trabajador, aunque sea de manera parcial y no exclusiva. El número de adolescentes que busca ingresos extraordinarios a través de trabajos desempeñados en su tiempo libre aumenta de forma constante. Acceden así a una situación que hasta ahora estaba reservada para los adultos. Otro papel que desarrolla es el de consumidor. Experimenta los primeros contactos directos, autónomos y reales con el fenómeno del consumo. En estas primeras aproximaciones suele sentirse muy desorientado y recurre a la ayuda o el consejo de los compañeros o, menos frecuentemente, de los padres. Sin embargo, las pequeñas experiencias de consumo aportan un cierto bagaje de conocimiento. El adolescente se convierte, en poco tiempo, en experto consumidor. Ahondaremos en este tema en el segundo capítulo de esta tesis.

278 CORBELLA, J. (Dtor.) (1994): “16. Concepto básico de adolescencia. La nutrición en la adolescencia”. En *Descubrir la psicología*, Folio, Barcelona, p. 22.

Ya no se trata, pues, del niño que vive centrado exclusivamente en el presente, sino de una persona que empieza a mirar al mañana. Hace planes de futuro y busca su lugar. Las decisiones que toma tienen trascendencia porque afectan a todos los aspectos de su vida. Es ya casi un ser autónomo que traza proyectos a largo plazo a través de elecciones libres.

En definitiva, experimenta cambios profundos que conducen a la definición de un proyecto vital autónomo. De pronto se encuentra eligiendo un trabajo o unos estudios que posteriormente le conducirán hacia un sector profesional determinado. Parece, por tanto, que la cuestión del trabajo es clave al definir ese proyecto personal de vida autónoma e independiente. Pero, además de la independencia, en estos años se desarrolla también la conciencia moral, tal y como se explica en el próximo epígrafe.

2.1.5.5. *Desarrollo de la conciencia moral*

El último rasgo característico de la adolescencia como etapa del desarrollo evolutivo se refiere al progresivo perfeccionamiento de la conciencia moral. Rocheblave-Spenlé ha señalado que en esta etapa “el adolescente encuentra el camino abierto hacia el mundo de los valores”²⁷⁹. Comienzan así a despuntar unas preocupaciones morales en las que nunca antes había reparado. De ahí que se haya tipificado la adolescencia como la edad del descubrimiento de los valores. En concreto, parece que es a partir de la adolescencia intermedia cuando “puede crecer la preocupación por asuntos sociales, políticos y morales. El adolescente empieza a elaborar conceptos globales de la sociedad y sus formas institucionales junto con principios éticos que traspasan su experiencia en las relaciones personales”²⁸⁰.

Hurlock establece que, durante la infancia, el niño no conoce los valores de la sociedad en la que vive y, en caso de conocerlos, no alcanza a comprenderlos. Por eso no los asume interiormente como propios. Sus comportamientos dependen de lo que los padres o educadores consideran que está bien o mal. Pero él no se plantea realmente qué es lo bueno o lo malo. Sabe que algo está mal porque se lo han dicho y porque conoce bien el castigo que le impondrán si lo hace²⁸¹.

Del mismo modo, Remplein también sitúa en la adolescencia el momento de establecimiento del sistema ético personal. Y explica la evolución que experimenta

279 ROCHEBLAVE-SPENLÉ, A.M., *El adolescente y su mundo*, Herder, Barcelona, p. 112.

280 CRAIG, G. J. (1997): *Desarrollo psicológico*, Prentice Hall Hispanoamericana, Mexico, p. 427.

281 “Todo grupo social tiene sus *mores*, esto es, fundamentales filosofías de la vida, que se hallan incorporadas a la moral y a los tabúes del grupo; éstos son los aspectos del “deber” y “no deber” de la cultura del mismo. Se espera que todo miembro del grupo adopte estas costumbres (*mores*). En el caso de los niños, la incapacidad para cumplir con esto se justifica admitiendo que no entienden o no conocen las costumbres; pero, en la adolescencia, ellas atan rígidamente al individuo, y toda desviación del prototipo aceptado merece reprobación, censura o castigo”. HURLLOCK, B. (1971): *Psicología de la adolescencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, p. 333.

el hombre desde el punto de vista moral desde la primera infancia hasta la pubertad de la siguiente forma:

La niñez temprana, hasta la primera edad de la obstinación, era, desde este punto de vista, un grado indiferente, premoral; en la época siguiente, hasta llegar a la segunda edad de la obstinación, predominaba un grado moral colectivo, en el que eran decisivos la coacción, el miedo al castigo y el amor a los padres. En la segunda edad de la obstinación se rechazaba toda autoridad y, con ella, la ordenación moral de los valores hecha por los adultos, lo cual daba por resultado choques y conflictos con los educadores. Ahora, en la pubertad, se comprenden por primera vez, los conceptos morales en toda su validez universal²⁸².

Por tanto, con la llegada de la adolescencia la situación en el terreno de la moral cambia con respecto a la edad infantil. Las normas dejan de ser mandatos externos y se adoptan como imposiciones internas. Se convierten en valores propios²⁸². En este sentido, Secadas y Serrano cuando concluyen que “las normas comienzan a constituir expresión de unos valores asumidos e interiorizados, que llegan a ser convicciones personales y comprometen al individuo en un tipo de conducta determinado”²⁸⁴.

Algunas de esas nuevas capacidades morales que hacen su aparición en la vida del adolescente han sido recogidas por Abadía:

En estas edades el púber es menos egoísta, ya toma en cuenta diferentes puntos de vista, porque su pensamiento está pasando del estadio de operaciones concretas al formal, permitiéndole ser más lógico, hacer juicios morales, poseer el concepto de verdadero y falso, distinguir lo bueno de lo malo, discernir el peligro. Participa activamente en juegos con reglas. Acepta y se adapta a las normas establecidas, está en capacidad de todo un desarrollo moral²⁸⁵.

Efectivamente, todas estas capacidades surgen como resultado del desarrollo de la conciencia moral en el adolescente. Pero se podría afirmar que ese progreso en la moral viene impulsado por dos factores concretos: el desarrollo intelectual del adolescente y su entorno sociocultural. Ambos se desarrollan a continuación:

a) Debido al desarrollo intelectual que experimenta, la conciencia moral interpele al adolescente. Para Gemelli, “cuando la capacidad crítica del muchacho va maduran-

282 REMPLEIN, H. (1980): *Tratado de psicología evolutiva*, Labor, Barcelona, pp. 511-512.

283 Cfr. CASTILLO, G. (2003): *Claves para entender a mi hijo adolescente*, Pirámide, Madrid, pp. 140-141.

284 Y continúan: “Las normas no le obligan ya desde fuera, no suponen una presión externa. Cobran su fuerza desde dentro del sujeto, y este es el sentido, incluso etimológico, de la autonomía: imponerse a sí mismo la ley, obligarse a sí mismo, movido por razones auténticas del obrar. No desde fuera: el mandato; sino desde dentro: el valor”. SECADAS, F. y SERRANO, G. (1981): *Psicología evolutiva. 14 años*, CEAC, Barcelona, p. 119.

285 ABADÍA DE GÓMEZ, I. (1998): “Desarrollo de la afectividad, de la inteligencia y de la voluntad en la pubertad”. En A., M., Araújo de Venegas y otros (1998): *La aventura de educar: Pubertad*, Universidad de La Sabana, Santafé de Bogotá D. C., p. 52.

do, o sea cuando la inteligencia alcanza un suficiente grado de desarrollo para formular juicios, entonces sabe discernir por sí mismo entre el bien y el mal, aun cuando nadie se lo indique”²⁸⁶. Se constituye de esta forma en una suerte de código interior que dará la clave de lo moralmente aceptable, aplaudiendo o reprobando sus actuaciones.

b) El entorno familiar y cultural influyen también en la configuración de la conciencia moral. La manera en que se educa a la persona y aquello que ha visto a su alrededor resultan determinantes en la adquisición de la propia escala de valores. Las influencias del entorno sociocultural contribuyen, pues, a forjar una moral que, en general, se mueve en el terreno de la incertidumbre y la duda hasta el momento de su instauración definitiva. En este sentido Miralbell considera que “la conciencia de cada niño y de cada adolescente está muy influida por los valores que les enseñan sus padres, su familia y la sociedad en donde les ha correspondido vivir”²⁸⁷.

La conciencia es, según el Diccionario de la Real Academia, “el conocimiento interior del bien y del mal”²⁸⁸. Por tanto, consigue que la persona sienta si aquello que hace, piensa o desea es correcto desde el punto de vista moral. Y eso tiene como resultado la búsqueda de un compromiso práctico con aquello a lo que ya se está unido desde la conciencia. Los adolescentes son conscientes de que la coherencia exige esfuerzo y, según Avanzini, “se dan cuenta de que la aceptación de un estilo de vida, la adhesión a una moral determinada, ya sea o no religiosa, implica el abandono de ciertas conductas, el sacrificio de ciertas tendencias, el renunciamiento a ciertas posibilidades”²⁸⁹.

Sin embargo, que se den cuenta de esto no es suficiente. Se explica así que a menudo caigan en contradicciones y disonancias de las que no saben muy bien cómo escapar. Por tanto, en ocasiones su ideal de coherencia no pasa de ser pura teoría que no llega a la práctica. Es decir, se queda en el terreno de la conciencia, pero no tiene una aplicación conductual. Más aún, existe la posibilidad de que la conducta adoptada sea contraria a los criterios de esa moral a la que se aspira. Para Hurlock, el adolescente sólo consigue orientar su conducta cuando llega a asimilar la moral social y la adopta como propia. Y las vías que utiliza para asimilar esa moral son tres: las recompensas y castigos, la imitación inconsciente y la reflexión²⁹⁰.

En definitiva, durante la transición adolescente el joven se ve inmerso en el proceso de formación de una conciencia moral propia, que no está exenta de dudas, incoherencias e inseguridades. Sin embargo, con el tiempo esta situación culmina en la realidad adulta de una moral adulta y configurada.

286 GEMELLI, A. (1971): *Psicología de la edad evolutiva*, Editorial Razón y Fe S. A., Madrid, pp. 355-356.

287 MIRALBELL, E. (1995): *Cómo entender a los adolescentes*, Eunsa, Pamplona, p. 135.

288 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001): *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima segunda edición. *Voz Conciencia*.

289 AVANZINI, G. (1969): *Los años de la adolescencia*, Nova Terra, Barcelona, p. 119.

290 “Por medio de las recompensas y castigos; por la imitación inconsciente de aquellos con quienes el individuo se halla vinculado y a quienes considera su “ideal”; y a través de la reflexión que permite elaborar principios morales de carácter general aplicables a las situaciones que puedan surgir en el futuro y que sean similares a aquélla en que se formó el principio moral”. HURLOCK, B. (1971): *Psicología de la adolescencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, p. 334.

2.1.5.6. Resumen de los rasgos propios de la adolescencia

Hasta aquí se han desarrollado los cinco rasgos de la segunda etapa del desarrollo evolutivo: la adolescencia. A continuación se presenta a modo de resumen un cuadro con las características principales de cada uno de ellos:

Tabla 2.2. Cuadro resumen de los rasgos de la adolescencia y de sus principales características

Rasgos	Característica principal
Desarrollo físico	<ul style="list-style-type: none">- Cambios físicos: crecimiento en altura, aumento de peso, aparición del vello, crecimiento de diversas partes del cuerpo, desarrollo genital, incremento de fuerza y cambio en la voz.- Cambios psicológicos: imagen que tiene de sí mismo, imagen que tiene de los otros e imagen que los otros tienen de él.
Descubrimiento de la identidad	<ul style="list-style-type: none">- Descubrimiento personal y formación del autoconcepto.- Constatación de la propia individualidad.- Autoafirmación a través de dos vías: el contacto social y la intimidad.
Desarrollo intelectual	<ul style="list-style-type: none">- Desarrollo del razonamiento formal.- Mejora notable en el procesamiento de la información.- Desarrollo cognitivo.- Desarrollo del metaconocimiento.
Conquista de la autonomía personal	<ul style="list-style-type: none">- Desvinculación con respecto a todo aquello que le une a la niñez, incluida la familia.- Elección de los amigos- Descubrimiento de la intimidad.- Aumento de la seguridad en sí mismo.- Tendencia social a la emancipación emocional.
Desarrollo de la conciencia moral	<ul style="list-style-type: none">- Descubrimiento de los valores.- Establecimiento de unos principios éticos.- Interiorización y asunción de las normas.- Preocupación por los asuntos sociales, políticos y morales.

Elaboración propia.

2.2. Los adolescentes. Una manifestación personal y social de la adolescencia

Una vez analizado de manera general el proceso de la adolescencia nos adentramos en el estudio de cómo se manifiesta dicho proceso en quienes atraviesan esta etapa: los adolescentes. Se ha profundizado en el ser de la persona en un determinado momento de su vida. Así, hemos señalado que aquello que la caracteriza es el desarrollo físico, intelectual y moral. Pero también la búsqueda de la identidad y la conquista de la autonomía personal. A lo largo del presente epígrafe se tratará de superar el ser para ahondar en el estar de los chicos y chicas de entre once y veintiún años. Y cómo ese estar se manifiesta en lo que piensan, sienten y hacen. El estar de los adolescentes.

Cualquier persona se enfrenta a los retos desarrollados en el epígrafe anterior. Son los rasgos propios de la adolescencia y, como se ha señalado, son comunes a todos. Pero, en sí mismos, no definen al adolescente en toda su complejidad.

Por esta razón se van a analizar con detalle algunos factores relativos a su pensamiento, comportamiento y actitudes. Ya se conocen las batallas internas y externas propias de este estadio de la vida. Ahora superamos este aspecto para procurar conocer mejor a quienes tienen que librar dichas batallas. Se trata, en realidad, de seguir profundizando en ciertos aspectos que servirán posteriormente para obtener un conocimiento profundo y fundado del *target* adolescente. Y que, por consiguiente, ayudarán a los profesionales de la planificación de medios a segmentar este público con ayuda de este tipo de variables psicográficas y de estilo de vida.

Por tanto, los rasgos de la adolescencia analizados son novedades y retos a los que cada adolescente se enfrenta como puede. Unos lo hacen de una forma, otros de otra. La manera de encarar los procesos de desarrollo tiene como consecuencia ciertos comportamientos y actitudes que varían en función de la consabida diversidad que impera entre los miembros de este grupo. Es decir, la adolescencia se manifiesta en la persona adolescente a través de muy diversas formas. Y esas manifestaciones se reflejan tanto en la personalidad como en las relaciones sociales, que son los puntos que vamos a abordar en el presente epígrafe.

En primer lugar, se estudiará la manifestación de la adolescencia en lo personal. Concretamente, se tratará de penetrar en la personalidad de los adolescentes. Para ello habrá que poner de manifiesto algunos tópicos frecuentes. A su vez, se procurará justificar de manera adecuada una visión que probablemente sea más optimista y real de la personalidad adolescente. Y ya en segundo lugar se mostrará la manifestación de la adolescencia en lo social. Las relaciones del joven con la familia, los amigos, la escuela y, por supuesto, con los medios de comunicación²⁹¹.

Se trata, en definitiva, de ampliar el espectro de rasgos que definen a los adolescentes y los convierten en un grupo tan heterogéneo. No basta con estudiar el proceso. También hay que conocer las peculiaridades propias de las personas que lo atraviesan. Y siempre sabiendo que esas peculiaridades se manifiestan de manera diferente en cada caso.

2.2.1. Manifestación personal de la adolescencia

A pesar de que, tal y como se ha señalado, hay unas normas generales sobre lo que acontece fisiológicamente durante la adolescencia, se puede afirmar que los adolescentes son absolutamente diversos en el plano físico. Lo cierto es que todos ellos se encuentran en una época de cambio que tiene como consecuencia el desarrollo del cuerpo, el cambio en la voz o la novedad que supone comenzar a experimentar sensaciones distintas. Sin embargo, ningún adolescente es igual que otro por el simple hecho de estar experimentando el mismo compendio de procesos biológicos. Basta con observar mínimamente a un grupo de adolescentes para confirmar este presupuesto.

²⁹¹ Por tanto, una vez analizado el plano biológico propio de la persona adolescente procedemos ahora, tal y como se anunciaba al inicio de este primer capítulo, a adentrarnos en el psicológico y en el socio-cultural.

En general, ocurre lo mismo con las otras novedades propias de esta edad. Todos los adolescentes experimentan no sólo el desarrollo físico, sino también el intelectual, el moral, el de la identidad y el de la autonomía. Pero ello no significa que reaccionen de la misma forma ante esos procesos.

En las páginas precedentes se ha señalado que la adolescencia tiende a considerarse un período tormentoso plagado de cambios a los que hacer frente. Como consecuencia, en no pocos casos se ha entendido que el adolescente es un ser extremadamente crítico que reacciona bruscamente y que vive una etapa caracterizada por la rebeldía y el conflicto interior y exterior. Esto puede ser cierto en algunos casos. Sin embargo, sería reduccionista atribuir a todos los adolescentes un comportamiento de lucha, enfrentamiento y reacción constantes.

En realidad, parece que en los últimos tiempos se tiende más hacia otros planteamientos. Las nuevas teorías entienden al adolescente como una persona integrada en el entorno. Su comportamiento y forma de ser se sitúan, pues, dentro de los límites de la normalidad. Sin conflictos graves ni crisis internas insalvables. Se enfrenta a los cambios propios de la transición adolescente con bastante sosiego y relativa estabilidad, y no se producen grandes reacciones ante nada ni nadie.

La insistencia en esa doble visión de la adolescencia que ya ha salido a relucir con anterioridad no es gratuita. Sirve para profundizar en la idea de que entre ambas realidades se pueden encontrar infinitas conductas, creencias distintas y valores diversos. Y ese es precisamente el punto en el que se quiere insistir en este momento: la enorme pluralidad, diversidad y variedad de las personas a las que ha de hacer frente un estudio de estas características.

Por tanto, en aquello que concierne a la personalidad existe una doble vertiente entre cuyos extremos se concentran infinidad de puntos intermedios. En un lado está la rebeldía extrema y en el otro la integración perfecta. Y, definitivamente, un amplio sector de personas con edades comprendidas aproximadamente entre los once y los veintiún años se encuentra en un discreto punto medio entre una y otra.

De ahí que este epígrafe pretenda ajustar a la realidad actual las ideas que la sociedad ha adoptado con respecto a la personalidad adolescente; con respecto a su manera de afrontar los retos propios de esta edad. A continuación se presenta una recopilación de algunos de los posibles rasgos de la personalidad adolescente: escepticismo, permisividad, falta de rebeldía, presentismo, hedonismo y narcisismo, incoherencia y deseos de independencia²⁹².

El objetivo es llegar a entender los porqués y refutar aquellos rasgos de la personalidad adolescente que no se corresponden del todo con la realidad a través de datos e ideas que permitan obtener una imagen fiel de los adolescentes. No conviene quedarse en la superficie. Puede resultar relativamente sencillo caracterizar a un público como este por aquello que la sociedad piensa que es. El reto con-

²⁹² Esta categorización es fruto de la propia investigación y se ha diseñado a partir de la revisión bibliográfica de diversas obras que se citan posteriormente en cada uno de los puntos desarrollados. Se trata, pues, de la suma de los distintos rasgos de la personalidad adolescente que se han ido identificando poco a poco.

siste en comprobar si esas ideas generales sobre los adolescentes son verdaderas o si sólo se trata de visiones distorsionadas de una realidad mucho más rica. Los adolescentes constituyen un grupo ciertamente heterogéneo. Y para acceder a un conocimiento profundo de su realidad es preciso poner en tela de juicio todas y cada una de las ideas preconcebidas que podamos tener sobre ellos.

2.2.1.1. Escepticismo

El escepticismo es, según el Diccionario de la Real Academia Española, la “desconfianza o duda de la verdad o eficacia de algo”²⁹³. Existe la idea generalizada de que los adolescentes de hoy tienden a adoptar una postura escéptica ante cualquier asunto: política, religión, educación, familia, etc. Se piensa que dudan de la eficacia y transparencia de cualquier institución de las que operan en la esfera pública. Y que, como consecuencia, se muestran desilusionados ante ciertas cuestiones que les afectan porque creen que no pueden hacer nada para luchar contra aquello que les parece injusto.

Existen argumentos a favor de esta postura que tiende a ver al adolescente como un ser escéptico. Es el caso de Gervilla, quien insiste en que la actitud “pasota” propia de este grupo de la población es consecuencia del escepticismo en el que se encuentran inmersos sus integrantes. Al abordar el asunto de la crisis postmoderna sostiene que los adolescentes son el sector más directamente afectado por este fenómeno. Y entiende que “con su mentalidad y modo de vivir, expresado en sus enfrentamientos y/o pasotismo, indumentaria, canciones, moda, diversiones, actitud ante la moral, la religión, la política, la familia o la educación, etc., son quienes mejor encarnan esta crisis o cambio que todos percibimos”²⁹⁴.

Una posible consecuencia de esta situación es que los adolescentes se sienten, en cierto modo, en desventaja con respecto a sus mayores. Y no es extraño que sea así si tenemos en cuenta que ellos “fueron los rebeldes que lucharon en su día las batallas sociales y políticas. Así, la única cuestión contra la que hay que luchar hoy en día es la comercialización galopante y la omnipresencia global de las corporaciones”²⁹⁵. Por eso, apuntan Christensen y Rhode, los adolescentes de hoy “miran atrás con una mezcla de asombro y admiración por la ingenuidad de sus padres que, allá por los años sesenta, creyeron que podían cambiar el mundo”²⁹⁶.

293 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001): *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima segunda edición. Voz *Escepticismo*.

294 GERVILLA, E. (1993): *Postmodernidad y educación. Valores y cultura de los jóvenes*, Dykinson, Madrid, p. 19.

295 PASCO, M. (2001): *Euro youth: Myth or reality*, Admap, June, p. 14. (Traducción propia).

296 CHRISTENSEN, O. y ROHDE, C.C. (1999): *Understanding youth: Their culture and language results from qualitative and quantitative tracking studies among young european opinion leaders*, ESOMAR, p. 3. (Traducción propia).

Sin embargo, es preciso situar el escepticismo juvenil y entenderlo en el contexto adecuado. Según datos extraídos del estudio *Jóvenes Españoles 99*, los adolescentes muestran altos niveles de desconfianza hacia el Parlamento y el Gobierno nacionales, así como hacia las grandes empresas. Estos niveles de desconfianza aumentan cuando se habla del sistema judicial, los sindicatos y la administración pública. Y se tornan máximos cuando se trata de partidos políticos²⁹⁷.

En concreto, una de las cuestiones más criticadas por los adolescentes es la supuesta filantropía de aquellas organizaciones que persiguen un beneficio electoral o comercial. Una vez más, Christensen y Rhode han recogido esta idea y concluyen que el adolescente tiene la sensación de que “estas empresas muestran una cara amable y algunas de ellas saben incluso cómo utilizar una buena publicidad. Sin embargo, lo único que les interesa es el dinero”²⁹⁸. También Mc Growan sostiene esta postura:

*La juventud de hoy tiene poco tiempo para las grandes instituciones, ya sean de negocios o gubernamentales. El interés en política es bajo y la mayoría afirma que probablemente no votaría aunque pudiera hacerlo. Esto no tiene que ver con la apatía, sino con un sentimiento que existe entre la gente joven de que hay muy poca conexión entre el gobierno y las cuestiones que les preocupan a ellos, tales como el medioambiente, la educación y la mendicidad*²⁹⁹.

Efectivamente, estos datos denotan la existencia de un cierto escepticismo juvenil. Es un hecho que existe desconfianza hacia instituciones de tipo político y social. Los adolescentes no terminan de creer en los políticos y tienden a ser críticos con los intentos por parte del mundo empresarial de acercarse a la sociedad. Pero se hace necesario ir más allá y buscar los argumentos que explican e, incluso, relativizan en cierto modo esta postura.

Por una parte, cabría señalar que esta tendencia a la desilusión, patente sobre todo en lo que se refiere a las instituciones políticas y de negocios, no es exclusiva de la población adolescente. También se observa entre los adultos un cierto escepticismo frente a asuntos públicos. Por tanto, la población adulta tampoco es ajena a este sentimiento, aunque se empeñe en reconocerlo sólo entre la adolescente.

Además, es preciso acercarse a la realidad adolescente para comprobar que, de hecho, el escepticismo no está presente en todos los aspectos de su vida. No estamos hablando, pues, de personas indolentes, desconfiadas y sin ganas de

297 Cfr. ANDRES ORIZO, F. (1999): “Jóvenes: sociedad e instituciones”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, pp. 74-76.

298 CHRISTENSEN, O. y RHODE, C.C. (1999): *Understanding youth: Their culture and language results from qualitative and quantitative tracking studies among young european opinion leaders*, ESOMAR, p. 3. (Traducción propia).

299 MCGROWAN, P. (2000): *All the young dudes: Uncovering new youth*, Admap, november, p. 38. (Traducción propia).

luchar. Al contrario, muchos adolescentes se caracterizan por su ingenuidad, confianza e ilusión, tal y como trataremos de demostrar a continuación.

Así, encontramos un buen apoyo para esta afirmación en los datos obtenidos a través del estudio *Navarra: Jóvenes 2000*, donde se refleja una alta participación de los adolescentes en organizaciones o asociaciones de todo tipo. Al parecer, en aquel momento un 64,8% de los jóvenes españoles tenía alguna experiencia asociativa. Esta cifra se superaba en Navarra, donde el porcentaje de jóvenes que pertenecía o había pertenecido en algún momento a una asociación era del 83,5%. Por lo general, se trata de asociaciones deportivas, sociedades locales, educativas y culturales, juveniles, de ayuda a otros y religiosas³⁰⁰. Esta pertenencia a diversas organizaciones supone, de hecho, cierto grado de compromiso y aceptación por parte de los adolescentes. Si se entiende el escepticismo como desconfianza o “pasotismo” queda claro que no cabe aplicar este calificativo a aquellos jóvenes que forman parte del movimiento asociativo en cualquiera de sus vertientes. Al contrario, son personas implicadas en sacar adelante un proyecto en el que confían y, por tanto, no cabría calificarlas de escépticas.

Y, a pesar de lo que se pueda creer *a priori*, tampoco se muestran del todo escépticos con respecto a aquello que concierne a la religiosidad. Se ha especulado con la idea de que los jóvenes han ido abandonando progresivamente las creencias religiosas para pasar a formar parte de un cada vez mayor cuerpo de ateos y agnósticos. Los propios estudios sobre la juventud apuntan esta posibilidad. Sin embargo, en el mismo informe se concluye que “la religión no ha desaparecido entre los jóvenes. Como venimos señalando se produce un distanciamiento, pero no una desaparición total de la identificación con las formas de religiosidad”³⁰¹. Y así lo avalan los datos. El 72% de los adolescentes españoles se identifica con la religión católica (el 44% no la practica y el 28% sí). Puede que las formas hayan cambiado, pero parece que la espiritualidad se mantiene. Los jóvenes siguen creyendo en Dios, aunque no practiquen de manera efectiva. Y esa fe en algo que no se puede ver ni tocar también se contrapone directamente a la idea del escepticismo juvenil, que tampoco parece adecuado aplicar a los jóvenes católicos.

En definitiva, parece existir una idea algo distorsionada sobre la actitud escéptica de los adolescentes. A nuestro juicio, parece cierto que ese talante sale a la luz frente a algunas realidades. Pero no es justo aplicarlo a todo su comportamiento. Para obtener un conocimiento más real de un público tan variado y heterogéneo como el adolescente es preciso saber que su actitud escéptica es real, pero sólo en algunos casos. Se trata, pues, de un posible rasgo de su personalidad, aunque conviene dejarse guiar por la prudencia y no aplicarlo a la generalidad de los adolescentes ni a todos sus comportamientos.

300 Cfr. LÓPEZ, A., HERNÁNDEZ, J. y VISCARRET, J. J. (2002): *Navarra: Jóvenes 2000. Informe juventud en Navarra 2000*, Gobierno de Navarra, Instituto Navarro de Deporte y Juventud, Pamplona, pp. 93-95.

301 LÓPEZ, A., HERNÁNDEZ, J. y VISCARRET, J. J. (2002): *Navarra: Jóvenes 2000. Informe juventud en Navarra 2000*, Gobierno de Navarra, Instituto Navarro de Deporte y Juventud, Pamplona, p. 90.

2.2.1.2. Permisividad

Otra característica de la personalidad de los adolescentes es la permisividad. Al parecer, los miembros de este grupo son eminentemente permisivos en lo que respecta a comportamientos e ideas diferentes a las suyas. Esta tendencia podría tender a disminuir a medida que pasan los años, de tal forma que conforme la persona madura su actitud se vuelve más restrictiva.

La permisividad creciente que afecta a los adolescentes plantea una disyuntiva. Por una parte, tiene como consecuencia una clara debilidad en las creencias que resulta eminentemente negativa para la sociedad. Y, por supuesto, para ellos mismos. Pero, por otra, la permisividad tiene la capacidad de fomentar la tolerancia frente a lo diferente, lo cual resulta bastante positivo. Martín y Velarde lo han señalado así:

Ese talante abierto supone un capital para la buena convivencia y el respeto a los demás. Aunque también presenta una parte negativa. Porque la tolerancia hacia las ideas ajenas incluye en muchos casos, a las ideas intolerantes; y el respeto a los comportamientos de otros frecuentemente se hace extensivo a las conductas que no respetan los derechos de los demás³⁰².

En primer lugar, se va a procurar señalar los efectos negativos de esa permisividad que parece imponerse entre los adolescentes. También se buscarán las causas. Y después se tratará de sacar a la luz la cara positiva de esta tendencia social que hemos identificado con la tolerancia.

Andrés Orizo sostiene que durante los años de transición adolescente “se produce el ininterrumpido avance de los índices de permisividad en el mundo privado, de libertades personales, sexuales y familiares, y de autonomía de los comportamientos individuales”³⁰³. Elzo, por su parte, alude a este mismo fenómeno y señala algunas cuestiones específicas frente a las que los adolescentes españoles son permisivos. Dice lo siguiente:

Otro punto importante es el de la permisividad o tolerancia ante una serie de comportamientos diversos que van desde rupturas de la vida y la familia, como el aborto, la eutanasia, el suicidio y el divorcio, a dimensiones relacionadas con la sexualidad, como la homosexualidad, relaciones sexuales entre menores, aventuras fuera del matrimonio, la prostitución; también elementos de permisividad en la moral y cultura cívicas, mentir en interés propio, no pagar el billete en un transporte público, engañar en el pago de los impuestos, etc., y, en fin, comportamientos relacionados con las situaciones de vio-

302 MARTÍN, M. y VELARDE, O. (2001): *Informe Juventud en España 2000*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Injuve, Madrid, p. 401.

303 ANDRÉS ORIZO, F. (1996): *Sistemas de valores en la España en la encuesta europea de valores*, CIS, Madrid, p. XXXI.

*lencia y desórdenes públicos como el terrorismo, hacer ruido las noches impidiendo el descanso de los vecinos, la pena de muerte...*³⁰⁴

El origen de esta permisividad parece residir en el relativismo imperante en la sociedad actual. Los jóvenes asisten impasibles al fin de las verdades universales. Asumen que existe una gran pluralidad de ideas y valores. Y entienden que todos tienen el mismo derecho a ser aceptados por quien lo considere oportuno. Pero, como ya se ha adelantado en el epígrafe anterior, esta tendencia no es exclusiva de la juventud. Más bien constituye un reflejo de lo que sucede en el conjunto de una sociedad en crisis permanente. Según Gervilla:

*El pluralismo, la carencia de ideologías sólidas, la debilidad de las creencias, la inseguridad y el relativismo moral, junto a la rapidez de las investigaciones científicas y tecnológicas, son algunas de las razones que explican y justifican la permanente crisis, o mejor, la crisis de la crisis*³⁰⁵.

Parece que, efectivamente, los adolescentes españoles se mueven en los límites de un cierto relativismo moral. Creen que no hay reglas ni directrices definitivas sobre el bien y el mal. Para ellos, lo bueno y lo malo depende siempre de lo que piense cada uno y de sus circunstancias personales. Sin embargo, no se puede afirmar que sean el único grupo al que afecta esta debilidad en las creencias. La sociedad entera atraviesa una crisis que la mantiene sumida en el relativismo y el subjetivismo. Y la consecuencia palpable de esta situación es una cierta permisividad frente a lo ajeno. De esta forma, acecha el peligro de que se imponga la norma del “todo vale”, tal y como ha señalado Ruiz de Olabuénaga al afirmar que, para el joven de hoy:

*La disidencia ideológica es tan legítima como la sumisión universal. Se abre así la posibilidad de relativización de la verdad y de la norma. [...] Es una juventud cuyo género de vida ha perdido el criterio catolicizante de la cultura y de la ética, y en el que prevalece la tribalización de los estilos de vida*³⁰⁶.

La permisividad se deriva, por tanto, de la libertad de conciencia, del individualismo radical en la moral. Esto tiene, ya se ha dicho, una consecuencia negativa: la pérdida de referencias sobre lo bueno y lo malo. Pero también tiene un efecto positivo, la tolerancia, que trataremos de demostrar a continuación.

304 ELZO, J. (1999): “Reflexiones finales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M. T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 424.

305 GERVILLA, E. (1993): *Postmodernidad y educación. Valores y cultura de los jóvenes*, Dykinson, Madrid, p. 65.

306 RUIZ DE OLABUÉNAGA, J. I. (dir.) (1998): *La juventud libreta. Género y estilos de vida de la juventud urbana española*, Fundación BBV, Bilbao, p. 15.

Andrés Orizo ha señalado que la tolerancia está encarnada de manera significativa por los adolescentes:

Es en este contexto de crecimiento de la desconfianza social y del rigor en la aplicación de las penas, de aumento de la permisividad moral pero también de alguna mayor certeza moral, de incremento de los sentimientos de culpa, en el que también han crecido los índices de tolerancia y de solidaridad. Hoy se tolera más a la gente con ideas, creencias o valores diferentes a los propios. En esta tolerancia se distingue la gente joven, alcanzándose la cima en el escalón de los jóvenes adultos, aunque el ascenso es general³⁰⁷.

Así, la generación adolescente parece aceptar de buen grado lo diferente. Los adolescentes tienen menos prejuicios que los adultos frente a lo que hasta hace bien poco era menos frecuente: gentes de otras razas, ideas que difieren de las propias, culturas diversas... Son conscientes del mosaico cultural y racial en que se constituye la sociedad y lo aceptan con normalidad³⁰⁸. Por tanto, la permisividad puede resultar positiva cuando fomenta la tolerancia. Guembe y Goñi ejemplifican la perfecta aceptación de una realidad social diferente por parte de los adolescentes refiriéndose a la interculturalidad³⁰⁹.

No obstante, hay que señalar que, en ocasiones, da la sensación de que todo está permitido. Parece que cualquier comportamiento es susceptible de ser aceptado porque, en el fondo, faltan unos sólidos principios éticos y humanísticos que tracen líneas maestras para la vida. Aunque no resulta del todo correcto aplicar este planteamiento como marca inconfundible de la personalidad adolescente. Es fundamental tener en cuenta que, de hecho, es un rasgo propio de toda la sociedad postmoderna. De ahí que algunos adolescentes lo hayan adoptado en determinadas circunstancias. Sin embargo, no hay que olvidar que son ellos quienes mejor han sabido darle la vuelta y fomentar con su actitud la virtud de la tolerancia. Ni tampoco que cada adolescente es único y aplica a su propia vida este rasgo de manera distinta a los demás, por lo que no conviene generalizar.

307 ANDRÉS ORIZO, F. (1996): *Sistemas de valores en la España en la encuesta europea de valores*, CIS, Madrid, p. 76.

308 Avello y Muñoz han abordado el tema de la tolerancia juvenil y consideran que “los jóvenes nunca han sido tan tolerantes como en la actualidad. Esto dice la sociedad y esto creen sobre sí mismos”. AVELLO, J. y MUÑOZ, A. (2002): “La comunicación desamparada. Una revisión de paradojas en la cultura juvenil”. En F., Rodríguez (ed.) (2002): *Comunicación y cultura juvenil*, Ariel, Barcelona, p. 60.

309 Para hacerlo se sirven del caso real de una joven, Inma, que mantiene una relación con un chico negro. Exponen la situación de la siguiente forma: “Inma no se atreve a decir a sus padres que sale con un chico negro. No se atreve porque piensa que no lo van a aceptar. En este caso, el choque generacional se hace más patente. Ella vive en una sociedad muy diferente a la que vivieron ellos: la interculturalidad comienza a ser una realidad cotidiana que a sus padres les cuesta entender. Inma, en cambio, ha crecido en un ambiente más abierto y tiene una visión más amplia sobre cuestiones como la integración y la tolerancia”. GUEMBE, P. y GOÑI, C. (2004): *No se lo digas a mis padres*, Ariel, Barcelona, p. 200.

2.2.1.3. Apatía

A menudo se tacha a la generación juvenil de acusar una notable apatía que se torna, incluso, en falta de rebeldía. Se dice que los adolescentes de hoy viven en un mundo demasiado cómodo. Disponen de gran estabilidad tanto material como afectiva. Y, en consecuencia, no encuentran contra qué reaccionar ni contra qué rebelarse. No necesitan canalizar su descontento porque, en el fondo, no existe tal descontento. Según Mc Growan:

Pasaron ya los días en que la juventud era claramente anti-autoritaria. Los jóvenes de entre doce y veinticuatro años de hoy en día han crecido en una era dominada por la creciente estabilidad económica y sin ninguna de las penurias que inferían esa rebelión tan propia de su identidad los que fueron jóvenes hace pocas décadas³¹⁰.

Así lo demuestra, por ejemplo, el hecho de que, en general, los propios adolescentes reconozcan no enfrentarse a grandes dificultades en la vida. La tendencia apunta hacia la negación de inquietudes que les resulten de algún modo amenazadoras. Martín y Velarde han manifestado lo siguiente sobre los problemas adolescentes:

Cuando los chicos que están en estos años señalan alguno, se refieren frecuentemente a las limitaciones que son propias de su edad y de su estado de hijos de familia. Por ejemplo les preocupa verse obligados a asumir obligaciones y responsabilidades, “el tener que hacer las cosas a la fuerza”³¹¹.

Se trata, pues, de pequeños conflictos vinculados principalmente a su condición dependiente: obligaciones, horarios de vuelta a casa, dinero disponible, etc. Cuestiones que ni siquiera ellos consideran realmente centrales. Y, por lo general, se confiesan felices y libres de conflictos personales serios. Su existencia resulta poco problemática y, según Elzo, el 82% de los jóvenes españoles se muestra satisfecho con la vida que lleva. Se trata, pues, de “una juventud contenta, feliz, bien inserta en la sociedad, sin mayores problemas ni con los profesores ni con sus padres ni [...] tampoco con sus hermanos”³¹².

Es decir, los adolescentes viven una vida relativamente fácil y no les hace falta luchar para conseguir aquello que desean. No tienen problemas que les obliguen a esforzarse o rebelarse contra el sistema. Lo tienen todo al alcance de su mano y sin esfuerzo, lo cual ha podido originar un cierto cambio en la actitud que les lleva a ser más sosegados y menos rebeldes de lo que fueron los adolescentes en otras épocas.

310 MCGROWAN, P. (2000): *All the young dudes: Uncovering new youth*, Admap, november, p. 37. (Traducción propia).

311 MARTÍN, M. y VELARDE, O. (2001): *Informe Juventud en España 2000*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Injuve, Madrid, p. 358.

312 ELZO, J. (1999): “Reflexiones finales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M. T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 423.

Otro de los motivos de su posible apatía o falta de empuje, aparte de la creciente estabilidad material, podrían ser el pragmatismo y el escepticismo comentado con anterioridad. Se trata de una actitud ciertamente derrotista que termina por convencerles de que no hay demasiado por lo que luchar. Así lo manifiesta Mc Growan, quien asegura que “la gente joven está cada vez más conducida por el pragmatismo. Son realistas con respecto a su futuro y las oportunidades que les presenta y buscan maneras prácticas de hacer realidad sus ambiciones”³¹³. Sin embargo, ya se ha apuntado que no está tan claro que los adolescentes no tengan nada por lo que luchar. Así lo demuestran su alta implicación en movimientos juveniles y su compromiso con la fe, aunque sea desde una perspectiva puramente teórica³¹⁴.

En cualquier caso, resulta contradictorio que se caracterice a esta generación como apática y poco rebelde en relación a la juventud de antaño cuando, por otra parte, se insiste constantemente en que la adolescencia es la edad de los problemas y de la rebeldía sin causa. En realidad, podría ser que ambas afirmaciones sean ciertas, aunque sólo en parte.

Durante la adolescencia la persona encuentra dificultades de adaptación. En general, sus problemas provienen de una falta de madurez mental que le impide afrontar las situaciones novedosas con la misma facilidad con que lo haría un adulto. Estas dificultades de adaptación pueden llegar a tener como consecuencia un comportamiento rebelde. Ya se ha dicho que esta no tiene por qué ser la tónica general. Pero lo cierto es que existen jóvenes que presentan una actitud de enfrentamiento frente a todo y frente a todos. Hurlock los ha caracterizado de este modo:

*Hay aumento de conducta temeraria, de falta de consideración por los demás, de grosería y aspereza en el habla y de tosquedad en el uso del idioma –como lo demuestra el aumento de los insultos y palabrotas de su jerga–. Existe reserva con respecto a los asuntos personales, estados de tristeza y melancolía, intolerancia hacia los demás –particularmente los hijos menores de la familia– y mayores exigencias de dinero para gastar a su antojo. El adolescente se resiste a las indicaciones, y con frecuencia hace justamente lo contrario de lo que se le ha aconsejado; es menos efusivo que nunca con los miembros de la familia; desdeña toda clase de sentimientos; y le encanta vestir de manera excéntrica, yendo a los extremos de usar ropas andrajosas y sucias, o de adornarse en exceso*³¹⁵.

Pero si realmente se trata de la edad de la ruptura social y del enfrentamiento generalizado, no se entiende que se pueda hablar a su vez del adolescente apático, indolente y sin asomo de rebeldía. Ambas posturas parecen, pues, diametral-

313 ELZO, J., ANDRÉS ORIZO, F., GONZÁLEZ-ANLEO, J., GONZÁLEZ BLASCO, P., LAESPADA, M. T. y SALAZAR, L. (1999): *Jóvenes españoles 99*, SM, Madrid, p. 38.

314 Así ha quedado demostrado en el epígrafe 2.2.1.1. dedicado a poner de manifiesto la posible actitud escéptica de los adolescentes.

315 HURLOCK, B. (1971): *Psicología de la adolescencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, p. 30.

mente opuestas. Aunque, bien entendidas, no lo son. De hecho, podría ser un error asegurar de manera categórica que los adolescentes de hoy no son rebeldes. De la misma forma, tampoco resulta correcto atribuirles a todos una actitud insurrecta. Es necesario matizar señalando que, probablemente, esa falta de rebeldía se hace patente como movimiento generacional. Pero no tanto de manera individual.

Parece que hoy no existe el movimiento contestatario propio de otras épocas. Ahora las cosas son más fáciles para unos jóvenes que, influidos en parte por el individualismo, han perdido esa identidad generacional. Ya no sienten con tanta fuerza la cohesión del grupo. Como consecuencia, tampoco reaccionan conjuntamente. Sin embargo, sí son capaces de rebelarse individualmente ante ciertas cuestiones. Ruiz de Olabuénaga asegura que cada adolescente se rebela a su manera contra lo que le afecta de forma personal. Lo dice así:

Cada uno rompe, en solitario o en pequeños usos, con el resto del mundo y de la sociedad creyéndose éticamente legitimado para ello. No se trata, como antaño, de que la «generación joven», como tal, se viese impulsada a disentir en bloque y como totalidad, como ola histórica, como ejército de suplencia o como cuerpo social de fresco de la «generación adulta»³¹⁶.

Una consecuencia de la posible apatía o falta de rebeldía generacional es la progresiva desaparición de movimientos juveniles reivindicativos o la escasa importancia que tienen los que todavía existen. Asistimos a una época histórica con una juventud más estandarizada que antaño³¹⁷. Ya no se perciben diferencias sustanciales entre los adolescentes y parece haberse perdido la marcada tendencia a pertenecer a distintas tribus urbanas³¹⁸.

Sin embargo, el adolescente nunca llega a perder de vista alguna batalla en la que centrar sus esfuerzos. De ahí surge la percepción negativa que tiene, por ejemplo, de instituciones económicas y políticas. Pero también le preocupan otras cuestiones. En este sentido, Silvester apunta que los jóvenes europeos se mueven en un abanico común de preocupaciones frecuentes. Asegura que “según las encuestas dirigidas por la Comisión Europea, todos están obsesionados con el deporte y con los problemas sociales; las cuestiones sobre el medioambiente, el arte y los conciertos pop llenan la agenda juvenil”³¹⁹.

³¹⁶ RUIZ DE OLABUÉNAGA, J. I. (dir.) (1998): *La juventud liberta. Género y estilos de vida de la juventud urbana española*, Fundación BBV, Bilbao, pp. 14-15.

³¹⁷ Esa estandarización ha de entenderse en lo que respecta a la pertenencia a grupos y movimientos sociales reivindicativos, pero, evidentemente, no a los adolescentes como conjunto. Ya se ha señalado en múltiples ocasiones que, de hecho, se trata de un grupo social eminentemente diverso y heterogéneo. Otra cuestión aparte es que se organicen o no para formar parte de grupos o movimientos distintos.

³¹⁸ Cfr. MCGROWAN, P. (2000): *All the young dudes: Uncovering new youth*, Admap, november, p. 38.

³¹⁹ SILVESTER, S. (1994): “Eurokids”. En J., Laffineur (Coord.): *The young european consumer: Responsible actor or vulnerable target?*, Academia-Erasme, Louvain-La-Neuve, p. 28. (Traducción propia).

Por lo tanto, no se conforma con la injusticia, al menos en el terreno de la conciencia. Pero tampoco se puede decir que todas sus preocupaciones sean tan elevadas. A su manera, se rebela frente a aquello que le preocupa. El problema es que sus preocupaciones no suelen coincidir con las de los adultos. Además, no reacciona de la misma manera que lo harían ellos. Por eso resulta difícil comprenderle.

Al adolescente de hoy le preocupan sus amigos, las relaciones sociales, el salir a divertirse, etc. Puede que estos asuntos sean minusvalorados por un adulto que probablemente en su época tendría unas preocupaciones más elevadas. Pero, en principio, no hay nada malo en que un adolescente vibre con ellos³²⁰. Es preciso ponerse a su nivel y entender que sus preocupaciones son las propias de alguien de catorce o dieciséis años del siglo XXI. Y no las de un adulto que fue adolescente en el siglo XX. Es normal que le preocupen los amigos, los deportes o la música más que los problemas sociales. Se compromete hasta el final con aquello que forma parte de su mundo inmediato porque todavía no ha madurado lo suficiente. Posee ya un cuerpo adulto, pero no hay que olvidar que todavía conserva una mente adolescente.

2.2.1.4. *Presentismo, hedonismo y narcisismo*

A menudo se tiende a considerar a los adolescentes como unos seres eminentemente despreocupados que se dedican a vivir el momento sin detenerse a pensar demasiado en lo que les deparará el futuro. Esta tendencia tan actual se conoce como presentismo. Por otra parte, el hedonismo y el narcisismo que frecuentemente se han atribuido a la generación juvenil están muy vinculados a este fenómeno.

Detrás de estas tres actitudes podría esconderse una moral fragmentada y carente de principios firmes en la que el yo se convierte en el centro de todo. Pero la crisis postmoderna no siempre sirve para explicar los comportamientos adolescentes. Al fenómeno del presentismo contribuyen otras causas que avanzan paralelas al relativismo postmoderno.

Por un lado, están las dificultades económicas propias de quienes todavía no poseen una cierta estabilidad laboral, que deparan un futuro particularmente incierto. El adolescente no dispone aún de una independencia económica. Además, cuando por fin empieza a ganar dinero se topa de frente con la realidad de que no le llega para alcanzar todas sus aspiraciones. Esas dificultades pueden contribuir a desmotivar a aquellos que piensan en lograr algún día la autonomía total. Se entiende, por tanto, que si no pueden mirar al futuro con una perspectiva optimista se limiten a disfrutar de aquello que tienen asegurado en el presente.

³²⁰ Según Avello y Muñoz, durante la adolescencia se produce una "sobrevaloración de la amistad, la marcha, el estar juntos, es decir, la que se ha denominado comunidad emocional y a la vez la reivindicación extrema de la propia individualidad e idiosincrasia". AVELLO, J. y MUÑOZ, A. (2002): "La comunicación desamparada. Una revisión de paradojas en la cultura juvenil". En F., Rodríguez (ed.) (2002): *Comunicación y cultura juvenil*, Ariel, Barcelona, p. 64.

Por otra parte, el respaldo familiar que siempre les ha acompañado proporciona un sentimiento de seguridad actual que no se sabe con certeza si permanecerá en el futuro. De ahí que el adolescente procure detenerse en esa certidumbre sin pensar en lo próximo. Ambas situaciones, combinadas, tienen como consecuencia un apego a lo actual, a lo inmediato, frente a un claro desasosiego ante lo próximo³²¹. Para González Blasco “se trata, en parte, de un divertirse en el momento «presente», olvidando un futuro que saben no claro, bastante cerrado y sin mucha esperanza de mejora a corto plazo”³²².

En tercer lugar, y tal y como se acaba de adelantar, en la raíz de este planteamiento de vivir el presente y vivirlo con intensidad podría encontrarse el relativismo postmoderno anunciado al comienzo de este epígrafe. Gervilla ha sugerido que “ante esta situación los jóvenes no tienen una sociedad que salvar, ni una familia que redimir; sólo hay una vida que vivir y un presente que gozar”³²³. Y continúa: “en una moral así, subjetivista: narcisista-hedonista, en la que todo vale, no es posible distinguir el bien del mal moral, ya que todo queda relativizado al sujeto y a cada momento”³²⁴. Cuando no hay esperanza en el futuro, basta con disfrutar del presente, de lo actual e inmediato.

Este pensamiento postmoderno estaría estrechamente vinculado al politeísmo de valores según el cual no existe un criterio unívoco. En consecuencia, y tal y como se viene señalando, el “todo vale” se impone entre los miembros de la sociedad. También entre los jóvenes. Y en una vida en la que no existe el imperativo categórico, lo que realmente vale es aquello que agrada o hace sentir algún placer. Se trata, por tanto, de hacer lo que a uno le procura felicidad. Lo que le hace sentir bien.

Disfrutar en el presente y gozar de los placeres sensoriales se han convertido, según González Blasco, en objetivos habituales de los adolescentes. De esta forma:

*Teniendo que vivir y buscarse un sitio en esta sociedad compleja y en buena medida constituida sobre apariencias más que sobre lo sustancial, bastantes de los jóvenes se muestran consumistas, egoístas, comodones e incluso algo narcisistas. Buscan evasiones temporales cuasi-programadas (en vacaciones, los fines de semana), usándolas a modo de válvulas de escape*³²⁵.

321 Cfr. MARTÍN, M. y VELARDE, O. (2001): *Informe Juventud en España 2000*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Injuve, Madrid, pp. 65-80.

322 GONZÁLEZ BLASCO, P. (1994): “Los jóvenes y sus identidades”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, P., González Blasco y A., I., del Valle (1994): *Jóvenes españoles 94*, Fundación Santa María, Madrid, p. 82.

323 GERVILLA, E. (1993): *Postmodernidad y educación. Valores y cultura de los jóvenes*, Dykinson, Madrid, p. 19.

324 GERVILLA, E. (1993): *Postmodernidad y educación. Valores y cultura de los jóvenes*, Dykinson, Madrid, p. 59.

325 GONZÁLEZ BLASCO, P. (1994): “Los jóvenes y sus identidades”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, P., González Blasco y A., I., del Valle (1994): *Jóvenes españoles 94*, Fundación Santa María, Madrid, p. 82.ñ

Pero esta actitud presentista, narcisista y hedonista no concuerda con la idea de una adolescencia como progreso personal. Si la entendemos como una etapa transicional que tiene por metas el descubrimiento de la identidad, el desarrollo intelectual y de la conciencia y la conquista de la autonomía personal, no podemos encajar este tipo de comportamiento basado solamente en el disfrute y en lo inmediato sin percatarnos de que, al menos, hay una contradicción de planteamientos.

Se ha señalado que en este momento comienza a vislumbrarse un ideal que se cumplirá con el paso de los años. El adolescente empieza a trazar planes de futuro. Despunta cierto interés por la profesión que desempeñará posteriormente y, aunque todavía no hay decisiones en firme, pueden aparecer los primeros indicios de una futura vocación. Llegado a este punto, el joven tiene que tomar decisiones sobre sus estudios. Decisiones que le conducirán por un camino u otro. Para hacerlo, ha de trazar planes sobre su posible área de trabajo y lo que quiere llegar a ser. Este proceso conlleva una reflexión sobre el futuro que, en principio, no se ajusta a ese supuesto perfil presentista del adolescente actual.

Lo cierto es que entre los once y los veintiún años se vive una época de incertidumbre. Esto explica, ya lo hemos señalado, que los comportamientos no siempre sean del todo coherentes. Los adolescentes se mueven en un entorno de novedades que les procuran cierta inseguridad y ello les empuja a actuar a veces de forma contradictoria. Por eso, no es de extrañar que quieran aferrarse a lo actual al mismo tiempo que se plantean cuestiones relativas a su futuro personal y profesional. En cualquier caso, esta actitud resulta normal en alguien que se encuentra en plena transición. La persona todavía se siente insegura y, aunque percibe la meta, el futuro le resulta aún incierto y lejano. De ahí que, en ocasiones, se limite a disfrutar de lo actual tratando de evadirse de algún modo frente a lo próximo.

La cuarta razón que podría servir para explicar las tendencias presentistas de los adolescentes de hoy tiene que ver con el miedo a la libertad que, según Guembe y Goñi, experimentan en el momento en que les toca tomar decisiones personales importantes. Llegados a este punto pretenden que otros decidan por ellos mientras se refugian en la situación presente, eludiendo su responsabilidad. Lo expresan así:

La elección de carrera suele ser su primer ejercicio real de libertad, en el que entra en juego la responsabilidad sobre su futuro, y acostumbra a generar en el adolescente un «miedo a la libertad» que se salda con una dejación de su decisión en manos de sus padres, sus compañeros o el ambiente³²⁶.

En cualquier caso, con el paso del tiempo, la situación se relaja. Como establecen Martín y Velarde, mejora ostensiblemente “el acomodo social y mental de la gente joven. Ese efecto se manifiesta en esta ocasión de modo favorable; ya que cuanto mayor sea la edad que tengan los grupos de jóvenes, más disminuye el número de presentistas”³²⁷. Según Castillo, esto es fruto de la superación de la adolescencia y el advenimiento inminente de la juventud:

326 GUEMBE, P. y GOÑI, C. (2004): *No se lo digas a mis padres*, Ariel, Barcelona, p. 184.

327 MARTÍN, M. y VELARDE, O. (2001): *Informe Juventud en España 2000*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Injuve, Madrid, p. 361.

*Los adolescentes con edades comprendidas entre 13 y 16 años viven casi exclusivamente para el tiempo presente; sólo les importa lo instantáneo (lo que está ahí) y lo inmediato. En cambio, los jóvenes viven para el futuro, tienen la mirada puesta en lo que está por venir. Lo más propio de la juventud es vivir su presente en función de su futuro, anticipando el tiempo que vendrá después y preparándose para las tareas que habrá que desempeñar en ese nuevo tiempo. La juventud tiene carácter de proyecto. La juventud es, esencialmente, proyecto*³²⁸.

El presentismo es, pues, habitual entre los adolescentes. Pero también lo es comenzar en ese momento a trazar planes de futuro. Ambas realidades parecen contradecirse. Sin embargo, se trata de una más de las múltiples paradojas propias de esta edad en la que nada es aplicable al todo. En cuanto al hedonismo y al narcisismo de los que hemos hablado, quienes responden a este patrón suelen ser personas ciertamente ególatras. Individuos que conceden una importancia enorme al placer y a la apariencia. Esto, por una parte, está vinculado a la idea de afirmarse a uno mismo a través de la imagen. Por otra, tiene que ver con la búsqueda de placer sobre todas las cosas y como único objetivo. Sin embargo, una vez más, no se puede afirmar categóricamente que estos sean rasgos propios de la personalidad de todos los adolescentes porque cada uno de ellos representa estos valores a su manera.

2.2.1.5. Incoherencia

En ocasiones se detecta en el adolescente cierta falta de coherencia entre aquello que dice y lo que en realidad hace. Defiende con vehemencia valores y reglas que él mismo incumple con bastante asiduidad. Se muestra crítico ante ciertas posturas y situaciones, pero no siempre es capaz de actuar para resolverlas. Según Hurlock, “sus palabras y su conducta real son típicamente contradictorias: es un idealista, pero su comportamiento no siempre lo demuestra. En un momento dado, sigue con total rigidez una norma de conducta idealizada, pero súbitamente viola, o habla de transgredir, toda norma aceptable”³²⁹.

Ya se ha apuntado que el adolescente se encuentra en pleno proceso de desarrollo de la conciencia moral. Y en la creación de su escala de valores aspira a la coherencia. Pero, en la práctica, le resulta complicado alcanzarla. La configuración de esa conciencia moral podría entenderse, en definitiva, como una búsqueda de la coherencia a través del método ensayo-error. Oliva considera la adolescencia una etapa con dos caras en la que la persona deriva de un extremo a otro:

Se da la paradoja de que con la llegada de la adolescencia, y junto al ya comentado avance en el juicio moral, van a incrementarse tanto los comportamientos

328 CASTILLO, G. (2003): *Claves para entender a mi hijo adolescente*, Pirámide, Madrid, p. 160.

329 HURLOCK, B. (1971): *Psicología de la adolescencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, p. 21.

*de carácter prosocial como las conductas antisociales y delictivas, lo que una vez más pone de manifiesto el carácter ambivalente de esta etapa evolutiva*³³⁰.

La realidad se encarga, pues, de que muchas veces su ideal de coherencia se quede en un plano teórico, lo cual no significa que exista un desinterés por parte del joven ni un abandono de la conducta. Simplemente no cuenta con todos los resortes necesarios para coordinar de manera efectiva su pensamiento con su comportamiento.

Esa incoherencia adolescente se detecta, por ejemplo, en una mala concordancia entre valores finalistas e instrumentales. Al parecer, los jóvenes aspiran a alcanzar los primeros, pero sin pasar antes por los segundos. Sin llegar a ponerlos en práctica. Elzo habla de un “hiatos” o falla entre unos y otros valores³³¹. Pérez-Latre y Bringué, por su parte, aseguran que, efectivamente, existe cierta distancia entre ambos:

*En el primer caso, parecen estar comprometidos con conceptos como el pacifismo, la tolerancia, la ecología, la lealtad. Su identificación es mucho menor con valores como el esfuerzo, la responsabilidad, el compromiso o la abnegación, que constituyen los valores intermedios para alcanzar el fin al que admiten estar comprometidos. Un ejemplo lo encontramos en el caso del valor de la solidaridad: un 57,2% admite que le gustaría colaborar con una ONG, pero sólo el 9,3% de los jóvenes colaboran con ellas*³³².

Por tanto, parece cierto que, a menudo, se detectan en el adolescente actual incoherencias de este tipo. La cuestión está en no quedarse en el hecho en sí y tratar de comprender los motivos profundos que causan el desajuste. En este sentido, Thomson y Woodham entienden que la falta de coherencia es intrínseca a la adolescencia. Los procesos habituales de este período, como el desarrollo de la conciencia moral, son progresivos. Y nunca inmediatos. Por eso, es lógico que se experimenten dudas y desacoples. En consecuencia, concluyen que:

*Los valores de los adolescentes son generalmente menos coherentes que los de los adultos; esto se debe a que los adolescentes están todavía desarrollando y formulando sus creencias de vida, y por ello no resulta sorprendente que exista un elemento de confusión y duda entre este grupo. Parece que los adolescentes están más confusos que nunca*³³³.

330 OLIVA, A. (1999): “Desarrollo de la personalidad durante la adolescencia”. En J., Palacios, A., Marchesi y C., Coll (comps.) (1999): *Desarrollo psicológico y educación. 1. Psicología evolutiva*, Alianza, Madrid, p. 490.

331 Cfr. ELZO, J. (1999): “Reflexiones finales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M. T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 432.

332 PÉREZ-LATRE, F. J. y BRINGUÉ, X. (2005): “Comunicación efectiva en circunstancias difíciles: el público entre 14 y 19 años”. En C., Naval y C., Sádaba (Coords.) (2005): *Jóvenes y medios de comunicación*, Revista de estudios de juventud, nº 68, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Injuve, Madrid, p. 56.

333 THOMSON, S. y WOODHAM, G. (1997): “Myths and realities of the global young consumer”. En D., FELLOWS-RÖDL (ed.) (1997): *How to be number one in the youth market*, Esomar, Amsterdam, p. 226.

Su condición insegura les hace fluctuar, por tanto, entre ideas contradictorias que tienen como resultado la falta de coherencia que se les achaca. Ruiz de Olabuénaga habla de una juventud que oscila “entre el desdén y el afán por participar, entre la carencia de ideología y la voluntad de ser útiles a los demás, entre la precariedad y la formación personal, entre la solidaridad con los iguales y la necesidad de subversión y de divergencia ideológica”³³⁴.

Estas fluctuaciones resultan desconcertantes para unos adultos que no acaban de comprender que este comportamiento es del todo natural. Al contrario, lo perciben como algo extraño y plagado de contradicciones. Zollo, al analizar las preferencias de los adolescentes norteamericanos por ciertos medios frente a otros, ilustra bien esta idea. Expone la siguiente paradoja:

*Hoy en día se oye continuamente que los consumidores quieren interactuar directamente con los medios. En algunos aspectos esto se cumple con los adolescentes: muchos, por ejemplo, aman los videojuegos y si buscan información quieren abrirse camino entre el desorden y encontrarla lo más rápido posible. Sin embargo, los adolescentes aseguran que uno de los atributos que hacen que la televisión sea tan atractiva es su naturaleza pasiva. No hay necesidad de pasar páginas o pinchar en los links*³³⁵.

Así se demuestra una vez más la naturaleza desconcertante propia del adolescente. Sin embargo, la clave está en ser capaces de aceptar que no hay nada negativo detrás de esas incoherencias. Es habitual que, en un momento de formación personal como este existan dudas y fallos. Cuando el adolescente llega por fin a convertirse en un adulto esas incoherencias tienden a desaparecer. Los valores y creencias están perfectamente establecidos y resulta más sencillo enfrentarse a determinadas situaciones.

Gómez Lavín³³⁶ afina un poco más y achaca esta conducta juvenil incoherente a cuatro factores. Por un lado, los continuos cambios a los que el adolescente se ve sometido provocan en él un estado de angustia. A su vez, esa angustia se ve reflejada en miedos y nostalgias que, de manera inevitable, contribuyen a forjar el comportamiento desconcertante. Por otra parte aparece la inseguridad propia de este período. Se encuentra en un estadio intermedio entre la niñez y la edad adulta. Pero no pertenece a ninguna de las dos. Esto le hace fluctuar constantemente. En tercer lugar está la tendencia a la introversión que conduce a la cerrazón de la persona. Es una posible reacción ante los cambios y novedades que se le vienen encima. El adolescente reflexiona y se centra en sus propios pensamientos. Vive en su mundo y no llega a ocuparse de otros asuntos externos, por mucho que

³³⁴ RUIZ DE OLABUÉNAGA, J. I. (dir.) (1998): *La juventud liberta. Género y estilos de vida de la juventud urbana española*, Fundación BBV, Bilbao, p. 16.

³³⁵ ZOLLO, P. (2004): *Getting wiser to teens. More insights into marketing to teenagers*, New Strategist Publications, New York, p. 339. (Traducción propia).

³³⁶ Cfr. GÓMEZ LAVÍN, C. (1996): *Psicología evolutiva*, Ed. Carmen Gómez Lavín, Logroño, pp. 64-65.

en algún momento se haya podido comprometer con ellos desde el punto de vista moral. Finalmente tenemos la utilización de ciertos mecanismos de defensa que le protegen frente a intentos externos de penetrar en una intimidad insegura y, en ocasiones, angustiada. De ahí surgen los enfados, las reacciones bruscas y la incompreensión.

En concreto, algunas de las posibles incoherencias o paradojas propias de esta edad han sido recogidas por Avello y Muñoz, que las señalan de esta forma:

*El deseo de independencia personal vs. el rechazo de una emancipación a cualquier precio; [...] la aspiración de constituir una familia en el futuro vs. el rechazo de compromisos en el presente que constriñen la propia libertad, o [...] el deseo de triunfar en el ámbito profesional vs. el rechazo de la asunción de responsabilidades*³³⁷.

La incoherencia podría ser, en definitiva, fruto de la búsqueda de identidad y del desarrollo moral que caracterizan este proceso, no de una falta de conexión consciente y deliberada entre pensamiento y acción. Dado el momento de transición e inestabilidad que atraviesa, es normal que se produzcan en el muchacho comportamientos que resultan ciertamente extraños. Pero no se trata de comportamientos caprichosos y sin sentido. Existe una descompensación. La personalidad adolescente no acaba de concretarse. De ahí surgen la falta de coherencia, las inconcordancias y las actitudes difíciles de explicar. Por eso, es preciso profundizar siempre con el fin de alcanzar a comprender los motivos últimos que causan el desajuste.

2.2.1.6. Deseos de independencia

El siguiente rasgo de los adolescentes apunta hacia la necesidad de saberse independientes. Esta necesidad coincide, de hecho, con una de las características del proceso de la adolescencia que ya han sido desarrolladas: la búsqueda de la propia autonomía. Debesse establece que el deseo de independencia es una expresión de la evolución del yo y sostiene que “toda autoridad es sentida como gravosa, toda limitación aparece tanto menos soportable cuanto que no es posible comprender todavía su necesidad”³³⁸.

Sin embargo, la conquista de la independencia personal no tiene por qué conllevar, como se podría sospechar, un desapego problemático con respecto a la fuente de autoridad más cercana e inmediata, es decir, la familia. Aunque el joven concibe poco a poco su individualidad, no se puede afirmar que esto tenga como resultado una ruptura agresiva y repentina con respecto a los padres. Al contrario, los adolescentes de hoy necesitan sentirse respaldados por la institución familiar.

³³⁷ AVELLO, J. y MUÑOZ, A. (2002): “La comunicación desamparada. Una revisión de paradojas en la cultura juvenil”. En F., Rodríguez (ed.) (2002): *Comunicación y cultura juvenil*, Ariel, Barcelona, p. 65.

³³⁸ DEBESSE, M. (1962): *La adolescencia*, Editorial Vergara, Barcelona, p. 98.

Se trata, en definitiva, de concebir su individualidad combinada con cierto sentido de pertenencia a algo³³⁹. En este sentido, Destombes ha puesto de manifiesto la necesidad adolescente de seguir apoyándose en los padres durante el proceso de búsqueda de la propia autonomía e independencia. Aunque este autor lo achaca más a las necesidades materiales que a las afectivas³⁴⁰.

Se trata de un extraño equilibrio que, en realidad, resulta normal dado el momento existencial que atraviesa. Por un lado, desarrolla aquellas habilidades y capacidades necesarias para comunicarse y relacionarse en el ámbito social. Por otro, reafirma constantemente su autonomía frente a los demás. Esta situación tiene como consecuencia, según Fierro:

Un particular balanceo y sutil equilibrio -a veces, desequilibrio- de independencia y dependencia, de autonomía y heteronomía, seguridad e inseguridad en sí mismo, manifestados en relación tanto con la familia, la autoridad o la generación de los adultos, cuanto con los iguales y grupo de compañeros³⁴¹.

Sea como fuere, a principios del siglo XXI, los adolescentes españoles han alcanzado unas cotas de autonomía insospechadas hace tan sólo algunos años. Sin embargo, la nueva situación tiene sus peligros. Se otorga demasiada responsabilidad a un muchacho, que, a menudo, no sabe cómo gestionar adecuadamente su recién adquirida autonomía. Por eso, necesita un respaldo afectivo que le aporte seguridad y confianza, además de apoyo económico. Así lo ha establecido Elzo, quien indica que:

Nunca generación alguna ha sido tan autónoma, con un horizonte menos predeterminado, más abierto. Ésta es su ventaja y su riesgo. De ahí que algunos se hagan Jasp y dirijan empresas u ocupen altos cargos rozando la treintena y otros traspasen esa edad descolocados, desbrujulados, los más afor-

339 Avanzini ilustra de este modo la encrucijada a la que se enfrentan: "El deseo de autonomía aumenta en el adolescente que lo percibe claramente, así como los obstáculos que se oponen a ella. Pero por viva que sea su rebelión respecto a ellos, no desea en absoluto una autonomía completa e incluso la teme si la que se le concede es demasiado amplia, ya que continúa sintiendo la necesidad de saberse seguro. Quisiera entrar en la vida, pero al mismo tiempo la teme. Se encuentra, pues, en una situación fundamentalmente ambivalente, compuesta por el enfrentamiento de dos tendencias contradictorias". AVANZINI, G. (1969): *Los años de la adolescencia*, Nova Terra, Barcelona, p. 25.

340 Dice así: "El adolescente, por regla general, espera todavía de sus padres su seguridad material: vivienda, vestidos, alimento, gastos de estudios, el apoyo para su ingreso en la vida profesional, y todo esto en el preciso momento en que desea vivamente descubrir sus propias cualidades personales, ponerlas a prueba por sí mismo, llevar a cabo sus primeras obras". DESTOMBES, C. (1972): "El adolescente y sus relaciones familiares". En En C., Allaer, A., Carnois, P., Crémer, L., Debarge, J., P., Deconchy, C., Destombes, Ernst, Fournier, A., de la Garanderie, P., Guilluy, M., Lemaire, J., Liefoghe, G., Mathon, A., Pauli, R., Sansen, R., Schaeffer, B., Taurour, F., Weyergans (1972) : *La adolescencia*, Herder, Barcelona, p. 151.

341 FIERRO, A. (1985): "Desarrollo social y de la personalidad en la adolescencia". En M., Carretero, J., Palacios y A., Marchesi (comps.) (1985): *Psicología evolutiva. 3. Adolescencia, madurez y senectud*, Alianza, Madrid, p. 99.

*tunados viviendo de sus padres, los otros, sencillamente malviviendo, errando, la mayoría de los jóvenes estando en medio de ambos polos. Todo se juega en el itinerario personal, en el tránsito individual de la adolescencia a la vida adulta, precisamente en la juventud*³⁴².

Debido al ya comentado carácter transicional característico de la adolescencia, la persona conserva todavía algunos rasgos propios de la infancia. Uno de ellos es la necesidad de afecto. En principio, el lugar natural donde lo busca es la familia. En el ámbito familiar se siente protegido y, además, consigue cotas de independencia inimaginables hace pocas décadas. Esto contradice claramente el tópico que habla de una adolescencia caracterizada por altos niveles de conflicto en el hogar. Parece más bien que la realidad apoya la idea de Coleman y Hendry, quienes consideran que “aunque hay muchas cuestiones sobre las que padres y jóvenes discrepan, las relaciones parecen ser más positivas que negativas en general, y en la mayoría de las familias no hay datos de un conflicto sustancial entre generaciones”³⁴³.

La necesidad de independencia, por tanto, no se identifica directamente con el deseo de emancipación total frente a los padres, como sí sucede en el estadio siguiente de la vida, esto es, en la juventud. De hecho, es cierto que cada vez se retrasa más la salida del hogar, aunque no es menos cierto que el deseo de independencia se adelanta con respecto a lo que ocurría con generaciones anteriores.

El adolescente se concentra en buscar espacios de autonomía e independencia en el seno familiar. Como consecuencia, valora positivamente disponer de su propio dinero, tener un espacio personal y privado dentro del hogar y que sus opiniones sean escuchadas y tenidas en cuenta. En este sentido, Durán ha señalado que “siempre ayudará a los hijos tener un cierto lugar material de intimidad, su cuarto, un rincón donde se podrán reunir con sus amigos a estudiar, o simplemente a pasar el rato oyendo música”³⁴⁴.

Y son los padres quienes, a través de un estilo de educación más permisivo y tolerante que en otras épocas, consiguen que sus hijos perciban cierta independencia y, de esta forma, las tensiones y conflictos disminuyen notablemente con respecto al pasado. Por supuesto, la familia cumple también una labor subsidiaria fundamental debido a la prolongación de los períodos de formación y a la difícil inserción laboral. En cualquier caso, conviene tener presente que existen factores que contribuyen a que la convivencia en familia sea grata y feliz, y no una simple cuestión de dependencia económica o material³⁴⁵. De esta forma, el adolescente

342 ELZO, J. (1999): “Reflexiones finales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M. T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 433.

343 COLEMAN, J. C. y HENDRY, L. B. (2003): *Psicología de la adolescencia*, Morata, Madrid, p. 103.

344 DURÁN, C. (1993): *La amistad*, Ediciones Palabra, Madrid, p. 122.

345 Cfr. DEL VALLE, A. I. (1994): “Vida cotidiana y relaciones personales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, P., González Blasco y A., I., del Valle (1994): *Jóvenes españoles 94*, Fundación Santa María, Madrid, pp. 135-136.

busca la independencia, aunque no parece dispuesto a desligarse tan fácilmente de su integración familiar. Por tanto, volvemos a contar con dos situaciones en principio opuestas entre las cuales podríamos encontrar infinidad de puntos intermedios que se corresponden con la situación de muchos adolescentes que deambulan individualmente y sin un criterio unívoco.

2.2.1.7 La personalidad confusa del adolescente

Al igual que hicimos en el último punto del primer epígrafe destinado a ahondar en el ser de la adolescencia, en este caso se presenta también un cuadro que pretende recoger a modo de resumen todos los rasgos propios del estar personal de los adolescentes con los argumentos a favor y en contra recogidos a lo largo de las páginas previas. Es este:

Tabla 2.3. Cuadro resumen de las manifestaciones de la adolescencia en la personalidad del adolescente

Rasgos	Argumentos a favor	Argumentos en contra
Escepticismo	- Desconfianza y desilusión. - Actitud pasota.	- Participación en movimientos asociativos. - Identificación con la religión católica.
Permisividad	- Debilidad en las creencias.	- Tolerancia.
Apatía	- Falta de rebeldía y de empuje. - Escasa cohesión como movimiento generacional.	- Dificultades de adaptación a la nueva edad que motivan la denominada "rebeldía sin causa".
Presentismo, hedonismo y narcisismo	- Deseos de disfrute y diversión en el momento presente. - Búsqueda del placer.	- Adolescencia como etapa de progreso personal. - Planes de futuro.
Incoherencia	- Escasa concordancia entre valores finalistas e instrumentales. - Falta de compromiso práctico con aquello que defienden teóricamente.	- Aspiraciones de coherencia en la creación de su escala de valores.
Deseos de independencia	- Búsqueda de la propia autonomía. - Posible desapego con respecto a la familia.	- Necesidad de concebir su individualidad con cierto sentido de pertenencia. - Necesidad de afecto.

Elaboración propia.

Una vez analizada la manifestación personal de la adolescencia en los rasgos generales de la personalidad nos adentramos ya en la manifestación puramente social de dicha adolescencia, que hace referencia a las relaciones con la familia, los amigos, la escuela y los medios de comunicación.

2.2.2. Manifestación social de la adolescencia

Tal como se ha anunciado previamente, durante la adolescencia el ser humano deja de depender en exclusiva de los padres y comienza a desarrollarse la propia autonomía en el medio social³⁴⁶. Hasta el momento se ha comprobado cómo el aspecto físico y el psicológico se ven sometidos a transformaciones profundas que influyen en el adolescente. Ahora se trata de demostrar que la vertiente social constituye también una pieza clave en el desarrollo posterior del hombre. En realidad, estos tres niveles interactúan entre sí, de tal forma que lo que ocurre en uno de ellos afecta a los otros.

También se ha asegurado que la adolescencia tiene carácter de transición progresiva y no de corte radical entre una edad y la siguiente. Del mismo modo que no se produce una ruptura sustancial entre edades tampoco cabe esperar un cambio brusco en las interacciones sociales de los adolescentes, en su manera de relacionarse. La adolescencia constituye todo un proceso mediante el cual el niño evoluciona poco a poco hasta que llega a alcanzar el rol de adulto³⁴⁷. Es decir, existe un hilo conductor claro entre las relaciones sociales de la infancia y las que empiezan a mantenerse en esta edad. En definitiva, aquella persona que era tímida seguirá siéndolo, y quien siempre fue extrovertido probablemente continuará actuando de la misma forma al superar la niñez.

Por tanto, al adentrarnos en el análisis de la manifestación social de la adolescencia en el estar de los adolescentes seguimos enmarcados dentro del estudio de aquellas variables de segmentación de este público que tienen que ver tanto con lo psicosociológico como con los estilos de vida. Se trata, pues, de seguir profundizando en todas esas cuestiones que resulta difícil conocer a través de las fuentes de información en medios habitualmente más utilizadas. Y con este objetivo nos enfrentamos ahora al estudio de la socialización juvenil.

Socializar es “promover las condiciones sociales que, independientemente de las relaciones con el Estado, favorezcan en los seres humanos el desarrollo integral de su persona”³⁴⁸. En palabras de González-Anleo, los entornos que contribuyen a la socialización del adolescente son las “vías a través de las cuales se efectúa la transmisión de la cultura del grupo o de la sociedad: ideas y creencias, valores y normas, costumbres y sanciones, símbolos y ritos, etc.”³⁴⁹. González Blasco, por su parte, entiende que “los agentes clásicos de socialización actúan presentándose o presentando modelos o ideales que operan como motivadores del proceso de

346 Ver punto 2.1.5.4.

347 Cfr. GÓMEZ LAVÍN, C. (1996): *Psicología evolutiva*, Ed. Carmen Gómez Lavín, Logroño, p. 63.

348 REAL ACADEMIA ESPAÑOLA (2001): *Diccionario de la Lengua Española*, Vigésima segunda edición. Voz *Socializar*.

349 GONZÁLEZ-ANLEO, J. (1999): “Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 125.

aprendizaje o socialización. El proceso comprende el presentar, interpretar, comunicar e inculcar unos modelos sociales tomados de la realidad social”³⁵⁰.

Aunque los entornos o agentes socializadores varían algo en función del autor consultado³⁵¹, finalmente se ha optado por seguir a Andrés Orizo, quien advierte que los adolescentes han abandonado progresivamente las vías institucionales de socialización políticas y religiosas. Por el contrario, la familia y los amigos, grupos primarios de pertenencia, han ganado terreno. La escuela y los medios de comunicación también contribuyen a esta labor socializadora³⁵².

Por tanto, los agentes socializadores que finalmente se ha decidido seleccionar como fundamentales son los cuatro siguientes: la familia, la escuela, los amigos y los medios de comunicación. Consideramos que durante los primeros años de la infancia la familia constituye el grupo de referencia por antonomasia. Más adelante, la escuela se convierte también en ámbito básico de desarrollo social. Y es ya en la adolescencia cuando ese espacio de interacción se amplía definitivamente porque a los mencionados viene a añadirse un tercer entorno: el grupo de amigos. De forma paralela, los medios de comunicación se constituyen en el cuarto entorno básico de relación desde los primeros momentos.

En cuanto a la naturaleza de las relaciones que mantienen los adolescentes, podríamos decir que son de dos tipos. Por un lado están las relaciones verticales y, por otro, las horizontales. Las primeras se producen sobre todo con los adultos, es decir, padres, maestros, etc. El joven aprende muy pronto que existe una relación jerárquica y vertical entre esos adultos y quienes, como él, todavía no alcanzan a serlo. Por el contrario, las relaciones horizontales se experimentan en el grupo de amigos y compañeros de colegio. Son más igualitarias y no están basadas en jerarquías de edades³⁵³. En la siguiente tabla se recoge la naturaleza de las relaciones sociales en función del ámbito o agente socializador considerado:

350 GONZÁLEZ BLASCO, P. (1999): “Relaciones Sociales y espacios vivenciales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p.195.

351 A la hora de concretar los agentes de socialización, González Blasco establece una división entre los agentes clásicos y los nuevos: “como agentes clásicos de socialización se han considerado la familia, la escuela y la iglesia, a los que hoy se añaden, dada la evolución social, el medio ambiente, los pares o iguales y la acción de los medios de comunicación”. GONZÁLEZ BLASCO, P. (1999): “Relaciones Sociales y espacios vivenciales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p.195. Para González-Anleo, en concreto, esos entornos o agentes de socialización son “la familia, los grupos de amigos (de iguales), la escuela, los medios de comunicación de masas y las asociaciones”. GONZÁLEZ-ANLEO, J. (1999): “Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 125.

352 Cfr. ANDRÉS ORIZO, F. (1999): “Jóvenes: Sociedad e Instituciones”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 64.

353 Cfr. BOWER, T. G. R. (1983): *Psicología del desarrollo*, Siglo XXI de España Editores, Madrid, p. 331.

Tabla 2.4. Naturaleza de las relaciones en función del ámbito

Ámbito	Naturaleza de las relaciones sociales
Familia	- Verticales con los padres y mayores. - Horizontales con los hermanos.
Escuela	- Verticales con los profesores. - Horizontales con los compañeros de clase.
Amigos	- Horizontales.
Medios de comunicación	- Verticales.

Elaboración propia.

A lo largo de las páginas que siguen se va a tratar, pues, de hacer un análisis breve de los que se han señalado como cuatro ámbitos principales de desarrollo social del adolescente: familia, amigos, escuela y medios de comunicación. *A priori* quizá puede resultar algo forzado dividir las relaciones sociales en compartimentos estancos. En realidad, todos están vinculados entre sí. De hecho, es frecuente que las relaciones con el grupo de amigos se inicien en la escuela para continuar desarrollándose en entornos distintos. También puede ocurrir que la búsqueda de la amistad con los iguales esté motivada por unas malas relaciones familiares. Estos cuatro ámbitos interactúan continuamente en la vida del adolescente. Pero resulta imprescindible abordarlos uno por uno para comprenderlos mejor.

2.2.2.1. La familia

El adolescente, en su proceso natural de desarrollo, se desvincula progresivamente de la familia de origen que, hasta el momento, ha sido el principal resorte del niño. Pero esa referencia comienza a debilitarse conforme comienza a adquirir mayor peso el grupo de amigos. Ahora los amigos se constituyen en una especie de segunda familia. Y se produce así una creciente emancipación con respecto a los padres.

Fierro atribuye este cambio en las relaciones de dependencia emocional a la necesidad de conquistar autonomía que experimenta la persona en este momento de su vida. Sugiere que “la emancipación con respecto a la familia, como elemento del proceso de adquisición de autonomía personal e independencia social, es quizá el rasgo más destacado de la nueva situación del adolescente”³⁵⁴.

³⁵⁴ FIERRO, A. (1985): “Desarrollo social y de la personalidad en la adolescencia”. En J., Carretero, J., Palacios y A., Marchesi (1985): *Psicología evolutiva. 3. Adolescencia, madurez y senectud*, Alianza, Madrid, p. 122.

Pero emancipación no tiene por qué ser sinónimo de conflicto, tal y como se ha señalado con anterioridad. Aunque cede terreno con respecto al grupo de amigos, la familia sigue asumiendo un importante papel socializador para el adolescente. Por lo general, se siente integrado en el seno familiar. Busca en él un respaldo emocional y una seguridad que resulta complicado encontrar fuera del hogar. Del Valle asegura que “el estar a gusto en casa, el acomodarse al hogar paterno y las aspiraciones de autonomía no están vinculados a un estado de descontento o resquemor en la convivencia en casa de los padres”³⁵⁵. Es decir, que la búsqueda de autonomía y los deseos de independencia no conllevan necesariamente un deterioro de las relaciones en el hogar³⁵⁷.

De hecho, los datos apuntan que, por lo general, “la relación de los adolescentes españoles con sus familias (padres y hermanos) resulta ser, en su propia estimación, llamativamente armónica”³⁵⁶. Por tanto, el joven español medio se encuentra integrado en su entorno familiar y, en general, en la sociedad. En esta misma línea del Valle sostiene que “el clima en las familias en las que conviven los jóvenes españoles es, en líneas generales, agradable y sin demasiadas tensiones y conflictos, y ello sin duda es un factor que favorece la permanencia en el hogar”.

A pesar de la tendencia a alcanzar independencia con respecto a la familia, el adolescente sigue dependiendo de ella, pero no sólo económicamente, sino también en el terreno afectivo. Craig considera que “volverse adulto es una transformación gradual. Requiere una habilidad simultánea para la independencia y la interdependencia, que se define como la dependencia recíproca”³⁵⁸. Sin embargo, la familia ya no es su único resorte. Sólo uno más.

Por eso, es normal que se produzca un cambio en las relaciones entre padres e hijos adolescentes, aunque no se debe relacionar este hecho con una perpetua rebeldía problemática y desesperanzadora. Se abandona progresivamente el tópico de la adolescencia tempestuosa para acercarse más a una realidad que habla de puntos intermedios, de cambios y de ciertos conflictos. Pero no de problemas insuperables.

La familia ha de adaptarse, pues, a una nueva situación en la que el hijo deja de ser un niño y comienza a conquistar ámbitos de independencia. Asume, junto con la escuela, los amigos y los medios de comunicación, un papel central en la socialización de los jóvenes. Constituye su principal grupo de referencia, ya que es el lugar donde se satisfacen las mayores necesidades materiales y afectivas. Es fuente inagotable de cariño y ejerce indudables influencias sobre la persona.

355 DEL VALLE, A. I. (1994): “Vida cotidiana y relaciones personales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, P., González Blasco y A., I., del Valle (1994): *Jóvenes españoles 94*, Fundación Santa María, Madrid, p. 136.

356 TOHARIA, J. J. (1982): *Valores básicos de los adolescentes españoles*, Ministerio de Cultura, Madrid, p. 54.

357 DEL VALLE, A. I. (1994): “Vida cotidiana y relaciones personales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, P., González Blasco y A., I., del Valle (1994): *Jóvenes españoles 94*, Fundación Santa María, Madrid, pp. 93-94.

358 CRAIG, G. J. (1997): *Desarrollo psicológico*, Prentice Hall Hispanoamericana, Mexico, p. 438.

En cuanto a los tipos de relaciones que se establecen entre padres e hijos en el seno de la unidad familiar, según señala Berk se podrían enmarcar en cuatro modelos básicos³⁵⁹: autoritario, permisivo, democrático y de no implicación. Todos ellos quedan recogidos y convenientemente explicados en esta tabla:

Tabla 2.5. Tipos de relaciones entre padres e hijos

Modelo	Características principales
Modelo autoritario	<ul style="list-style-type: none"> - Padres que dominan la vida de sus hijos. - Control férreo. - Falta de libertad. - Escasa comunicación. - Uso de la fuerza y el castigo. - Incomprensión por parte de los hijos y tensiones y problemas con los padres
Modelo permisivo	<ul style="list-style-type: none"> - Utiliza la táctica del laissez-faire. - Falta de método y disciplina. - Poca preocupación por los hijos y su educación.
Modelo democrático	<ul style="list-style-type: none"> - Basado en el diálogo y el consenso. - Existe disciplina, pero se equilibra con el talante de diálogo.
Modelo de no implicación	<ul style="list-style-type: none"> - Los padres se limitan a cubrir necesidades básicas como el alimento y el vestido. - Negligencia por parte de los padres.

Elaboración propia.

En definitiva, los padres afrontan el cambio en las relaciones familiares con estilos distintos de educación aunque, en general, existe cierto consenso al adoptar el denominado modelo democrático o de apoyo. Como consecuencia, los conflictos entre padres e hijos disminuyen considerablemente y el hogar se convierte en ese entorno de socialización amable en el que los adolescentes se sienten bastante cómodos.

A pesar de todo, no se puede negar la existencia de ciertas tensiones en la vida cotidiana del adolescente que vive en familia. Son conflictos que tienen que ver con asuntos diversos como la adquisición de responsabilidades domésticas por parte de los hijos, los horarios de vuelta a casa por la noche, la ropa que llevan, la música que escuchan, etc. Pero también hay otros motivos. Por tanto, a pesar del buen clima imperante en las relaciones, existe un cambio cualitativo en su vida. De ahí que puedan surgir ciertas discrepancias en el seno familiar.

A continuación se analizan esos motivos o causas de conflicto para entender los cambios relacionales entre generaciones. Para ello se ha seguido principalmen-

³⁵⁹ Cfr. BERK, L. E. (1999): *Desarrollo del niño y del adolescente*, Prentice Hall Iberia, Madrid, pp. 738-741.

te la propuesta de Oliva³⁶⁰, aunque se ha procurado completarla con las aportaciones de otros autores. En concreto, las causas de conflicto familiar son las siguientes: las obligaciones y asuntos cotidianos, el desarrollo cognoscitivo e intelectual, las nuevas relaciones con el grupo de iguales, la coincidencia con momentos complejos en la vida de los padres y los cambios en la institución familiar.

a) Obligaciones y asuntos cotidianos.

La condición dependiente propia del joven le impone normalmente obligaciones familiares, limitaciones económicas, restricciones en los horarios, impedimentos al elegir su ropa, cierto control sobre sus amistades, su música, etc. El conflicto surge porque el hijo considera estos aspectos algo personal sobre lo que sólo él puede opinar y decidir. Los padres, por su parte, se resisten a ceder terreno y no acaban de permitirle tomar decisiones completamente autónomas con respecto a dichos asuntos típicamente cotidianos³⁶¹.

Este tipo de conflictos son intrínsecos a la adolescencia y tienen que ser superados con la experiencia. Los padres deberán aprender a dejar hacer a los hijos, quienes, por su parte, tendrán que procurar razonar sus expectativas de independencia.

b) Desarrollo cognoscitivo e intelectual.

Por una parte, el joven siente mayor seguridad al mantener discusiones y defender posturas propias. Por fin es capaz de razonar y pensar como un adulto. Además, supera la imagen infantil de unos padres perfectos y comienza a tener una visión más real de ellos con sus virtudes y también con sus defectos. Por último, goza de mejores posibilidades de razonamiento que le hacen capaz de detectar la injusticia y oponerse a aquello que, a su juicio, no es justificable. Estas nuevas capacidades contribuyen a que se sienta cada vez más capaz de expresar su disconformidad³⁶². Y, por tanto, aumentan las posibilidades de generar conflictos.

c) Nuevas relaciones con el grupo de iguales³⁶³.

La cada vez mayor relación con el grupo de iguales también contribuye al cambio en las relaciones paterno-filiales. Por una parte, aleja al adolescente de su

360 OLIVA, A. (1999): "Desarrollo social durante la adolescencia". En J., Palacios, A., Marchesi y C., Coll (1999): *Desarrollo psicológico y educación. 1. Psicología evolutiva*, Alianza, Madrid, pp. 496-499.

361 En este sentido, Del Valle sostiene lo siguiente: "Los jóvenes discuten con sus padres, pero ésta no es una dinámica que caracterice sus relaciones. Se discute más por cuestiones relacionadas con las obligaciones y responsabilidades del joven (horarios, estudios, responsabilidades domésticas, dinero, por ejemplo), que por los gustos (forma de vestir, hablar, música, decoración de habitaciones, amigos...) o por cuestiones de ideas o principios (religión, política)". DEL VALLE, A. I. (1994): "Vida cotidiana y relaciones personales". En J., Elzo, F., Andrés Orizo, P., González Blasco y A., I., del Valle (1994): *Jóvenes españoles 94*, Fundación Santa María, Madrid, p. 136.

362 Ver el epígrafe 2.1.5.3., que lleva por título *Desarrollo intelectual*.

363 Este punto será desarrollado con profusión en el siguiente epígrafe.

familia ya que encuentra un ámbito nuevo en el que relacionarse con libertad. Pasa cada vez más tiempo con los amigos y menos con la familia. Pero, además, en el grupo descubre una nueva forma de tratar a las personas: la relación horizontal.

Se ha señalado que sus relaciones con el mundo adulto son jerárquicas y verticales, mientras que con los amigos y compañeros de clase se tiende hacia la horizontalidad. Puede ocurrir que el adolescente intente trasladar al ámbito familiar esta nueva experiencia a la hora de tratar a quienes tiene cerca. Una tentativa que, en general, suele chocar frontalmente con las ideas de unos padres poco dispuestos a perder de repente la autoridad que durante tantos años han ejercido sobre sus hijos.

La causa no es un mero interés personal, sino, en muchas ocasiones, un soterrado temor a que los hijos pierdan la referencia que constituyen los padres para ellos. Por tanto, el conflicto puede surgir como consecuencia de este intento de probar nuevas formas de relación en el seno familiar.

d) Coincidencia con momentos complejos en la vida de los padres.

Otro factor que puede influir en el cambio de las relaciones familiares es la posible coincidencia temporal de la adolescencia de los hijos con momentos de cambio o evolución en la vida de los padres. En general, se tiende a responsabilizar al adolescente, para bien o para mal, de estos cambios en las relaciones familiares.

Sin embargo, no se debe olvidar que, en no pocas ocasiones, la adolescencia de los hijos tiene lugar durante un momento delicado en la vida de sus propios padres como es la “crisis de los cuarenta” o, en el caso de las mujeres, la menopausia³⁶⁴. Se ha afirmado que la vida es una continua transición entre edades. Y si el hijo está atravesando un período delicado de desarrollo, lo mismo les puede ocurrir a los padres.

La situación puede agravarse cuando, además de atravesar un momento existencial complejo, esos padres son demasiado autoritarios³⁶⁵. Esta cuestión puede contribuir, sin duda, a aumentar las perturbaciones relacionales entre padres e hijos, de tal forma que no sean los responsables únicos del cambio.

e) Cambios en la institución familiar.

A todas estas dificultades hay que añadir los cambios significativos que se han producido en el seno de las familias en los últimos tiempos. Cada vez hay más familias monoparentales en las que es uno sólo el que hace frente a la tarea de educar a los hijos. Y eso puede acarrear ciertos problemas. También existe la posibilidad de que el padre o la madre se una a una nueva pareja, lo cual resultará todavía más desconcertante para el hijo. De hecho, Guembe y Goñi aseguran que estos

364 Cfr. CRAIG, G. J. (1997): *Desarrollo psicológico*, Prentice Hall Hispanoamericana, Mexico, p. 415.

365 Cfr. BERK, L. E. (1999): *Desarrollo del niño y del adolescente*, Prentice Hall Iberia, Madrid, p. 740.

cambios familiares acaban por influir de algún modo en quienes los sufren, a pesar de que se produzcan en un ambiente amistoso y positivo³⁶⁶.

En la adolescencia la persona posee ya la suficiente madurez como para comprender y contrarrestar los posibles efectos negativos originados por la separación o el divorcio de sus padres. Pero eso no quiere decir que sea absolutamente inmune frente a ellos. De hecho, puede suceder que el joven tienda a refugiarse en el seno del grupo de amigos o a encerrarse en sí mismo dejando al margen a su familia.

En resumen, el adolescente sigue vinculado a la familia en el aspecto material, pero también en el sentimental. Los modos de relacionarse con ella pueden variar de unos casos a otros. También cambian con respecto a la infancia, aunque no constituyen un problema insuperable. Se trata de los pequeños conflictos que se producen como consecuencia del intento de adaptarse a una nueva edad y a los cambios del entorno.

2.2.2.2. Los amigos

La importancia del grupo de amigos crece considerablemente durante la adolescencia. Ya se ha señalado que la progresiva desvinculación con respecto a la familia da paso a una cada vez mayor relación con los iguales. El joven desarrolla la capacidad de crear relaciones más cercanas que en la niñez porque busca el apoyo de sus amigos para hacer frente a aquellos cambios en los que se ve envuelto. A pesar de que estas relaciones suelen existir desde mucho antes, en este momento se produce un cambio significativo. El grupo se convierte en una referencia central. Y el adolescente encuentra allí el reflejo de sus problemas y la comprensión y empatía de aquellos que viven una situación similar a la suya.

Fierro, al referirse a la sociología adolescente, afirma que “el grupo pasa a constituir ahora la institución socializadora por antonomasia, la fuente principal de donde el adolescente recaba su estatus y su autoconcepto”³⁶⁷. Es decir, una vez alcanzada la adolescencia, la familia deja de ser el principal grupo socializador para dar paso a la aparición de los amigos. González-Anleo lo establece así:

Los amigos cotizan muy alto en el imaginario juvenil, no sólo como elemento clave de la vida sino también como agente socializador de primer orden, sólo por detrás de la familia. Como agente transmisor de ideas e interpretaciones del mundo, el amigo, el grupo de iguales, supera hoy en España a la escuela, los MCM [Medios de Comunicación de Masas] y los libros³⁶⁸.

366 Lo expresan así: “Por muy bien que se lleve una ruptura matrimonial, por muy civilizado que haya sido todo el proceso, por mucho cuidado que se haya puesto en no implicar a los hijos, son inevitables los daños colaterales. El problema es que esos daños colaterales afectan a personas, sobre todo, a personas inocentes que están formándose psíquica y emocionalmente”. GUEMBE, P. y GOÑI, C. (2004): *No se lo digas a mis padres*, Ariel, Barcelona, p. 82.

367 FIERRO, A. (1985): “Desarrollo social y de la personalidad en la adolescencia”. En J., Carretero, J., Palacios y A., Marchesi (1985): *Psicología evolutiva. 3. Adolescencia, madurez y senectud*, Alianza, Madrid, p. 126.

368 GONZÁLEZ-ANLEO, J. (1999): “Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 174.

Del mismo modo, Guembe y Goñi también han reconocido la importancia de la amistad en el momento de la adolescencia al comprender que no sólo cumple una función importante de apoyo, sino que, además, contribuye al refuerzo de una identidad en desarrollo³⁶⁹.

La principal diferencia que se detecta en las relaciones de amistad con respecto a la niñez estriba en que la confianza sale a la luz y se empiezan a compartir secretos. Hay una relación de intimidad mucho más intensa que la existente entre los niños. Ya no se trata de simples compañeros de juegos y aventuras. Ahora llegan más profundo porque conocen bien lo que hay en el interior del otro. Así lo entienden Coleman y Hendry, quienes consideran que “aunque las amistades son importantes también para los niños pequeños, existe un cambio al comienzo de la adolescencia: un paso hacia la intimidad que incluye el desarrollo de un enfoque más exclusivo, la apertura a la revelación personal y a compartir los problemas y opiniones”³⁷⁰.

En los primeros momentos del desarrollo adolescente las pautas de elección de las amistades suelen basarse en cuestiones superficiales como el aspecto o la posición social. La apariencia y el físico se constituyen en preocupaciones centrales para el muchacho. Sin embargo, cuando se llega a la segunda o tercera adolescencia pasan a ocupar un plano secundario. Las elecciones se hacen entonces atendiendo a características internas de la persona: valores, creencias, similitudes de pensamiento, etc.

La evolución del grupo a lo largo de los años adolescentes ha sido recogida por Oliva³⁷¹, quien asegura que atraviesa, básicamente, cuatro etapas consecutivas. En resumen, se trata de las siguientes: la pandilla unisexual, la interacción de pandillas unisexuales, la pandilla mixta y las parejas relacionadas entre sí.

a) Pandilla unisexual.

En un primer momento existe la pandilla unisexual. Está constituida por pequeños grupos de personas del mismo sexo que se relacionan entre ellas de manera exclusiva y, hasta cierto punto, excluyente. En dichos grupos afloran las relaciones de confidencialidad e intimidad. Como consecuencia, se produce una cierta cerrazón frente a los otros. Por lo general no se trata de amistades nuevas, sino que constituyen una prolongación de los amigos de la infancia o del colegio.

³⁶⁹ Lo exponen de este modo: “Si un amigo es un tesoro, en la adolescencia los amigos lo son todo. Llega un momento en que nuestros hijos comienzan a crecer hacia fuera. Entonces, los amigos adquieren el protagonismo y los de casa pasan a un segundo plano. Es el momento vital de la amistad. En los amigos, en las amigas, se ven reflejados, comprendidos, arropados. Tener amigos es pertenecer a un grupo, y eso es signo de identidad”. GUEMBE, P. y GOÑI, C. (2004): *No se lo digas a mis padres*, Ariel, Barcelona, p. 94.

³⁷⁰ COLEMAN, J. C. y HENDRY, L. B. (2003): *Psicología de la adolescencia*, Morata, Madrid, p. 156.

³⁷¹ Cfr. OLIVA, A. (1999): “Desarrollo social durante la adolescencia”. En J., Palacios, A., Marchesi y C., Coll (1999): *Desarrollo psicológico y educación. 1. Psicología evolutiva*, Alianza, Madrid, pp. 507-509.

b) Interacción de pandillas unisexuales.

Poco a poco, esta pandilla tiende a relacionarse con otras similares, de tal manera que se asiste a una interacción de pandillas unisexuales. Son relaciones esporádicas porque constituyen nada más que los primeros contactos y todavía no se puede hablar de una fusión de grupos. En realidad, esta etapa viene a constituir una transición entre la anterior y la siguiente.

c) Pandilla mixta.

Por tanto, y como consecuencia de la interacción mencionada, surge lo que se conoce como pandilla mixta. Ahora sí, las pandillas unisexuales se unen y conforman un grupo numeroso en el que chicos y chicas se relacionan en igualdad. Aseguran Coleman y Hendry que “quizá el rasgo más distintivo de las relaciones adolescentes a través de estos años sea la desintegración de la segregación de género que es tan característica de la infancia intermedia”³⁷². Por tanto, chicos y chicas comienzan a relacionarse conjuntamente en el ámbito de la pandilla. Sin embargo, al acoger a un elevado número de personas la relación entre los miembros del grupo puede acusar una pérdida notable de intimidad. Es decir, en esta fase la pandilla gana en número, pero pierde en cohesión.

d) Parejas relacionadas entre sí.

Finalmente se producirá una disolución gradual de esa gran pandilla para dar paso a una serie de parejas que se relacionan entre ellas. Llega un momento en el que la persona, a pesar de seguir teniendo presente al grupo de amigos, aumenta progresivamente sus intereses románticos y tiende a centrarse en su pareja. Al principio es frecuente buscarla dentro del grupo, pero conforme se gana en madurez y seguridad resulta normal salir de él para tratar de acceder a personas de entornos diferentes.

Hasta el momento se ha hablado de un cambio en las relaciones de amistad que viene impuesto por la aparición de un elemento novedoso: la intimidad. También se ha señalado que el resultado es una cada vez mayor importancia del grupo en la vida del adolescente. Sin embargo, a pesar de la intensidad de esa relación, no es extraño que en los primeros momentos de la adolescencia llegue a producirse un pequeño desajuste que le mantiene distante de los propios amigos e, incluso, algo nostálgico y melancólico.

Este desajuste es resultado de los equilibrios sucesivos a los que ha de enfrentarse cualquier adolescente. Al igual que le cuesta adaptarse al cambio que supone pasar de la niñez a la adolescencia en otros aspectos, en lo que a los amigos se refiere le ocurre algo similar. Este proceso requiere un tiempo de adaptación, no demasiado, durante el cual la persona puede llegar a sentirse desorientada. Una vez superada esta pequeña fase de ajuste, la situación se normaliza y comienza de verdad esa relación intensa e íntima propia y característica de la adolescencia.

³⁷² COLEMAN, J. C. y HENDRY, L. B. (2003): *Psicología de la adolescencia*, Morata, Madrid, p. 152.

Un asunto de interés que surge al analizar la relación de los adolescentes con el grupo de amigos tiene que ver con el gregarismo y las posibles influencias negativas que el grupo llega a ejercer sobre el joven. Es cierto que, en ocasiones, la autoridad de los iguales puede tener consecuencias pésimas como resultado de la adopción de normas de sometimiento, conformismo, anulación, presión de los iguales, acatamiento sin límites, disolución de la personalidad, etc. Estas actitudes se utilizan para justificar ciertos comportamientos antisociales de algunos adolescentes. Sin embargo, la realidad apunta hacia una influencia de carácter más bien positivo.

Así pues, el grupo ejerce cierto poder. Pero se considera que, por lo general, establece ese poder de manera constructiva. Trata de desvincular al joven de comportamientos negativos e involucrarlo en asuntos que los adultos consideran positivos. No obstante, tampoco se debe menospreciar la capacidad del adolescente para tomar sus propias decisiones sin dejarse arrastrar por los designios del grupo. Así lo entiende Berk, quien considera probado el cierto conformismo y gregarismo del adolescente, aunque insiste también en que la influencia del grupo no es abrumadora. Lo expone de esta forma:

La conformidad a la presión de los iguales es mayor durante la adolescencia que en la niñez o la temprana adultez -un descubrimiento que no es sorprendente cuando consideramos cuánto tiempo pasan juntos los adolescentes. Pero contraria a la creencia popular, la adolescencia no es un período en el que la gente joven hace ciegamente lo que le piden sus iguales³⁷³.

De hecho, el grupo de amigos ejerce algunos efectos positivos sobre el adolescente que se podrían concretar en los siguientes puntos:

a) Se trata de una relación de reciprocidad en la que los componentes se ayudan y se hacen confidencias mutuas. Eso contribuye a establecer una situación de equilibrio en la que todos dan y, a su vez, reciben.

b) Gracias a la aparición de la intimidad comienza una relación sincera y de alta implicación en la que la persona se abre a otros y viceversa.

c) El grupo de amigos supone un apoyo emocional en caso de atravesar una situación familiar compleja o cualquier momento delicado.

d) Además, puede llegar a constituir una fuente de información de primera mano en asuntos sentimentales, sexuales, problemas académicos, etc. De hecho, los amigos se convierten a esta edad en consejeros sobre cuestiones que resulta complicado tratar con los adultos.

e) También pueden proporcionar sustento instrumental o económico en momentos de necesidad. Aparece de nuevo el apoyo incondicional del grupo, aunque en este caso se refiere a lo puramente material.

³⁷³ BERK, L. E. (1999): *Desarrollo del niño y del adolescente*, Prentice Hall Iberia, Madrid, p. 811.

f) El grupo confiere un sentido de pertenencia que aporta seguridad. El adolescente no está solo, sino integrado dentro de un conjunto de personas similares que le valoran por lo que es. Y ello contribuye a reforzar su identidad.

Las relaciones de amistad transcurren normalmente durante el tiempo libre. Se podría afirmar que el ocio representa para el joven un importante elemento que vertebra su socialización con los iguales. Los horarios y las obligaciones cotidianas imponen numerosos constreñimientos en la vida diaria. Sin embargo, el tiempo libre supone un momento de relax, expansión y tranquilidad. Por eso resulta tan apropiado para relacionarse con los demás³⁷⁴.

En la actualidad la población juvenil dispone de abundante tiempo libre³⁷⁵ del que le gusta disfrutar en compañía del grupo. Algunas veces, también en soledad. Sus intereses se centran en cosas sencillas como pasar el rato con los amigos, sin necesidad de ocuparse de grandes asuntos. Así lo expresan Christensen y Rhode:

Si uno pregunta a un adolescente sobre sus actividades favoritas, paradójicamente, la respuesta de no hacer nada es muy alta. [...] No hacer nada con los amigos, sólo juntarse con ellos es también altamente valorado. Por supuesto, eso no es completamente no hacer nada. Hay mucho de conversación y diversión involucrado en ello³⁷⁶.

Por tanto, las relaciones con el grupo de iguales se desarrollan normalmente en el tiempo de ocio. Unas relaciones que pueden comenzar, junto con otras, en el entorno escolar, tal y como se verá en el siguiente epígrafe.

2.2.2.3. La escuela

La escuela es el tercer entorno donde el adolescente se desenvuelve como ser social. Se ha señalado que tanto la familia como los amigos representan una fuente importante de socialización para el joven. La escuela también juega un papel fundamental como elemento socializador. Allí se relaciona constantemente con compañeros y profesores. Además, en ella invierte muchas horas a lo largo del día. Y cuando está fuera, también ha de dedicar una parte importante de su tiempo a la realización de deberes.

³⁷⁴ Laespada y Salazar entienden que el ocio supone hoy para los jóvenes “un importante ámbito de socialización donde transcurren gran parte de sus relaciones de amistad o de expansividad social en el sentido más amplio. Se trata de uno de los fundamentales vehículos a través de los cuales los jóvenes desarrollan sus propias expresiones sobre estilos de vida, el contexto social en el que se les ofrece una oportunidad para desarrollar sus identidades”. LAESPADA, M. T. y SALAZAR, L. (1999): “Las actividades no formalizadas de los jóvenes”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 359.

³⁷⁵ Este asunto de la disponibilidad de tiempo libre por parte de los adolescentes se verá más detalladamente en el capítulo tres como un motivo que mueve al consumo a los adolescentes.

³⁷⁶ CHRISTENSEN, O. y ROHDE, C.C. (1999): *Understanding youth: Their culture and language results from qualitative and quantitative tracking studies among young european opinion leaders*, ESOMAR, p. 6. (Traducción propia).

La naturaleza de las relaciones que el adolescente mantiene en la escuela, el tiempo que le dedica y las enseñanzas que extrae de ella la convierten en un entorno fundamental para su socialización. Tanto es así que, según Onrubia, “las prácticas educativas son parte fundamental de la mediación social necesaria para apoyar y orientar el paso de los adolescentes a la vida adulta y su inserción como miembros de pleno derecho de la sociedad”³⁷⁷.

También De Gispert incide en ese papel socializador de la escuela:

*El escolar es, sin duda, junto con el familiar, el otro contexto específico fundamental de participación guiada que los adolescentes han conocido y en el que han desarrollado y desarrollarán una buena parte de sus actividades cotidianas. Sus formas de funcionamiento, la riqueza y variedad de relaciones e interacciones y los vínculos que en él se han establecido y se establecerán a lo largo de este período tendrán una influencia importante en la socialización de los adolescentes, en un momento en el que accederán a un nuevo tramo de la escolaridad obligatoria*³⁷⁸.

Pérez Cabaní, Carretero y Juandó entienden la escuela como un instrumento de transformación social que ha de ayudar al adolescente a integrarse en la edad adulta³⁷⁹. Enguita y Levin, por su parte, llegan a establecer un paralelismo entre las relaciones sociales que se aprenden en la escuela y las propias del proceso de trabajo de las sociedades capitalistas:

*En ella (en la escuela) aprenden a someterse a formas impersonales de autoridad, a seguir rutinas organizativas, a aceptar criterios de evaluación ajenos, a entrar en relaciones de competencia interindividual, a que otros decidan sobre el objeto y el proceso de su trabajo, a poner sus capacidades al servicio de una voluntad situada por encima de la suya, etc.*³⁸⁰

377 ONRUBIA, J. (1997): “El papel de la escuela en el desarrollo del adolescente”. En E., Martí y J., Onrubia (Coords.) (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, ICE Horsori, Barcelona, p. 23.

378 DE GISPERT, I. (1997): “La reorganización de la vida social en la adolescencia”. En E., Martí y J., Onrubia (Coords.) (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, ICE Horsori, Barcelona, p. 117.

379 Lo señalan así: “La sociedad tiene que proveerse de una escuela que dé respuesta adecuada a sus demandas educativas y, a su vez, ésta tendrá oportunidades y herramientas para, hasta cierto punto, conducir a la sociedad adulta a los estudiantes, mediante una formación y educación que tiñan de un nuevo color la sociedad misma”. PÉREZ CABANÍ, M. L., CARRETERO, M. R. y JUANDÓ, J. (2001): *Afectos, emociones y relaciones en la escuela*, Graó, Barcelona, p. 32.

380 FERNÁNDEZ ENGUITA, M. y LEVIN, H. M. (1997): “Las reformas comprensivas en Europa y las nuevas formas de desigualdad educativa”. En M., Fernández Enguita (Coord.) (1997): *Sociología de las instituciones de educación secundaria*, ICE Horsori, Barcelona, p. 78.

Onrubia³⁸¹, por su parte, afirma que la escuela no sólo puede apoyar al adolescente en este momento transicional complejo que atraviesa, sino que es su obligación hacerlo. Sustenta su teoría en tres argumentos:

a) La escuela debe influir en el desarrollo de ciertas capacidades del adolescente. Ha de contribuir a la mejora del pensamiento para comprender la realidad de manera más adecuada, conocer nuevas capacidades de conocimiento, perfeccionar el aprendizaje, reconstruir la identidad personal, acceder a nuevas formas de relación, etc. Además, el colegio abre caminos nuevos a un adolescente que elige sus estudios pensando en una profesión futura.

b) La escuela sirve de mediación entre la infancia y la edad adulta. En su paso por ella, el joven aprende a dejar atrás comportamientos típicos de la niñez. Tiene la posibilidad de aprender a actuar como un adulto mientras sigue protegido por el marco escolar.

c) La escuela infunde un componente crítico que sirve para analizar con una perspectiva diferente aquello que el joven extrae de otros contextos socializadores como la familia, el grupo de iguales o los medios de comunicación.

La situación actual de la escuela en España está marcada por la Reforma del sistema educativo surgida de la LOGSE³⁸², que es del año 1990. Como consecuencia de esta ley, el cambio de los centros en los que se imparte la Escuela Primaria a los Centros de Educación Secundaria coincide en el tiempo con el inicio de la adolescencia. En este momento se producen, pues, variaciones importantes en lo que se refiere al ámbito escolar: nuevo colegio y nuevas personas a las que adaptarse. El resultado es una variación sustancial en el entorno de las relaciones sociales. De Gispert señala un doble cambio en esas relaciones. Por un lado, el adolescente ha de hacer frente a los nuevos compañeros. Por otro, deberá aprender a tratar con unos profesores desconocidos hasta el momento³⁸³.

381 Cfr. ONRUBIA, J. (1997): "El papel de la escuela en el desarrollo del adolescente". En E., Martí y J., Onrubia (Coords.) (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, ICE Horsori, Barcelona, pp. 24-26.

382 Ley Orgánica de Ordenación del Sistema Educativo.

383 Lo expone de esta forma: "Pasar a ser un alumno de secundaria supondrá para el adolescente conocer nuevos compañeros con los que se relacionará e interactuar a lo largo de una etapa en la que éstos pueden llegar a ocupar un lugar prioritario en su vida social. Así mismo, incorporarse como alumno en la Etapa Secundaria implicará que los adolescentes se relacionen e interactúen en su proceso de aprendizaje con una gama más amplia de profesores que en la etapa anterior -uno por asignatura- y que mantengan unas relaciones distintas y complementarias con el tutor del aula, lo que puede enriquecer y diversificar sus relaciones con los adultos". DE GISPERT, I. (1997): "La reorganización de la vida social en la adolescencia". En E., Martí y J., Onrubia (Coords.) (1997): *Psicología del desarrollo: El mundo del adolescente*, ICE Horsori, Barcelona, p. 117.

Fernández Enguita entiende que esas nuevas relaciones con el profesorado se asemejan a las mantenidas en casa con los padres. Sugiere que “la relación personal con el padre, la madre u otros adultos de la familia es sustituida en la escuela por la relación con el profesor, una relación en la que el alumno es considerado sólo en cuanto que parte de un grupo, colectivo o categoría”³⁸⁴. Por tanto, parece ser que durante la enseñanza secundaria las nuevas relaciones con el profesorado no se caracterizan por la individualización. Al contrario, el joven vendría a ser sólo un componente más de un grupo amplio y, por consiguiente, parece posible que la relación con el profesor no llegue a ser demasiado estrecha.

Tras la Reforma, el fin de la Enseñanza Secundaria Obligatoria coincide con el comienzo de la edad laboral, es decir, con los dieciséis años. El adolescente, una vez alcanzada dicha edad, ha de hacer frente a una encrucijada. Debe decidir qué hacer tras superar la escolarización obligatoria:

*Si seguir estudios de bachillerato, lo que luego supone optar por seguir estudios universitarios o de formación profesional de grado superior, o bien realizar estudios de formación profesional, ahora de grado medio, con la más clara intención de entrar inmediatamente en el mundo laboral*³⁸⁵.

Se ha insistido en el carácter transicional de la adolescencia como etapa del desarrollo evolutivo. El joven vive un paréntesis temporal en el que evoluciona de una edad a otra. Busca un estatus que le costará tiempo conquistar. Con ese fin comienza a trazar planes futuros y proyectos a medio y largo plazo. La elección de unos estudios es fundamental en este sentido. Y el colegio juega un papel trascendental en todo el proceso porque le ayuda a afrontar su proyecto personal de vida.

En cuanto a las relaciones entre compañeros, Salvadó sugiere que vienen marcadas por la proliferación de subculturas dentro de la escuela. Afirma que en dicho entorno aparecen algunos grupos “informalmente estructurados que se muestran como pequeños grupos de amigos y que pueden llegar a ser grupos «cerrados» [...] en torno a diversas afinidades: status socio económico, origen racial, origen geográfico, etc. Ningún estudiante quiere, ni probablemente puede, estar fuera de alguno de los grupos existentes en las unidades escolares”³⁸⁶. Con esto se confirma una vez más la proliferación de subgrupos diversos dentro del gran grupo de los adolescentes y, por tanto, la existencia de una gran heterogeneidad entre ellos que les hace reunirse en torno a cuestiones tales como sus afinidades personales.

384 FERNÁNDEZ ENGUITA, M. (Coord.) (1997): *Sociología de las instituciones de educación secundaria*, ICE Horsori, Barcelona, p. 135.

385 SARRAMONA, J. (1999): *La educación en la familia y en la escuela*, PPC, Madrid, p. 149.

386 SALVADÓ, E. (2002): “Implicaciones del estudio para las políticas educativas del futuro”. En R., Garcés (dir.), P., Tufari, V., Baillo y E., Salvadó (2002): *La convivencia en los centros de secundaria. Las pasiones de la ESO*, Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, p. 194.

Las relaciones que mantiene el adolescente con sus compañeros se ven afectadas por este fenómeno. Cada alumno forma parte de un grupo de pertenencia en el que se siente cómodo³⁸⁷. Al parecer, los amigos juegan un papel importante en la satisfacción del adolescente con la escuela. Así lo indica González-Anleo, quien insiste en lo significativo que resulta que “el aspecto más valorado de la escuela sean los compañeros”³⁸⁸.

Sin embargo, la relación del adolescente con la escuela puede ser tensa en algunos casos. El fracaso escolar y la disminución del rendimiento académico son frecuentes en estos años. Se trata de una época en la que se están experimentando cambios en todos los niveles y esto conlleva un desajuste que puede desembocar en la desmotivación escolar. También se produce un menoscabo en la relación con los profesores por parte de los alumnos. Oliva sostiene lo siguiente:

*En general, las relaciones son más tensas, distantes y frías, llegándose en algunos casos a enfrentamientos entre el profesor y algunos alumnos. Este deterioro en las relaciones puede resultar muy perjudicial en un momento en el que se ha producido un cierto distanciamiento de los padres, y cuando chicos y chicas podrían beneficiarse enormemente, sobre todo de cara a la construcción de su propia identidad, del contacto con otros adultos que les ofrezcan puntos de vista e ideas diferentes a aquellas que encuentran en el entorno familiar*³⁸⁹.

Sin embargo, este comportamiento no se debe tomar como una pauta generalizada. En realidad, muchos adolescentes se muestran favorables al entorno escolar y no sufren dificultades de adaptación. De hecho, se puede afirmar incluso que existe un “alto nivel de satisfacción de los jóvenes estudiantes con sus estudios”³⁹⁰.

2.2.2.4. Los medios de comunicación

Los medios de comunicación, en última instancia, cumplen también una eminente función socializadora entre los adolescentes. Influyen en su adquisición de conocimientos sobre diversos temas. Les enseñan a relacionarse con otros a través de

387 Cfr. SALVADÓ, E. (2002): “Implicaciones del estudio para las políticas educativas del futuro”. En R., Garcés (dir.), P., Tufari, V., Baillo y E., Salvadó (2002): *La convivencia en los centros de secundaria. Las pasiones de la ESO*, Instituto de Ciencias de la Educación, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, p. 195.

388 GONZÁLEZ-ANLEO, J. (1999): “Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 164.

389 OLIVA, A. (1999): “Desarrollo social durante la adolescencia”. En J., Palacios, A., Marchesi y C., Coll (1999): *Desarrollo psicológico y educación. 1. Psicología evolutiva*, Alianza, Madrid, p. 516.

390 GONZÁLEZ-ANLEO, J. (1999): “Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 167.

esos conocimientos. Y les confieren juicios sobre asuntos diversos como la sexualidad, la violencia, la interacción social o la forma de resolver problemas. A través de los medios aprenden conductas y hábitos que les permiten adaptarse al entorno social en el que se mueven.

En general, el público adolescente invierte una parte importante de su tiempo libre o de ocio en contacto con los medios de comunicación. Unos medios que se pueden diferenciar, por una parte, teniendo en cuenta la función que cumplen, en este caso para los adolescentes. De esta forma nos encontramos con dos tipos de medios: aquellos que les sirven para mantenerse informados y aprender sobre el mundo y aquellos que cumplen una función básicamente de relación social. Entre los primeros estarían los denominados medios de comunicación social: prensa, radio, televisión, revistas, suplementos y dominicales, cine e Internet. Son aquellos medios en los que muchos reciben la comunicación por parte de uno. Y los segundos, por su parte, son los medios que se caracterizan fundamentalmente por su condición de medio que, en principio, no añade contenido. Es decir, todos aquellos que tienen que ver con las nuevas tecnologías, el teléfono móvil, el correo electrónico, la mensajería instantánea, etc. A diferencia de los anteriores, estos medios permiten más bien la comunicación uno a uno.

Son muchos los autores que coinciden al señalar el importante papel que juegan los medios como agente socializador para los adolescentes. Entre ellos está Brée, quien, al referirse a la televisión, sugiere que efectivamente este medio de comunicación cumple una función de integración y aprendizaje social porque enseña “las habilidades necesarias en una sociedad industrial avanzada. La exposición de los niños a los programas televisados, y especialmente a la publicidad, representa, pues, una parte importante de los contactos que establecen con un entorno determinado y, por lo tanto, un campo particular de su aprendizaje social”³⁹¹.

Por otra parte, Torres, Conde y Ruiz, que han estudiado el desarrollo humano en la sociedad audiovisual, entienden que la televisión contribuye de manera efectiva a socializar a niños y adolescentes. Y lo expresan de este modo:

*La televisión da una imagen de la propia sociedad en términos comprensibles para todos. Su comunicabilidad radica en ello, de lo que se deriva una necesaria simplificación, pero es indiscutible que amplía la experiencia social «vicaria» de los niños casi desde su nacimiento. Y algo más, permite la observación del mundo de los adultos, en su trabajo, en sus problemas diarios, algo que no siempre ocurre en su propio ambiente social y familiar. Muchas de las estrategias de los adultos en el trato con los hijos, incluyendo las menos éticas, pueden ser observadas en el medio*³⁹².

391 BRÉE, J. (1995): *Los niños, el consumo y el marketing*, Paidós, Barcelona, p. 146.

392 TORRES, E., CONDE, E. y RUIZ, C. (2002): *Desarrollo humano en la sociedad audiovisual*, Alianza, Madrid, p. 226.

La Ferle, Edwards y Lee aseguran que consumo de medios por parte del *target* adolescente contribuye de manera notable a su formación personal porque les permite definir el mundo en que viven. Así, aseguran:

*El proceso de socialización de los adolescentes procede de su habilidad para observar y aprender a través de los medios y también de su capacidad para acceder a ellos para satisfacer ciertas necesidades individuales. A menudo se describe a los adolescentes como usuarios de medios con fines de entretenimiento, formación de la identidad, búsqueda de sensaciones, copia e identificación de la cultura juvenil. La investigación ha apoyado la idea de que los adolescentes usan los medios para ayudarse a definir el mundo que les rodea*³⁹³.

Del mismo modo, Naval, Sádaba y Bringué enfatizan la importancia del proceso de socialización durante la adolescencia y atribuyen a los medios un papel esencial en este sentido³⁹⁴. También Rodríguez, Navarro y Megías, reconocen a los medios ese papel socializador del que se viene hablando en su estudio titulado *Jóvenes y medios de comunicación*³⁹⁵. Por su parte, González-Anleo coincide con los anteriores en esta idea de atribuir a los medios de comunicación un papel preponderante en la socialización de los adolescentes. Y aunque asegura que ha disminuido su importancia con respecto al pasado, entiende que continúan en los puestos de mayor influencia³⁹⁶. Finalmente, González Blasco también los considera cada vez más un peculiar agente de socialización. Pero, además, expone las

393 LA FERLE, C., EDWARDS, S. M. y LEE, W. N. (2000): *Teens' use of traditional media and the Internet*, Journal of advertising research, may-june, p. 55. (Traducción propia).

394 "El proceso de socialización es de gran importancia en la vida de cualquier joven: a través del contacto con su entorno niños y jóvenes aprenden conductas, destrezas, motivaciones, valores y creencias, ajustadas al entorno cultural que les rodea. Los medios de comunicación se muestran como una de las influencias más importantes en este contexto de socialización". NAVAL, C., SÁDABA, C. y BRINGUÉ, X. (2003): *Impacto de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC) en las Relaciones Sociales de los Jóvenes Navarros*, Gobierno de Navarra, Instituto Navarro de Deporte y Juventud y Universidad de Navarra, Pamplona, p. 25.

395 "Los medios de comunicación son una referencia indiscutible en muchos de los procesos sociales generales, tanto en la medida en que se hacen eco de determinados acontecimientos, como si de un tablón de anuncios se tratase, como en la medida en que no lo hacen (desde la política a la economía, pasando por el consumo, la cultura...)". RODRÍGUEZ, E., NAVARRO, J. y MEGÍAS, I. (2001): *Jóvenes y medios de comunicación. La comunicación mediática entre los jóvenes madrileños*, FAD-INJUVE, Madrid, p. 10.

396 Y dice así: "En los últimos diez años las agencias sociales que socializan a los jóvenes españoles han visto modificado significativamente su nivel de influencia o relevancia a la hora de transmitir ideas y sentidos. La modificación observada ha afectado sobre todo a la familia, que gana tres puestos en el ranking de importancia y pasa así a ser la primera, a la escuela, que asciende del séptimo al quinto puesto, y a los medios de comunicación de masas, que han descendido del primer puesto al tercero". GONZÁLEZ-ANLEO, J. (1999): "Familia y escuela en la socialización de los jóvenes españoles". En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p. 125.

aportaciones concretas con las que los medios contribuyen a la socialización de los jóvenes: pautas y roles ordinarios, valores y modelos de conducta³⁹⁷.

A pesar de la enorme importancia que los mencionados autores conceden a los medios de comunicación, hoy en día no basta con hablar de medios al tratar de analizar la socialización de los adolescentes. Es preciso analizar las Tecnologías de la Información y de la Comunicación³⁹⁸ y sus nuevas posibilidades de intercambio de información y, sobre todo, de relación social³⁹⁹. Tanto los medios como las TIC constituyen, pues, un escaparate social sin comparación y cumplen una función socializadora fundamental. Así lo aseguran Naval, Sádaba y Bringué al concluir que “las TIC se configuran como un vehículo primordial en el desarrollo de las relaciones sociales de los jóvenes. El uso de estas tecnologías está altamente vinculado al contacto con iguales, familiares y conocidos”⁴⁰⁰. Y sugieren además que la naturaleza universal de las TIC promueve unas relaciones sociales más abiertas y tolerantes.

Por otra parte, las TIC permiten la interacción entre el emisor y el receptor. Así, éste ya no es un mero espectador pasivo. Ahora puede establecer contactos directos. Es lo que han concluido Castells y De Bofarull:

*La globalización ha supuesto el paso de una tecnología de transmisión de tipo analógico, como son las clásicas técnicas de cine, radio, televisión o prensa, donde el receptor era prácticamente pasivo, a una tecnología de transmisión de tipo digital, donde el receptor es auténticamente protagonista y disfruta de una interactividad que le permite actuar sobre los contenidos que recibe*⁴⁰¹.

Esto se cumple precisamente con Internet, que se ha erigido en el nuevo territorio social y constituye un espacio de encuentro revolucionario al que muchos adolescentes acuden con la única intención de conocer gente o entrar en contacto con amigos. Desde sus inicios, este medio se considera beneficioso para promo-

397 En este sentido, González Blasco asegura lo siguiente: “Estos medios muestran muchas características de una cultura popular que es difícil transmitir por otros agentes socializadores. Las aportaciones típicas de esos medios a las personas en proceso de socialización son: por una parte, las pautas y roles ordinarios, normales en una sociedad; por otra, los valores de diferentes niveles sociales; y, finalmente, modelos de conducta”. GONZÁLEZ BLASCO, P. (1999): “Relaciones Sociales y espacios vivenciales”. En J., Elzo, F., Andrés Orizo, J., González-Anleo, P., González Blasco, M., T., Laespada y L., Salazar (1999): *Jóvenes españoles 99*, Fundación Santa María, Madrid, p.199.

398 En adelante, la expresión Tecnologías de la Información y de la Comunicación se representará por sus siglas, es decir, TIC.

399 Sobre este tema resulta interesante consultar: LORENTE, S., BERNETE, F. y BECERRIL, D. (2004): *Jóvenes, relaciones familiares y tecnologías de la información y de la comunicación*, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Injuve, Madrid.

400 NAVAL, C., SÁDABA, C. y BRINGUÉ, X. (2003): *Impacto de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC) en las Relaciones Sociales de los Jóvenes Navarros*, Gobierno de Navarra, Instituto Navarro de Deporte y Juventud y Universidad de Navarra, Pamplona, p. 35.

401 CASTELLS, P. y DE BOFARULL, I. (2002): *Enganchados a las pantallas. Televisión, videojuegos, Internet y móviles*, Planeta, Barcelona, p. 45.

ver las relaciones sociales. Aunque también se puede ver como una amenaza. De hecho, según Torres, Conde y Ruiz, el debate sobre esta cuestión gira en torno a dos polos u opiniones encontradas. Por una parte, están quienes aseguran que “Internet lleva a las personas a aislarse y a cortar con relaciones sociales genuinas ya existentes o bien impide establecer otras nuevas”. Y por otra, los que creen que este medio “conduce a mejorar las relaciones humanas, porque permite crear grupos basados en intereses comunes, salvando las distancias geográficas, las enfermedades o los prejuicios sociales o étnicos”⁴⁰².

En general, las TIC permiten establecer redes sociales muy amplias. A través de los lugares virtuales es posible poner en contacto a personas con intereses comunes. De esta forma se ha conseguido que los jóvenes comiencen a encontrarse en foros relacionados con sus gustos y aficiones. Además, les ofrecen la posibilidad de ser anónimos⁴⁰³. De esta forma, no se sienten juzgados por su aspecto ni tampoco por su edad. Entienden que se les valora por su forma de ser.

Existe una relación diaria y constante entre los jóvenes y los medios de comunicación a los que acceden buscando algún tipo de información o entretenimiento. Según Zollo “nunca antes una generación ha crecido tan inmersa en los medios. En casa, las televisiones de los adolescentes raramente están apagadas. La radio les sigue allí donde van, desde el coche hasta el gimnasio o los centros comerciales”⁴⁰⁴.

La relación con los medios contribuye, pues, a desarrollar al adolescente en sociedad. Le da ciertas nociones del entorno en el que vive y lo sitúa frente al mundo. Ballesta y Guardiola aseguran, al igual que Zollo, que los jóvenes han nacido en una era dominada por los medios. Es lo que Castells y De Bofarull llaman revolución digital⁴⁰⁵. No conocen otro mundo y su vida cotidiana transcurre rodeada de las más modernas tecnologías de la información y de la comunicación. Lo expresan así:

La pantalla donde se suceden multitud de imágenes en movimiento y ritmos melódicos, ya no es solamente la de su televisor, ocurre igual en su ordenador o en la videoconsola que guardan en su bolsillo o en la mochila de clase. La capacidad de escuchar su música y melodías preferidas se ha ampliado a cualquier recinto o lugar: de camino a clase en el autobús, en el recreo, en el parque o en su habitación. Idéntica movilidad le permite su consola de video-

402 TORRES, E., CONDE, E. y RUIZ, C. (2002): *Desarrollo humano en la sociedad audiovisual*, Alianza, Madrid, p. 251.

403 Cfr. NAVAL, C., SÁDABA, C. y BRINGUÉ, X. (2003): *Impacto de las Tecnologías de la Información y de la Comunicación (TIC) en las Relaciones Sociales de los Jóvenes Navarros*, Gobierno de Navarra, Instituto Navarro de Deporte y Juventud y Universidad de Navarra, Pamplona, p. 30.

404 ZOLLO, P. (2004): *Getting wiser to teens. More insights into marketing to teenagers*, New Strategist Publications, New York, p. 338. (Traducción propia).

405 CASTELLS, P. y DE BOFARULL, I. (2002): *Enganchados a las pantallas. Televisión, videojuegos, Internet y móviles*, Planeta, Barcelona, p. 43.

*juegos que normalmente lleva siempre con él. Y todo eso sin hablar de la importancia que la telefonía móvil tiene entre los adolescentes en estos momentos, que ha llevado a algunos centros de secundaria a prohibir de forma explícita el entrar con ellos encendidos a clase*⁴⁰⁶.

Según Sevillano y Bartolomé, esa relación intensa con los medios tiene su origen en la infancia. Aseguran que en un primer momento los niños aprenden a manejar de forma mecánica los aparatos tecnológicos que les rodean para, posteriormente, pasar a comprender cuáles son las funciones reales de los mismos. Unas funciones que estos autores recogen en cuatro puntos fundamentales: informar, entretener, proporcionar evasión y fomentar los contactos sociales⁴⁰⁷.

Por tanto, los medios consiguen transmitir a los adolescentes pautas y roles ordinarios, valores y modelos de conducta. También establecen nuevas formas de relacionarse que posteriormente ellos pueden aplicar a los distintos aspectos de su vida social.

2.3. El *target* adolescente: Los adolescentes como personas

Haciendo un breve repaso de todo lo señalado a lo largo del presente capítulo, parece claro que la transición adolescente supone de verdad un cambio profundo y fundamental para quien la experimenta, sea cual sea su manera de afrontarla. Es un momento de tránsito en el que se produce el desarrollo físico en el ser humano, pero también un progresivo cambio psicológico y social. El niño deja de ser niño para adentrarse en un proceso de metamorfosis que, sólo con los años, lo convertirá en un adulto⁴⁰⁸. No se puede predecir la edad a la que comienza el proceso ni tampoco el momento en que culmina. El inicio coincide con la llegada de la pubertad y el final se logra con el completo desarrollo de la persona. Entretanto, el adolescente vive una época especialmente importante para su desarrollo posterior. Una especie de segundo nacimiento que le provoca inestabilidad e inseguridad, lo cual puede llegar a reflejarse en su comportamiento.

⁴⁰⁶ BALLESTA, J. y GUARDIOLA, P. (2001): *Escuela, familia y medios de comunicación*, Editorial CCS, Madrid, p. 79.

⁴⁰⁷ “Ofrecen información sobre realidades, orientaciones, interpretaciones y estímulos para aprender. Entretienen y aumentan vivencias. Pueden evadir de la situación y distraer de problemas. Presentan materia para hablar y posibilitan contactos sociales”. SEVILLANO, M. L. y BARTOLOMÉ, D. (1998): *Enseñanza-aprendizaje con medios de comunicación y nuevas tecnologías*, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid, p. 338.

⁴⁰⁸ Hurlock propone un concepto muy completo de la adolescencia que se presenta precisamente en esta conclusión del epígrafe debido a su especial interés. Es el siguiente: “El vocablo “adolescencia” proviene del verbo latino *adolescere*, que significa “crecer” o “llegar a la maduración”. Esto significa no sólo el crecimiento físico, sino también el desarrollo mental. En el aspecto somático representa alcanzar una estatura adulta, la adquisición de rasgos físicos característicos del individuo adulto, y el desarrollo del aparato reproductor que hace posible la procreación. En lo mental, está maduro el individuo cuya inteligencia haya alcanzado su desarrollo máximo. Se supone que, acompañando a la madurez mental, se logren la madurez emocional y la social; pero en la época moderna, con su gran complejidad y elevado standard de vida, sólo pueden lograrse luego de cierto período, necesario para su obtención”. HURLOCK, B. (1971): *Psicología de la adolescencia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, p. 15.

Otro asunto que se ha abordado con profusión es el que hace referencia al proceso de la adolescencia. Se ha señalado que, a pesar de que existen unas características generales, cada persona lo afronta de manera diferente. Como consecuencia, se entiende que resulta más correcto hablar de adolescencias o adolescentes que de la adolescencia en sí. Sin embargo, a veces se hace necesario hablar del proceso de la adolescencia. Un proceso con características comunes a cualquier persona.

Concretamente, se han señalado cinco retos a los que en principio cualquier adolescente ha de hacer frente para llegar a alcanzar la condición de adulto: el desarrollo físico, el descubrimiento de la identidad, el desarrollo intelectual, la conquista de la autonomía personal y el desarrollo de la conciencia moral. Se trata de retos, desafíos, novedades o características de la adolescencia. Por tanto, el proceso de la adolescencia existe y es real. Pero no hay que olvidar que su expresión y su modo de sacarlo adelante cambia de unas personas a otras.

La manifestación del ser de la adolescencia en el estar de cada adolescente se produce en el plano personal, pero también socialmente. En el primer caso se concreta a través de la personalidad del joven. En el segundo, en sus relaciones con el entorno. Normalmente se tiende a caracterizar a los adolescentes por aquello que los estereotipos dicen de ellos. Algunas de las ideas preconcebidas que la sociedad tiene sobre su personalidad hablan de un cierto escepticismo, una gran permisividad, una patente falta de rebeldía, un claro presentismo, hedonismo y narcisismo, una evidente incoherencia y unos enormes deseos de independencia. La adolescencia es una edad de paradojas e incertidumbres. De ahí que en cada adolescente puedan convivir de forma armónica la permisividad en algunos asuntos con la intolerancia con respecto a otros, la apatía con la rebeldía sin causa, el fenómeno del presentismo con los planes de futuro, etc. Es decir, puede que la personalidad adolescente se componga de todos estos rasgos, aunque sería incorrecto aplicarlos de modo general.

Por otra parte, ha quedado también señalado que cada adolescente lleva a cabo la manifestación social de su propia adolescencia a través de cuatro ámbitos esenciales de relación: la familia, los amigos, la escuela y los medios de comunicación. En esta edad, las relaciones familiares experimentan ciertos cambios y algunos conflictos, aunque en general resultan bastante armónicas. Los amigos, por su parte, se constituyen en elemento fundamental en la vida del joven. La confianza sale a la luz y se encuentra en ellos la empatía de quien atraviesa una situación similar. La escuela, en tercer lugar, constituye un entorno de socialización importante. En ella se aprenden normas de conducta y relación y se prepara al adolescente para el futuro profesional y personal. Finalmente, los medios de comunicación se erigen en una vía de socialización que enseña pautas, roles, valores y modelos de conducta, además de propiciar nuevas formas de relación social.

Es posible utilizar todos estos datos sobre los adolescentes como personas en beneficio de la planificación de medios dirigida a este público porque de ellos surgen algunas cuestiones relevantes que han de tomarse en cuenta al considerarlos como un *target* publicitario. La conclusión fundamental que se extrae de esta aproximación a los adolescentes en su calidad de personas tiene que ver con la gran diversidad de aquellos que componen este grupo de la población. Esto hace que no se pueda generalizar demasiado ya que la reacción ante los cambios y retos

propios de la edad depende de cada persona. Y cada persona es un adolescente singular y distinto de los demás. Este es básicamente el motivo por el que se hacía necesario entrar en este tipo de cuestiones que son las que, en el fondo, permiten caracterizar a los adolescentes de un modo más preciso. Se trataba de aumentar el conocimiento que tenemos sobre este público para contribuir a que se pueda llegar a segmentar en función de aquellas variables tan importantes de las que hablábamos en el primer capítulo: las psicográficas y las de estilo de vida.

Se ha hablado, pues, de rasgos generales de la adolescencia y también de características comunes de la personalidad y la sociabilidad de los adolescentes. Sin embargo, se ha procurado presentar una visión lo más completa posible que permitiera tener siempre presente y entender que dentro de esa generalidad hay una gran diversidad. Es decir, nos hemos adentrado en terrenos poco habituales para la planificación de medios como son la psicología, la sociología o la pedagogía con el objetivo de llegar a presentar una visión completa y rica de los adolescentes. Una visión innovadora que nos permita conocerlos mejor para, desde la disciplina profesional de la planificación de medios, poder segmentar este mercado potencial en función de las variables que realmente los caracterizan. Se trata, pues, de desterrar por fin la segmentación en función de un criterio tan simple como la edad y empezar a hablar de la personalidad, los grupos de interés, el grado de desarrollo, etc. Porque estas son las cuestiones que de verdad dicen algo del público objetivo adolescente.

En este sentido, convendrá siempre tener en cuenta que las ideas que se han desarrollado a lo largo del presente capítulo influirán de un modo u otro en la relevancia de este *target* de *targets* que son los adolescentes. Por ejemplo, el hecho de que busquen la independencia a la vez que mantienen un cierto sentido de pertenencia con respecto a la familia puede dar pistas a los publicitarios sobre cuál es la mejor manera de conectar con este público desde el punto de vista de los medios. Pero lo mismo se puede decir de otros asuntos tales como sus relaciones con los amigos con esos posibles conatos de intimidad, gregarismo, etc. y con la escuela y los medios de comunicación. Se confirma así que es fundamental conocer en profundidad al público objetivo para el cual se planifica porque, de este modo, se puede hacer con unas mayores garantías de éxito.

Hasta aquí el estudio de los adolescentes en su calidad de personas. Pasamos ahora a abordar el análisis de este público como consumidor en el capítulo dos.